



CÓMO AMAN LOS HOMBRES.

ESTUDIO PSICOLÓGICO.

Una dificultad y una duda se me presentaron á la terminacion de mi trabajo; dificultad y duda que exigian resolucion para ántes de publicarse éste.

Bien así como al término ya del viaje, y frente á la puerta de la casa adonde nos dirigimos, hallámosla cerrada, y despues de abrirla nos encontramos aún con otra segunda, que tambien se opone á nuestro paso.

Consistia la dificultad en obtener permiso del protagonista del presente relato para publicarlo. Versaba la duda sobre el título que habia de poner al frente de mi trabajo.

Tras no pequeño esfuerzo y corto tiempo, y valiéndome de ardides, tales como el de aprovechar la oportunidad de estar mi amigo el protagonista contento por alguna victoria amorosa conseguida, pude al fin vencer su resistencia y recabar su permiso, para dar al mundo de la publicidad la presente narracion.

Quedaba, pues, por solventar la duda. No era, aunque tal parezca, cosa fácil. Yo deseaba que el título reflejase en luminosa síntesis el pensamiento capital del argumento ó asunto.

Tengo por cierto, que el protagonista, y aún la inmensa mayoría de los hombres á quienes hubiese yo pedido parecer, habríanme aconsejado que titulase mi trabajo con la palabra *Fatalidad*. Pero sobre carecer esta palabra casi de significado y recto sentido, en fuerza del violento y vicioso uso que de ella se hace, mi conciencia, y el deseo de cumplir con ella, me hu-

bieran impedido siempre, poner otro título que el que encabeza el presente relato. Es el único que creo justo, adecuado y debido, puesto que de la narración se deduce lógica é inflexiblemente lo que al frente de este estudio psicológico afirmo.

Juzguen por sí mis lectores.

I.

En uno de mis últimos viajes por el extranjero hube de encontrar, mejor diría de tropezar, con uno de mis amigos más queridos.

Era en París y en la plaza de la Concordia.

Abrazámonos con toda la efusión de un verdadero cariño, y tras de eso, comenzaron de nuestros lábios á brotar un sinnúmero de preguntas, que ántes aún de ser contestadas, eran por otras nuevas sustituidas.

¡Como que representaban más de un año de separación, y por consecuencia de silencio entre nosotros! Pues, ¡cosa rara! á pesar del afecto, de la amistad fraternal que nos une desde la niñez, y de las completas íntimas confianzas que viviendo en una misma población mutuamente nos hacemos, al separarnos alguna distancia, quedan en suspenso nuestras comunicaciones hasta volvernos de nuevo á hablar. No nos hemos escrito jamás una carta; pero en cambio, al reunirnos, llenamos de palabra la laguna del tiempo trascurrido. Hé ahí la transacción que entre nuestra amistad y nuestra pereza de escribir, hay pactada.

—¿Sabes, le dije á los pocos momentos, que te encuentro cambiado?

—¡Cómo! ¿Por qué? contestó con alguna extrañeza.

—Sí, tiene tu semblante una expresión de melancolía que nunca en él he visto ni has tenido.

—Pues á fé que mi rostro no es ahora espejo del alma, porque me siento muy contento y alegre de encontrarte, exclamó con sinceridad.

—Lo creo, Eduardo, y eso que me dices y que hartó suponía ántes de oírtelo, aumenta más mi inquietud. Muy

honda es preciso que sea la tristeza que sientes, cuando ni la alegría de verme es capaz de desvanecerla.

—¿Y quién te dice á tí que no esté tu celosa amistad ó tu vista equivocada?

—¡Oh! no, Eduardo, no. No puede ocultarse á mis ojos, repuse con expresion del convencimiento más profundo, la amarga tristeza que baña los tuyos. Enhorabuena que sea tan reservada la causa, que ni á mi antigua y estrecha amistad puedas declararla; pero no me niegues ni trates de ocultar sus efectos.

Aquí mi amigo suspiró, quedóse unos segundos silencioso é inclinó sobre su pecho la cabeza; luego, alzando hasta mí sus ojos, me preguntó:

—¿A dónde vés ahora?

—Iba á hacer una visita; pero si tú quieres, con el mayor placer te dedicaré la tarde.

—Mejor será que nos reunamos despues y comamos juntos, porque tengo ahora un quehacer ineludible. De esta manera tendremos el tiempo que nos plazca para hablar con toda comodidad y confianza. ¿Aceptas mi proposicion?

—Con mil amores, contesté.

—Adios, pues, hasta luego, dijo, haciendo parar un coche y entrando en él.

—Pero aún no me has dicho, exclamé al estrechar su mano para despedirnos, el hotel en que estás.

—En el de siempre. En el del Louvre. Acto continuo partió el coche, y yo proseguí mi camino paladeando el placer que tan agradable encuentro me causára. Sin embargo, estaba muy impresionado y lleno de preocupacion por la tristeza de mi amigo. Y á cualquiera que como yo conociese su carácter firme y entero, un si es no es excéptico, le hubiera alarmado aquella tristeza que tan poderosamente le dominaba.

Sin que hubiera habido la menor indicacion por su parte, que revelára la naturaleza de la causa que producía aquella situacion anormal en su ánimo, ántes tan animado y vivo, yo me inclinaba á creer por instinto ó presentimiento que eran algunos amores, alguna mujer.

El prestigio que entre ellas gozaba mi amigo, y la afición que á explotarlo tenía él, era en gran parte el fundamento de mi suposición.

Su figura era y es interesante, y cautiva á primera vista las simpatías de las mujeres y de los hombres.

A los rasgos varoniles de toda su persona y de su aire, junta los de una finura de talle y una pequeñez correcta de piés y de manos, que una mujer envidiaría.

Bajo una frente despejada y noble, coronada de ondulosos y negros cabellos, brillan unos ojos oscurísimos y expresivos. Lo restante de su rostro, de un tinte moreno, está rodeado de una brillante barba del color de sus cabellos, y se acuerda muy bien con la parte del mismo que he descrito.

Sobre todo, su boca llama la atención, no tanto por la correcta y blanca dentadura que encierra, como por la expresión afectuosa é insinuante que tiene.

Y no son las dotes físicas el único atractivo que mi amigo atesora. Una imaginación brillante; una clara inteligencia; una alma sensible y generosa, y un espíritu cultivado por la instrucción y por frecuentes largos viajes, avaloran sus encantos físicos.

A todo esto debía, sin duda, el gozar, como he dicho, de gran favor entre las mujeres, y sobre todo entre las más distinguidas, y esto me inclinaba á creer que el secreto y la clave de su tristeza profunda estaba en algunos amores.

Con todo, había un dato, uno sólo, de su carácter y modo de ser que se oponía un tanto á mi sospecha. Cual era el predominio que en todos sus amores se veía claramente ejercer á su cabeza, aunque fuese en menoscabo de la impresionabilidad de su corazón. Así que, con suma facilidad, concluía y cambiaba sus relaciones amorosas, lo cual me le hacía juzgar incapacitado de *amar*: no con eso que llamamos amor y que es tan sólo su apariencia, sino con ese sentimiento que penetra y se arraiga del mismo modo en el corazón que en tierra feraz el añoso roble, cuyas mil raíces es imposible arrancar y desprender de la tierra, como á aquellas, del corazón, ni aún destrozándolo en menudos pedazos.

Y tan en lo cierto estaba al creer eso de mi amigo, que

siempre que concluía el relato de algunos amores y yo le preguntaba si á aquella mujer de quien me hablára la amaba intensamente sobre todo lo del mundo y para toda la vida, él no me contestó afirmativa y categóricamente nunca.

Para mí, quizás por única excepcion, no tenia secreto alguno. Todo me lo referia, y con entera sinceridad.

Por esto me inquietaba más su tristeza y deseaba ardentemente equivocarme en mis presunciones; porque de ser unos amores la causa de su pena, debian de haberle llegado á lo más vivo del alma, y habia de ser una mujer de mucha valia y de mucha crueldad la causante de su tristeza.

Tal creí yo.

¡Cuán engañado estaba en acusarla á ella!...

Con nerviosa impaciencia esperé la hora convenida, y apresuráme, en cuanto llegó, á ir al hotel del Louvre.

II.

Solos ya en la habitacion de mi amigo, y saboreando el rico y aromático café que nos sirvieron despues de comer, empezó Eduardo á decir:

—Es la primera vez de mi vida, y pienso que será la única, que hago la confidencia que voy á hacerte.

Desde que nos hemos encontrado, hasta este momento en que comienzo á hablarte, he sentido, como á oleadas, deseos ardientes de revelarte el secreto que más codicioso guardo en mi pecho; y otros, de callarme, presintiendo el cruel dolor que me causaria, hacer revivir ante mi memoria, sucesos que han impreso en mi vida tan profunda huella, que es imposible borrarla, concluyó diciendo con amarguísima expresion.

—Si por acaso, no pude ménos de decirle conmovido, la consideracion del interés que yo por tí me tomo y la del deber amistoso cumplido siempre por nosotros de decirnos todos nuestros secretos, es lo que te impulsa á hablar, yo te ruego que calles, porque es preferible...

—No, no, Arturo, interrumpió dulce, pero tristemente. No es eso. Ya te he dicho que lo deseo. Me seduce y arrastra el placer de hablar de mi pasada y rápida ventura, aun-

que para ello tenga tambien que recordar mi atroz desdicha. Como le gusta á la madre, áun con llanto del corazon en sus ojos, hablar de su hijo amado y recordarle despues que le ha perdido. Bien es verdad que una madre es ménos desgraciada, pues que, al fin, puede esperar volver á gozar de su amor allá en el cielo, y yo...

Hizo al llegar aquí una pausa, un gesto de desesperacion, y despues, dilatando su pecho con un largo suspiro, continuó:

III.

—Regresaba con mi padre de un viaje que meses antes emprendiéramos por recreo. Estábamos á bordo de una hermosa fragata austriaca, surta en Alejandría y con direccion á Marsella.

Aproximábase el instante de zarpar, cuando vimos un bote de guerra con la bandera de aquella misma nacion acercarse rápidamente, conduciendo á un oficial de marina que de pié y con un pañuelo, nos hacia señales de atencion.

Al cerciorarse el capitan del buque de que se dirigia á él, mandó tender de nuevo la ya recogida escala del costado izquierdo de la fragata. Momentos despues sentaba su pié en la banda de aquel lado el mismo oficial y entregaba al capitan un pliego, que éste abrió y leyó.

Despues de esto, retiróse como á dar una órden, volviendo luego y reuniéndose con el oficial, con el que comenzó á dar largos paseos.

Yo les seguia con la vista, apoyado en la barandilla izquierda, intentando por alguna palabra que al paso oia, inferir de qué se trataba y por qué nos deteníamos. Cuando más ocupado en este propósito me hallaba, víles detenerse é ir lentamente acercándose hácia mí, pero dirigiendo sus miradas más atrás. Por fin, el capitan dió dos ó tres pasos con algun apresuramiento en la misma direccion de ántes, y quedándose cerca de mí, vuelto de espaldas y al pié de la escala por la que habia el oficial, poco há subido.

Era indudable que iba á recibir á alguien. Miré hácia el

mar y ví atracada al buque, una elegante embarcacion de la marina imperial austriaca.

Y ántes que distinguiese la persona que subia por la escala de la fragata, pues el capitan con su corpulencia me lo impidió, ya una mujer elegantísima pasaba por mi lado y era saludada respetuosamente por el oficial. Acto contínuo, descendió éste por el mismo sitio, alejándose en el bote que le habia traído y al cual siguió, el que condujo á la mujer, que con su comitiva, acababa de llegar entre nosotros.

Apenas pude ver el rostro de aquella, pues la sombrilla y el blanco velo de su sombrero la ocultaron á mis curiosas miradas; pero la distincion y la elegancia de su traje y de su porte, la delicadeza de su talle y su esbelta figura, produjeron en mí el buen efecto que en todo hombre producen indefectiblemente. Su calidad principal la demostraba tambien su reducida, pero escogidísima servidumbre. Sentia impacientes deseos, de hablar al capitan acerca de aquella distinguida dama.

Y no sólo yo lo deseaba.

La familia de un banquero aleman, compuesta de éste, su mujer y dos cuñadas, que, con mi padre y yo, formábamos una sociedad aparte de los demás viajeros y gozando de especiales preeminencias por circunstancias que no es del caso referir, todos ansiaban tambien que adquiriese noticias acerca de la recién llegada.

Así fué que, en cuanto el capitan reapareció sobre cubierta despues de haber acompañado y dejado á aquella, me acerqué á él y comencé de la manera más diplomática posible á sonsacarle las noticias deseadas.

En esto levaron anclas, y la fragata, como si hubiese sido aligerada de un enorme peso, pareció levantarse cien codos, produciendo este movimiento en todos los pechos, ese vacío y sucesivamente esa opresion que son su consecuencia necesaria, áun en aquellos que como yo, no sienten otros efectos.

Por mi conferencia con el capitan, supe que aquella dama era la princesa L., polaca de nacimiento, pero oriunda de Austria, de cuya capital eran sus ascendientes. Que su fami-

lia estaba emparentada con la imperial de dicho país, y los individuos de ésta, los únicos que de su familia la quedaban. Que tenia una colosal fortuna, y que habia emprendido aquel viaje en direccion á París y por orden del emperador, para efectuar su matrimonio, concertado y convenido de tiempo atrás con el duque de H.

Cuando fuí á comunicar á nuestro pequeño círculo estas nuevas, me hallé con la de que todos, incluso mi padre, se hallaban atacados más ó ménos, de la molesta enfermedad propia de la navegacion.

Sin embargo, díles cuenta de los datos biográficos adquiridos sobre la princesa L... y todos convinieron, á indicacion mia, que era debido ofrecerla en nuestro nombre todos los ventajosos privilegios que con exclusion de los demás viajeros disfrutábamos nosotros á bordo.

Yo fuí por necesidad y con gran gusto mio, el encargado de hacerlo en nombre de todos. Fuí á manifestar al capitan nuestro deseo, de que le pidiese á ella su vénia para serle yo presentado, indicándole al mismo tiempo el objeto.

Accedió con tanto más gusto el capitan, cuanto que, segun dijo, la princesa le habia sido recomendada eficazmente por el cónsul de su nacion, y por tanto, habia pensado en pedirnos como un favor especial, lo mismo que yo acababa de proponerle.

Mientras él se fué á desempeñar su cometido, yo me quedé sentado sobre cubierta construyendo mil fantásticos y hermosos castillos en el aire, que un leve soplo, bien fuera la negativa de la princesa ó su carácter ó condiciones físicas ó intelectuales, podia desvanecer.

Deleitábame á pesar de no haberla casi visto, en atribuirle una belleza superior y un hermoso é impresionable corazon.

Pero no creas, sin embargo, que estuviese lleno de emocion y esperando el momento de verla con oculto sobresalto. Nada de eso. Yo sentia más interés de curiosidad que de otra clase; y me encontraba completamente dueño de mí.

No fué larga la tardanza del capitan, quien se apresuró á manifestarme que la princesa L... nos esperaba.

Bajamos, pues, y en cuanto hubo hecho mi presentación, alegando los quehaceres de su cargo, se alejó.

Quedamos solos la princesa y yo en el lujoso departamento á ella destinado.

Hablábamos en francés, cuya lengua ví desde luego que dominaba por completo, y si bien en su pronunciación revelaba no ser francesa, su mismo acento extranjero imprimía una gracia especial á sus palabras.

Por lo demás, no salieron defraudadas mis esperanzas ó mis deseos, con respecto á su belleza. Al contrario, quedé sorprendido por el aspecto general de su noble fisonomía y por la distinción exquisita que de sus movimientos, los más insignificantes, emanaba naturalmente.

Desde los primeros instantes que me ví enfrente de ella, con la discreción exigida por la buena crianza y compatible con mi propósito de examinarla, fuí recorriendo atentamente con mi mirada toda su persona, y tomando nota de cuanto la rodeaba y á ella pertenecía.

Y cuanto más extendía el exámen y más largo rato la miraba y la oía, tanto mayor era la admiración y la simpatía que me causaba.

Yo entré allí y llegué hasta ella sin sentir, como te he dicho, sino ese deseo natural en todo hombre, de conocer una mujer cuyos rasgos generales agradan.

La examiné despues y la observé siguiendo tan solo el impulso habitual en mí, siempre que me encuentro por primera vez en comunicación con álguien, y sobre todo si es mujer que llame mi atención poco ó mucho.

Aún puedo confesarte que la idea de que ella era una princesa austriaca y la de su concertado matrimonio, eran noticias y motivos que me incitaban á tratarla; pero siempre sereno y frío, como era natural á mis treinta años y con mi experiencia del mundo y de las mujeres.

Pues bien; te aseguro que pensaba con pena y contrariedad crecientes, en que era preciso separarme y dejarla.

Ya habia cumplido mi misión. Ya le habia manifestado ser el representante de la familia del banquero y el de mi padre, á ninguno de los cuales le permitia su estado ir en

persona á hacer la invitacion que por mí le hacian, de participar de nuestra vida á bordo. Ya me habia ella expresado su agradecimiento y su aceptacion.

Ya habiamos cambiado algunas de las frases generales acerca de la navegacion, que en ella no producía efecto desagradable alguno. Y todavía, deseoso de prolongar más mi estancia á su lado, me habia extendido en hablar de Polonia y de Austria, su país natal, que tambien yo conocia, haciendo, como tú supondrás, elogios grandes y entusiastas, especialmente sobre la belleza aristocrática de las damas de allí.

Y en esto no mentia ni áun exageraba, pues tengo la opinion de que es el punto de los en que hay aristocracia, donde más pura y noblemente se encuentra en las mujeres reflejada. Buena prueba de ello ofrecia la misma princesa en su persona. Sobre todo en su rostro, en cuyas líneas suaves, pero determinadas, habia un sello de nobleza suprema que imponia, á pesar de la dulzura un tanto melancólica de sus azules, pero oscuros ojos.

Su cabello castaño estaba sencillísimamente peinado. Desde la mitad exacta de la frente corria hácia atrás una raya que dividia en dos una profusa cabellera rubia, arrollada graciosamente en hermosas gruesas trenzas en la parte posterior y más elevada de la cabeza, en donde aquella línea se perdía. El cabello inmediato á la frente, estaba alisado y peinado algo hácia atrás, lo cual permitia que ésta apareciese con toda su nítida pureza y mostrara su corte elegante y un tanto altivo. La nariz pequeña, fina y corva; sus lábios de un encendido carmin un tanto gruesos, y el inferior con cierta inclinacion natural desdeñosa. La barba pequeña y redonda, como toda la terminacion del óvalo de su rostro, pálido siempre, y de cútis sedoso y trasparente. Los afilados y pulidos dedos de su alabastrina mano, quizás hubieran sido tachados por un artista escrupuloso, de largos, pero eran proporcionados á su estatura esbelta. Sus orejas recordaban, por la correccion perfecta de sus líneas sinuosas, las que sólo en los modelos de dibujo se vén; y en su sonrosado pulpejo, lucian dos hermosos brillantes negros que nunca mientras yo la ví, dejó de llevar.

Perdóname, amigo mio, que así tan prolija y minuciosamente te la describa. Déjame saborear el recuerdo de aquel dulcísimo placer que se iba infiltrando casi sin yo notarlo en mis venas, y que llegó á ser, como la misma sangre, con la que mezclado corria, necesario á la vida de mi corazon.

Despues de esta entrevista primera, comencé á experimentar una irresistible atraccion que me impulsaba á buscar siempre su compañía. No me inquietó esto al principio gran cosa, puesto que creí haber sentido lo mismo por otras mujeres. Pero luego que nuestra vida íntima y comun estrechó nuestras relaciones, cuando pude llegar á medir su noble y cultivado espíritu y llegué á ver su hermosísima alma, no pude ménos de comprender que la mia empezaba á probar un sentimiento, por su grandeza y profundidad, nuevo y desconocido hasta entónces para mí.

Sospeché y temí que se apoderase de todo mi sér un amor ardiente, inextinguible y sin esperanza.

¡Oh, cuántos temores, cuántos sobresaltos dentro de mi pecho sentia agitarse, como las corrientes impetuosas que se cruzan y entrechocan en el fondo de los mares!

Yo, ántes de conocer á la princesa, no era escéptico en amor por la razon que llegan á serlo la mayor parte de los hombres: por haber sido víctimas de algun engaño cruel. Yo lo era por no haber hallado nunca en mujer alguna las condiciones de alma, de talento, de belleza y de instruccion que mi ideal reunia. Condiciones que veia sobradamente reunidas en la princesa.

Tan cierto era, que llegó al punto de infundirme un respeto, que se oponia siempre á mi amor, como insuperable valla, llegando á convencerme de que no era digno de ella.

Sin embargo, la princesa no lo juzgó así, porque, á pesar de las bruscas, pero breves interrupciones que mi preocupacion, y los temores que te he dicho que sentia, producian mil veces en mi conducta, ella, siempre afectuosa y algunas veces conmovida, me atraia y me llamaba.

Al fin no supe, no pude ni quise resistir más tiempo, y cediendo al imantado influjo de aquel, apénas nacido, ya poderoso amor, me arrojé con la ceguedad del loco ó el fatalismo

del musulman, en la senda abierta ante mi vista y áun temiéndome despeñarme en insondable abismo.

Una vez cerrados los ojos y á todo resignado y decidido, harto se comprende que hice de mi parte cuanto estaba para poseer el cariño de su alma, sobre todo, mostrándole el de la mia; que libre ya de trabas, como caudaloso rio que deja las ocultas y montañosas vertientes y sale á vasta llanura, ostentábase en toda su magnificencia y grandiosidad.

La princesa no me reveló al principio con claras palabras el amor que por mí sintió. Ni era necesario. Decíanmelo todas sus frases, todas sus miradas, la menor y más insignificante de sus acciones. Su alma y la mia habian nacido una para otra, y en una sola se fundian.

Nada me ha enorgullecido en toda mi vida tanto, como el verme objeto de su amor, nacido, no al calor de la fantasía ni al de un repentino deseo, voluptuoso tal vez en su fondo, sino por la simpatía primero, por el trato despues y por el conocimiento de mi amor y de todas mis condiciones, como vá el tallo, á favor del aire, del sol y del tiempo, revistiéndose de ramas y éstas de hojas, antes de brotar las esperadas olorosas flores.

La princesa tenia veintidos años. Desde la altura de su posicion y escudada por la severidad de la etiqueta en que durante sus juveniles años viviera, se habia visto defendida, por decirlo así, de las asechanzas de los hombres, á quienes lenta, pero constantemente, habia ido estudiando con la luz que su talento, su viva imaginacion y sus estudios le suministraban.

Preciso es convenir, que ninguna mujer de sus raras condiciones que llegue á conocer á los hombres y á penetrarse de la realidad de nuestro modo de ser y de amar, puede sentir otra cosa que lo que ella sentia: un profundo desprecio hácia nosotros.

La idea, la certidumbre que tenia de la infidelidad nuestra y de nuestra prostitucion, era sobre todo lo que en su noble espíritu y en sus sentimientos exquisitos más cruel impresion hacia; era lo que más en el hombre le repugnaba.

—Sé, me decia algunas veces, que hay algunos de talento elevado, de grande espíritu y de bello corazon, como yo lo

he deseado; pero yo les considero como vosotros considerais á ciertas mujeres de grandes cualidades intelectuales y de belleza física, que están, sin embargo, prostituidas y enviadas. Si yo hubiera podido creer que el cariño que un hombre de valía me tuviese, regenerára y purificase su sér para el resto de su vida, yo hubiera codiciado su amor como la ventura más grande.

Porque sobre irritarme, lastima mi corazon la injusticia con que procedeis exigiendo de la mujer una fidelidad y una consecuencia absoluta de cuerpo y de alma, sin creeros obligados á observarlas vosotros. Y ántes de exponerme al dolor de ser víctima de esa injusticia, cometida por el hombre que yo amára, he preferido renunciar á la dicha tan ansiada de entregarle mi cariño; he preferido condenar mi vida al martirio de no gozar de un cielo, cuyos encantos debia esperar ver disipados cuando más los quisiera.

Al oirla expresarse de tal modo, no podia yo ménos de asentir por completo á sus palabras y de aplaudir sinceramente sus ideas, si bien atribuia el hecho de que ella se dolia á la desigualdad de sentimientos que por lo general existe entre los dos que se unen, á la ligereza con que se ofrecen y prometen mútuamente su cariño, y á la poca importancia que la mujer, en general, atribuye á la consecuencia del marido; á la falta, en fin, de un verdadero amor que enlace las almas. Porque estando éstas unidas, los cuerpos tambien lo están. La fidelidad de éste depende de la de aquella.

Yo así pensaba, y por eso me atrevia á responder con inquebrantable conviccion de mí mismo que sentia tan profundo y entrañable amor por la princesa.

Este amor estaba inspirado por el conjunto de condiciones que ella atesoraba.

Su talento era claro y sólido; su imaginacion, si no viva, penetrante; su instruccion vasta y profunda, pues además del conocimiento de tres ó cuatro idiomas que hablaba y escribia perfectamente y del de las mejores obras que se habian publicado en dichas lenguas, añadia el saber con maestría la pintura y la música, de cuyas artes te enseñaré dos ó tres muestras que, aun cuando pequeñas en tamaño, son de gran valer por la belleza

poética que en ellas resplandece. Todo este cúmulo de estudios y de cualidades abrillantaba su espíritu, ya de sí noble y levantado, dando también á su carácter, fuerza y virilidad. Mas no creas que esto perjudicára en poco ni en mucho á las naturales inclinaciones propias de su sexo. Nada ménos que eso. Su impresionabilidad era exquisita. Sus sentimientos eran tiernos y puros; tenían la grata frescura de la virginidad, como en la mujer se apetecen y se admiran como su principal atractivo. Lo que fuera inútil buscar en ella, es esa sensibilidad, mejor dicho, esa sensiblería que en la mayor parte de ellas se encuentra, como única fuente, y muestra á la vez, de sentimientos mezquinos y efímeros, que son, comparados con los de la princesa, lo que la pobre y raquítica vegetación de la tierra yerma es á la lozana y vigorosa de la tierra fértil. Así sus resoluciones como sus sentimientos, eran siempre sinceros é inquebrantables: sus palabras, como sus lágrimas, tenían verdadero valor, representaban siempre mucho y su carácter era refractario á la mentira y á la ficción. Y todo eso estaba endulzado, poetizado, por una suave y ligera nube de melancolía, que del azul denso de sus ojos y del dulce acento de su voz parecía fluir, y como el éter del espacio bañar invisible, pero completamente, la atmósfera que la circundaba. ¡Oh! si yo fuera pintor, no haría más imágen que la suya, como el arquetipo de la belleza espiritual y moral, expresada y traducida por líneas, en el rostro de una mujer: si yo fuera escultor, hubiera tomado aquellas formas plásticas, onduladas y mórbidas, para representar la sublime comunión de la magestad augusta del alma, con la gallardía y gentileza del cuerpo: si fuera poeta, hubiera ya mil veces cantado á aquella mujer y á aquel amor, para mostrarlos como ideal adorable para todos los hombres: si fuera novelista, ¡oh!... si fuera novelista, prorumpió mi amigo con mayor y más vehemente expresión, con qué placer hubiera escrito, con la sinceridad y la verdad misma que á tí te la cuento, la historia de nuestros amores, animado por la esperanza de que aquella mi confesión, escrita y publicada, llegase un día hasta ella y obtuviese para mí el perdón que tú verás cuánto merezco, á pesar de las horribles apariencias que me condenan.

Rota la valla del silencio para nuestros corazones, fué el amor que en ellos germinaba cobrando fuerza y poderío hasta llegar á brotar por fin con pomposa gala y á adquirir tan gigantescas proporciones, que ni mi propia imaginacion podia abarcarlas.

¡Oh, qué feliz me sentia! ¡Qué dicha aquella tan radiante y hermosa y jamás oscurecida ni empañada!...

Pero no: una mancha, una sombra, leve al principio como la del aliento sobre limpísimo cristal, aparecia y enturbiaba á ratos aquella ventura gozada con éxtasis y paladeada con deleite. No habrás olvidado que la princesa hacia aquel viaje para realizar un casamiento que altas razones de estado aconsejaban.

Ella y yo tratábamos de olvidarlo no hablando de ello jamás; no dirigiendo nunca á aquella horrible perspectiva los ojos, fijando nuestra imaginacion tan sólo en el purísimo placer de amar y verse amado; pero todas las precauciones eran inútiles. Como los que viven cerca de un volcan no pueden olvidar su terrible proximidad, ni durante el dia, ni en las sombras de la más oscura noche, ni cerrando los ojos, ni como los ojos los oidos, porque ora la humareda del cráter, ora el rumor sordo que suena constante, ora la trepidacion más ó ménos fuerte que siempre se percibe, recuerda el temido peligro, anuncia la horrible catástrofe.

Y cuanto más adelantaba el tiempo, tanto más crecia mi angustia al pensar en aquel pavoroso problema que yo no queria, y sin embargo, que debia ver pronto resuelto.

La conducta de ella contrastaba con la mia, variable é inquieta en todas las exterioridades, como los impulsos que interiormente me agitaban.

La princesa parecia, si no conforme, resignada. Diríase que una fuerza secreta la alentaba y sostenia: tal vez una esperanza inconcebible para mí. ¿Cuál puede ser? pensaba yo; pero siempre que trataba de adivinarla se estrellaba mi deseo en el imposible. En vano fijaba mis ojos en su frente; hundia en sus ojos mis miradas, al punto el amor, cuyas llamardas se desprendian en tales momentos con más fuerza que nunca, de mi alma y de la suya, me hacian olvidar mis pro-

pósitos, ofuscando su luz toda otra: fuese la del interés, la del deseo ó la del temor.

Un dia vime asediado más estrechamente que nunca por aquellas fantasmas nacidas de la realidad, por aquellos espectros evocados por mi memoria, más fieros cuanto más cercanos; estaba sentado junto á ella y sumida el alma en un mar negro de tristezas y angustias. Su mirada, que sentia posada sobre mí, como la nerviosa presion de su mano en la mia, me demostraban que su alma y su pensamiento estaban encadenados á los míos y siguiéndoles en todos sus caprichosos vuelos. Insensiblemente de mis ojos brotaron lágrimas ardientes: eran la lava del volcan que hervia en mi pecho y que al fin estallaba.

—¿Por qué lloras? me preguntó su voz murmurante y acariciadora á mi oido.

—No me lo preguntes, Irma, contesté. Tú lo adivinas, tú lo sabes. ¿A qué darme, pues, la pena de referírtelo? Sana mi herida si puedes; vierte si nó el bálsamo de una esperanza que atenúe y suavize la sangrienta y escandecida llaga, y si á nada de eso alcanzas, hazme olvidarla, no me hagas recordarla y mirarla, que así se irrita y encona.

No replicó. Aquel silencio suscitó en mí las más crueles ideas.

Como si fuera para mí solo; como si ella no me oyera, se desbordaron de mis lábios las más amargas reflexiones, los más duros apóstrofes, las recriminaciones más violentas. No fué todo ello bastante á romper su silencio.

Yo no la miraba temiendo la elocuencia de sus ojos, el influjo de su belleza; tal vez esquivando el ver sus lágrimas, temblándome el corazon, de miedo de mi debilidad. Mas ya agotado el manantial de mis amarguras y de mis quejas, empecé el de mis ruegos: me arrodillé á sus piés bañándolos de lágrimas; la ofrecí mi vida y mi alma: ella me contestó que también las dos tuyas me pertenecian; que como torturaba ésta podia concluir con aquella; que á nada de esto se opondria; que aún lo aceptaba como un placer y una felicidad, pero que evitar el matrimonio concertado, no estaba en su mano: no le era posible. Redoblé mis súplicas, aumenté mi

ternura con el afán del condenado á muerte, á quien solo puede salvar un relámpago de piedad.

¡Inútil batallar! La idea del deber, el recuerdo de la palabra empeñada, del compromiso solemne contraído entre dos ilustres familias, y en el cual el mismo emperador de Austria estaba interesado, eran inquebrantables y firmes rocas, que ni el huracán de mis apasionadas frases, ni el oleaje de mis lágrimas hirvientes, lograban quebrantar ni conmover.

Yo no sé qué pasó por mí al convencerme de la impotencia de mis ardientes deseos: ya sabes que no soy exagerado; pero, créeme, la idea del suicidio se me ofreció con el atractivo de un consuelo, ya que no como la esperanza de un remedio.

De fijo leyó ella en mi frente ó en mis ojos mi pensamiento, pues que mis lábios ni una palabra pronunciaron que pudiese descubrirlo ni hacerlo presumir. Y la sospecha de tal propósito creo que la indujo á hacerme una extraña promesa que calmó mi arrebató.

—Te juro, me dijo húmedos los ojos, con vibrante acento y estrechando mi mano con nerviosa exaltación, que he de conservar la virginidad de mi cuerpo para tí, como te he entregado la de mi alma.

Era cuanto aquella mujer podia prometerme; y en ella, una promesa equivalia á su realización. Aquella seguridad de tanta estima produjo en mi alma un bienestar de que hartó necesitado estaba: era el calmante de influencia dulce y bienhechora que, si no apaga el exacerbado dolor, adormece el espíritu.

Muchos hombres, por no decir todos, habrían visto ó esperado un adulterio, envuelto en aquel juramento de tanto precio para mí.

Yo, que tan bien conocia á la princesa, no podia esperarlo ni imaginarlo. El amor á su dignidad y á la mia era un obstáculo indestructible. Por otra parte, su noble carácter era refractario al engaño y á la traición, por disculpados que ante el mundo aparecieran.

Cierto que su enlace era por razones de estado contraído, y que el duque de H... como la princesa, pertenecian á una

clase social que forma, por decirlo así, un mundo separado y aparte del en que nosotros vivimos.

Mundo compuesto de mil otras preocupaciones y des-
preocupaciones, de mil otros sentimientos y en el que en
cambio, se ignoran y desconocen otros que en el nuestro te-
nemos.

Bastára para convencerme de ello, si yo lo hubiese necesi-
tado, la lectura de una última carta del duque, completa-
mente oficial, y que la princesa, buscando delicadamente
ocasion, me hizo leer.

Allí estaban perfectamente declarados en número y exten-
sion los derechos y deberes que creia el duque de H... que
le correspondian como futuro esposo de la princesa.

Ni una palabra de cariño: todo se referia á las convenien-
cias de familia, á los intereses que se unian, y en último lu-
gar y ligeramente consagraba algunas frases á las formas
del bien parecer que ambos estaban obligados á observar en la
alta posicion que ocupaban.

Sin embargo de todo ello, de la misma libertad que le
ofrecia esta situacion, la princesa sabia yo que guardaria se-
vera y ejemplarísima conducta. Su manera de ser, la idea
sólidamente fundada que tenia ella, de la virtud y del deber,
no le hubieran consentido jamás otra cosa.

Su amor, su cariño, toda la ternura de su corazon, los
pensamientos de su mente y las esperanzas venturosas de su
alma, eran para mí por completo y ella no se recataba de
decirlo.

Mas su promesa y mis deseos, debian tener tan solo cum-
plimiento cuando ocurriera su viudez. No habia ántes otro
término.

Por fortuna para mí, el duque de H... era de avanzada edad
y estaba muy achacoso; de modo que tenian mis esperanzas
meta no lejana en que fijarse.

En cuanto á la princesa, no demostró jamás que estas
condiciones de edad y de salud del duque, le causáran ale-
gría ni alentáran sus esperanzas. Me decia únicamente que
la era grato pasar tanto tiempo amándome y sabiéndose por
mí querida, y que este trascurso de tiempo hasta podernos

unir, serviría para depurar y acrisolar nuestro amor, para convencerse más de la firmeza del mío.

Tal vez creas tú, como meridional que eres, que el abandono y la intimidad con que me trataba y el amor que nos teníamos, debían forzosamente darnos ocasión en que, arrastrados por nuestro cariño, llegasen, no sólo á debilitarse, sino á romperse sus virtuosos propósitos.

No lo pienses; ignoras lo esencialmente distintas de las nuestras que son la manera de pensar y de sentir de las mujeres y aún de los hombres del Norte. Aquella raza tiene otra constitución, la sangre parece no moverse sin permiso de la inteligencia y sin orden de la voluntad, y ésta, en la mujer virtuosa, parece supeditada y obediente por entero á la voz de la conciencia.

Tú conoces los poemas idealísimos y bellos que, como Vénus del fondo de los mares, han salido de las brumas del Norte; no puede acusarse, pues, de falta de fantasía, ni de escasos ó poco profundos sentimientos á los oriundos de aquel país. Y yo lo veía eso confirmado plenamente en la princesa; en medio de su amor, de los más tiernos trasportes, había cierto fondo de plácida serenidad, inalterada siempre, que me causaba á la par encanto y respeto, que me exaltaba y me imponía. No he creído llegar á ver el alma en mujer alguna como en Irma llegué á verla, sin pliegues ni nubes, y, no obstante, cada vez que me arrojaba á verla, me detenía suspenso y maravillado, como los paganos ante su ídolo al descorrerse el último de los velos que le ocultaban; como al penetrar en soberbia y majestuosa catedral, se detiene el paso, late más el corazón y se suspende el ánimo, presintiendo la proximidad y la vista del Dios de los cielos.

Porque el alma de aquella mujer era tan bella que eclipsaba la misma belleza esplendente de todo su cuerpo. Recuerdo que una vez que la hallé dormida, quedéme contemplándola en estática adoración y sentí doblármeme las rodillas. Parecióme una de esas bellas vírgenes alemanas en cuya imagen hay aún más expresivamente reflejada la severa dignidad, que la celestial pureza.

Los voluptuosos deseos que en algunas ocasiones debo

confesar que se levantaban en mí, empujándome con fuerza al parecer incontrastable á romper la valla del respeto, otra fuerza misteriosa y de más poder los disipaba; y muchas veces, al borde, á la orilla misma de la irrespetuosidad, me sentia de repente lleno de cortedad y confusion, contenido y humillado; como los ímpetus furiosos del mar por otra ley más poderosa, se deshacen y convierten al llegar á la orilla, en mansa ola, que hecha espuma lame humilde la playa en donde espira.

Este verdadero y exacto análisis de los sentimientos suyos y de los míos, lo hago ahora merced al tiempo trascurrido. Antes, bien comprendes que no me hubiera sido dable.

El término de nuestro viaje se acercaba, y á medida que concluía, se agrandaban mis tristezas y angustias antiguas, aumentándose con otras nuevas.

Nunca como entónces la princesa me mostró todo su cariño y todo el poder de su talento. Adivinaba en mis ojos y en mis suspiros, los tormentosos pensamientos míos, y con una delicadeza infinita, como si fuera una hada, sabia desvanecerlos todos y áun trocarlos por otros dulces y apacibles. Así, para hacerme tolerable nuestra separacion, me propuso un plan encantador lleno de halagos para mi cariño.

Conforme á él, no habiamos de pasar jamás mucho tiempo viviendo en distintos puntos.

De comun acuerdo distribuimos aquel año, cuyo invierno en su mayor parte, á causa de los acontecimientos políticos de España, debia yo pasar con mi padre en Madrid. La princesa me prometió que inmediatamente despues de efectuarse su casamiento iria á dicho punto, en donde yo la visitaria. Así fuimos despues con dulcísimo contentamiento mio, distribuyendo el resto del año, y acordando los puntos en que nos reuniríamos.

—Este es, le decia, el calvario de nuestro amor. Calvario que yo recorreré con placer, porque serás el ángel que me ayude y me acompañe.

—¡Siempre, Eduardo! me contestaba con seriedad atenuada y embellecida por dulce é ingénua sonrisa. Hasta el dia feliz de mi vida en que podamos unir nuestras dos exis-

tencias, como están fundidas en una sola nuestras dos almas.

—Pero, ¡quién sabe, no pude ménos de decir con amarga melancolía, cuánto tiempo habrá de pasarse así!... ¡Quién sabe!...

—Calla, calla, respondia poniendo sobre mis lábios la punta sonrosada de sus dedos. No digas alguna locura... ¿No estás seguro de que han de cumplirse mis juramentos todos y todas nuestras esperanzas? ¿Pues qué importa el tiempo? ¿No has leído esas baladas alemanas que no son sino copia de la realidad que allí, mil veces, todos los dias se vé? ¿Dos jóvenes que se prometen amor y fidelidad eternos; que se separan despues, cruzando el hombre mares y montañas en busca de lo necesario para realizar su felicidad; que vuelve al conseguirlo, tras largos años, á la dulce pátria, encontrando á su amada cariñosa y enamorada, sin un sonrojo en la frente ni una sombra en la conciencia; que se une á ella fundando una familia, entre cuyos amorosos brazos mueren, sin haber visto oscurecido ni un instante el cielo de su vida por una nube de remordimiento?

¿Pues ménos que eso tenemos nosotros que sufrir, porque ni la ausencia ni la separacion se interpondrá mucho tiempo entre nosotros. ¿O es, me decia, clavando en mis ojos sus miradas, que penetraban hasta el fondo de mi corazon, que tienes desconfianza de mi cariño ó de la fidelidad absoluta que te he jurado?

—¡Oh! no: no: exclamaba yo con verdadera conviccion.

—¿O es, añadia, cogiendo mis manos y atrayéndome hácia sí, que desconfias de tí mismo?

—Ni por un momento, Irma. Tan seguro estoy de profesarle cariño eterno y tan profundo como le apetece, que áun contra mi propia voluntad te amaria si pudiese emplearla alguna vez para desamarte.

—¡Oh! ya sabes que no es bastante, que no es esto sólo. Que yo aspiro á obtener de tí una fidelidad corporal tan absoluta y escrupulosa como tú de mí la quieres, como yo te la consagraré y te la he prometido. Que no se manche con una caricia, con un beso, con una sola mirada ni con un deseo.

—Yo te lo prometo. Te lo juro, Irma, ventura codiciada de mi alma.

—¡Oh! te creo: te creo, Eduardo mio. Porque si no te creyera, si no lo supiera, no podria haber nacido el cariño que para tí hay en mi pecho. No me lo habrias inspirado, Eduardo; concluia Irma besando con amor mis manos.

Estaba yo tan convencido, tan seguro de no faltarla nunca, como lo estoy ahora de que nunca he de ser ya venturoso. Todas mis protestas eran leales y firmísimas. ¿Cómo no serlo? ¿Cómo poder sentir amor por ninguna otra mujer, si no habia, si no hay otra como ella, que me lo pueda inspirar? ¿Cómo pueden brotar las mismas flores que en la tierra, en el planeta que no reciba la luz del sol?

Aquella misma fidelidad absoluta que la princesa exigía y yo la prometí, lejos de producirme temores ni pena, se presentaba á mis ojos como un placer ó como un descanso de mi vida, un tanto disipada.

Despues de haber recibido un beso de Irma, todos los recibidos hasta entónces de otras mujeres, me parecian borrados; todos los que pudiera recibir se me hacian repulsivos.

Habia en los de Irma un amor tan puro y tan sereno como el alma casta y purísima que lo albergaba.

En ellos, como en sus caricias, no habia el arrebató de la pasion, por más que hubiese profundísimo cariño. Habia algo de la ternura maternal dominando la del amante. Siempre la dignidad de la mujer que se estima, dominando el impulso instintivo de la materia.

Y yo que me veia, que me sentia amado de tal manera por primera vez en la vida, experimentaba un goce dulcísimo y celestial que reanimaba mi sér y me inundaba de una satisfaccion placentera, incomparable con todas las sentidas y soñadas. Como si se trasportára de un mundo pequeño y miserable á otro más grande y digno de la alteza del hombre, mi alma se enorgullecia de sí, mirándose, como en su espejo, en la conciencia, como el cielo azul en lago cristalino.

ARTURO PERERA.

(Se concluirá.)

LA WALHALLA

OBRA LITERARIA DE DON JUAN FASTENRATH, CONSIDERADA DESDE
EL PUNTO DE VISTA MILITAR.

I.

Poseidos de un legítimo entusiasmo vamos á ocuparnos de una excelente obra escrita en honor de su pátria verdadera, aunque dedicada á su pátria adoptiva, por un erudito aleman, amante en alto grado de las glorias nacionales, distinguido escritor de notable ingenio, y tan fecundo prosista como inspirado poeta. Nos referimos al Sr. D. Juan Fastenrath.

Un célebre monumento arquitectónico presta su nombre á esta obra, que consideramos ya como un verdadero monumento literario; gran mérito encierra el trazar con brillante pluma, siquiera sea narrando sucesos parciales, la historia de un pueblo á quien ni ciegan las glorias, ni abaten los reveses; pero ese mérito se hace más y más sobresaliente cuando un hijo de Colonia escribe en la lengua de Cervantes usando de tan extremada correccion de estilo como conocimiento de nuestra literatura.

Aleman-español se llama el Sr. Fastenrath y hace bien; sobrados títulos tiene para adjudicarse aquel dictado con el noble entusiasmo que le inspira su amor por España; su pátria adoptiva halla en su nuevo hijo un distinguido talento que domina por completo el campo de las bellas letras.

Preciada base á su interesante narracion de las glorias alemanas ha encontrado el escritor en la renombrada obra del buen Rey Luis I de Baviera, en la ya célebre *Walhalla*,

mansion silenciosa donde ocupan un puesto de honor los sábios, los héroes, los artistas, en una palabra, todos aquellos que consagraron su vida al enaltecimiento de su país, ora por medio del estudio y la meditacion, ora probando su génio guerrero sobre el campo de batalla, ora legando á la posteridad creaciones tan bellas cual ese mismo templo del arte levantado á las orillas del Danubio, como mudo representante de imperecedera fama.

Y no contento el publicista con referirnos de admirable manera cuanto hicieron sus antepasados en pró de la grandeza nacional, abandona, despues de concederla toda su importancia, la célebre *Walhalla*, se lanza al camino de la historia contemporánea, relata los medios que han producido el anhelado fin de la unidad alemana, pone de manifiesto el carácter de esos personajes que empezaron venciendo en Sadowa y terminaron reconquistando la Alsacia, describe concienzudamente el estado actual de la literatura pátria, y presenta una galería tan extensa como llena de atractivo, de artistas que hoy gozan reputacion europea; pero todo lo efectúa el Sr. Fastenrath con una amenidad, con una galanura, con una erudicion, y al mismo tiempo entrelazando en forma tan oportuna las glorias alemanas con las españolas, que embarga el ánimo del lector, y se siente pesar cuando termina un tomo, no habiendo otro nuevo para reemplazarle.

Imposible seguir al autor en sus múltiples escursiones á través de muchos siglos, y de innumerables sucesos, y más imposible aún el condensar su noble pensamiento en el limitado espacio de un artículo crítico; se necesitaria escribir otra obra, siempre muy inferior á la suya, para hacer pálida reseña de los puntos que magistralmente aborda. Comprendiéndolo así, vamos á concretarnos al exámen de los asuntos militares contenidos en *La Walhalla*, con lo cual no abandonamos nuestro terreno, ni dejamos de rendir justo tributo de admiracion al inspirado vate de Colonia.

Poeta sentimental y amante apasionado de su pátria alemana, el Sr. Fastenrath se deja llevar á veces de ámbas condiciones, tambien dignas de encomio, al hacer el retrato de

ciertos caudillos militares que coadyuvaron poderosamente á la regeneracion primero y despues á la grandeza de la Prusia contemporánea; ese lenguaje florido, acaso algo recargado cuando se trata de asuntos profesionales, no es fácil prescindir de él á los que sienten y piensan como el escritor del cual nos ocupamos; en el *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, precioso libro del Sr. Alarcon, la poesía alcanza en ocasiones á determinados tipos que nosotros, con perdon sea dicho del ingeniosísimo publicista granadino, nunca hubiéramos conseguido el darles otro carácter distinto al de la entereza de ánimo y al de la honradez acrisolada.

¿Qué importa, sin embargo, la belleza de imágenes, si en el fondo responde el autor á cuanto desea saber el lector? La literatura gana, y nada pierde la severa narracion didáctica, pues ya comprende el militar estudioso dónde se revela el estro poético del mismo autor, y cuáles son las obras de verdadera consulta para el aprendizaje profesional.

Consignadas las anteriores apreciaciones, procuraremos reseñar á grandes rasgos los asuntos militares que abraza *La Walhalla*, fijándonos algo más en ese período de trabajo constante, de heróicos sacrificios y de amor á la independencia nacional que empezó en Alemania á raíz de los últimos triunfos del primer Napoleon y terminó al rendir sus armas casi todos los ejércitos franceses que tomaron parte en la campaña de 1870-71.

II.

La obra del Sr. Fastenrath no obedece á un rigorismo cronológico en la exhibicion de los muchos personajes que en ella aparecen; por el contrario, las glorias alemanas van presentándose bajo una forma siempre amena, pero rara vez sujeta al método de la historia. Aquí se describe *La Walhalla*, monumento arquitectónico que acrecentó la reputacion artística de Leo de Klenze; más allá se habla de Cornelius, rey de los pintores alemanes; al principio hay un recuerdo para Federico Barbarroja; luego se relata la vida del gran canceller Bismarck; despues la del emperador Guillermo; en una

palabra, los sucesos y los hombres que los efectuaron, quedan expuestos al público cuando el autor encuentra oportunidad, de ningun modo sujetando la narracion al orden de fechas.

No alteraremos nosotros en la modesta crítica el sistema seguido por el Sr. Fastenrath en su notable trabajo literario, pues, aparte de que nos seria difícil coordinar históricamente los personajes militares, de los cuales se ocupa *La Walhalla*, quitaríamos cierto atractivo, dependiente de la variacion, á una obra escrita con verdadera inteligencia, pero tambien á impulsos de un pensamiento más ámplio que el de la historia sin comentarios.

En el primer tomo encontramos tres biografías esencialmente militares: la del conde de Moltke, la de Roon y la del emperador Guillermo.

Hablando del primero, dice que es una de las más distinguidas figuras en el gran teatro de la historia, guía de caballeros, honor de las armas, duro azote de los daneses, austriacos y franceses, de alto prestigio, lo mismo en Alemania que en el extranjero, y tan temido en Francia, que, mientras él viva, los franceses tendrán cerrada la puerta de Jano y el período de las revanchas. Las operaciones llevadas á cabo por *el general taciturno*, como llaman en Alemania al jefe de Estado mayor prusiano, deben estudiarse, segun el Sr. Fastenrath, cual hijas de un talento privilegiado, donde se amalgaman la osadía más atrevida y la precaucion más circunspecta, revelándose tambien la resolucion más pronta cuando así lo aconseja un cálculo de probabilidad.

Al describir las condiciones físicas del renombrado estrategico, el autor se expresa en esta forma: «Humilde de cuerpo, es grande de génio; parece un modesto profesor, y es capitan insigne, general sin segundo, timbre y orgullo de la Germania. Se habla de la barba de Barbarroja, y de la de Barbablanca, nuestro emperador; pero nadie hablará de la barba de Moltke, pues le falta completamente aquel varonil adorno.»

El *aleman-español* pondera, y con razon, las notables cartas familiares que escribió el hoy feld-mariscal prusiano, cuando sólo era capitan de estado mayor agregado al ejército

de Turquía, cartas que, á pesar de los años transcurridos desde aquella fecha, aún conservan gran interés, é ideas aplicables al actual momento histórico.

Inútil nos parece referir de nuevo la gloriosa historia del insigne pensador militar; todo oficial ilustrado la conoce, todos saben que es *un filósofo bajo el uniforme de soldado*, como consigna acertadamente Guillermo Zimmermann en su narracion de la guerra franco-alemana; el Sr. Fastenrath adorna la biografía de Moltke con las galas del lenguaje, con la brillantez de su númen poético, y con el vívido reflejo de su amor á la pátria, resultando en conjunto un cuadro admirable.

¿Qué representa en la Alemania contemporánea el general de Roon? A nuestro juicio, es una segunda edicion del feld-mariscal Blücher, por su entereza de ánimo y su deseo constante de colocar el ejército prusiano á grande altura; pero teniendo más condiciones intelectuales y más ilustrada escuela que el célebre caudillo de Laon y Waterlloo. Nadie ha definido mejor su carácter que el emperador Guillermo al siguiente dia de la batalla de Sedan, cuando tomando de la mesa una copa de Champagne dijo, dirigiéndose al anciano general: «Nuestro reconocimiento nos impulsa á beber hoy por la salud de mi bravo ejército. Vos, de Roon, ministro de la Guerra, habeis afilado nuestra espada.»

En efecto, el general de Roon ha sido incansable y muchas veces hasta severo en todo lo relativo á la buena organizacion del ejército prusiano; nada ni nadie le hizo apartar de ese camino; la oposicion parlamentaria á sus proyectos militares le proporcionaba fuerza superior para mantenerlos; su programa, como ministro de la Guerra, lo resumia en la divisa de sus propias armas: *Siempre recto, Dios te ayudará*, y Dios le ha favorecido, permitiendo que vea los triunfos de las tropas por él organizadas, no sin que el corazon de padre sufriese golpes terribles, pues de sus tres hijos, uno de ellos, capitán de artillería, murió á consecuencia de heridas recibidas en Sedan; el otro, teniente de infantería, fué asimismo herido en Wissemburgo, y el otro, comandante de estado mayor, se cayó del caballo, lastimándose mucho.

También concreta el autor de *La Walhalla* sus apreciaciones acerca de Roon en las siguientes palabras, las cuales servirán de excelente epílogo á las nuestras: «Robustecido en la dura escuela del áspero trabajo, se ha hecho un atleta el maestro de los prusianos, el maestro de escuela de los soldados, imprimiéndoles su vigor y su energía.»

Sensatas, muy sensatas ideas respecto á la política demoleadora que hace tiempo nos domina á los españoles sirven de prólogo al retrato del emperador Guillermo; pero el poeta de Colonia, alejándose del fatalismo mahometano, concluye por decir con otro ilustrado poeta andaluz: *La pátria nunca muere*. Es verdad; mas en esas luchas fratricidas se desangra y se debilita estérilmente. ¡Pobre España!

Tampoco seguiremos al Sr. Fastenrath en el largo y ancho relato que hace de la vida del soberano alemán; se necesitaria escribir, segun lo indicado anteriormente, otra obra no pequeña para analizar hasta en sus menores detalles *La Walhalla*, y no siendo esto posible, nos ceñiremos á la copia de un sólo párrafo, donde, á nuestro humilde juicio, queda fotografiado el emperador Guillermo; hélo aquí: «Guillermo fué el rey providencial cuando Alemania estaba sedienta de energía. Apoyándose en la grande inteligencia de Bismarck, empuñó con mano fuerte el timon del Estado y vigorizó la abnegacion, la obediencia, la energía del ejército prusiano. Su gran corazon está ajeno de albergar envidia, y nadie celebra más que él el genio de Moltke, el arte de Bismarck. Lo que le distingue es un puro sentimiento de amor á Dios, de fé en su poder, de respeto á su ley, de conviccion profunda de la grandeza eterna y de la eficaz influencia de su religion verdadera. Aquellos ojos tan serenos y tranquilos, aquella sonrisa tan benévola, aquel rosado color de su rostro, aquellas canas que brillan cual preciosa plata, y que valen un mundo entero á los ojos de los soldados alemanes, inflamando sus corazones para las más heróicas empresas, le hacen el símbolo de fuerza juvenil en su edad de oro, la envidiable senectud. No hay personalidad que infunda mayor respeto que Guillermo, la encarnacion de la magestad. Cual otro Carlo-Magno está él en medio de sus generales. El pri-

mer emperador de la ilustre casa de los Hohenzollern es el moderno Arminio.»

Con monarcas que así velan por la mayor grandeza de su pueblo, y con hombres de las condiciones que adornan á Moltke y á Roon, no causa sorpresa el estado floreciente del ejército alemán ni sus continuas victorias sobre distintos adversarios.

III.

El tomo segundo de *La Walhalla* es el que contiene más biografías militares, comenzando por la del príncipe *Adelante* como llaman los soldados prusianos á Federico Carlos, y concluyendo por la del único general austriaco que al ménos alcanzó un día de victoria en la invasion de la Bohemia, el malogrado Gablentz.

Militar animoso, activo y entendido, el príncipe Federico Carlos sabe manejar su ejército, sabe entusiasmar á cuantos le rodean en ocasiones solemnes, sabe sostenerse en sus posiciones de combate con indomable energía, según lo probó en las primeras horas de la batalla de Sadowa; sabe, en fin, dominar su vivo carácter cuando la seguridad de la victoria depende de una defensiva-ofensiva, como sucedió en Metz. Veamos lo que dice el Sr. Fastenrath en el artículo consagrado á definir las cualidades del inspector general de la caballería prusiana. «Federico Carlos fué en 1864 el venturoso Siegrido que quitó á la Brunhild alemana, Schleswig-Holstein, la cintura danesa. En Missunde, donde mereció su glorioso nombre de *príncipe Adelante*, se hizo el primer golpe el 2 de Febrero, y satisfecho el triunfo de aquel día sangriento, el príncipe decia á sus soldados: «Podeis descansar como hombres que cumplieron con su deber.» A lo que contestaron aquellos bravos: «¡Quiéralo Dios siempre como hoy!»

Imitando las proclamas con que entusiasmó á las falanges francesas el vencedor de Austerlitz, Federico Carlos decia en su célebre órden de 13 de Febrero: «Bastará que diga uno: soy un artillero de Missunde, para que conteste la pátria arrebatada en éxtasis profundo: «Hé aquí un valiente.»

La historia guarda ya en sus páginas los altos hechos militares del referido príncipe; para nosotros el triunfo material de Sadowa deben agradecerlo los prusianos, antes que á nadie á tres personas: á Federico Cárlos, al heredero del trono aleman y al modesto teniente coronel, ayudante del rey, Finkenstein, el cual atravesando sólo por malísimos caminos y lloviendo torrencialmente, una distancia de 40 kilómetros, llevó al segundo ejército la órden de concentracion general sobre las orillas del Bistritz.

Un recuerdo cariñoso consagra el Sr. Fastenrath en la biografía de Federico Cárlos á nuestros generales que obtuvieron la palma del triunfo contra las huestes carlistas reunidas en las cercanías de Bilbao; otro oportuno recuerdo dedica á la mala suerte del general Bazaine con motivo de su proceso. Las apreciaciones del *aleman-español* acerca de la conducta observada por el antiguo general en jefe del ejército del Rhin las conceptuamos muy sensatas; pero la Francia necesitó, sin duda, una víctima de sus grandes errores, y la encontró en el mariscal, segun consigna acertadamente Julio Vickedé hablando de las faltas estratégicas cometidas por los mismos franceses durante la última campaña.

El príncipe heredero de Prusia hace la guerra bien, pero siempre deplora hacerla; ámbas cosas juntas revelan su inteligencia y sus bellos sentimientos. La marcha efectuada en las primeras horas de la mañana del 3 de Julio de 1866 para poner en contacto el segundo ejército con el primero y el de Elba, decidiendo de este modo la sangrienta jornada de Sadowa, honra á Federico Guillermo; el movimiento ofensivo sobre el Lauter, líneas de Wisemburgo y el Geisberg, prólogo de la guerra franco-alemana, demuestra la iniciativa militar del referido príncipe; el cambio de direccion de las tropas de su mando en la noche del 26 de Agosto de 1870, dirigiéndose al Norte para obrar combinadamente con el ejército del Mosa y alcanzar la victoria de Sedan, pone de manifiesto su mucha práctica en el manejo de grandes masas, y su habilidad táctica. Sin embargo, no le agrada la guerra, segun indicamos ántes, por ser opuestos los horrores de ella á los sentimientos de su noble corazon.

Perfectamente define el Sr. Fastenrath tales cualidades diciendo: «Federico Guillermo heredó la indestructible alegría de sus antepasados, las ocurrencias felices de Federico Guillermo I, la vena satírica de Federico el Grande y de Federico Guillermo IV; á su padre el emperador Guillermo le debe la rectitud alemana, la discrecion, el valor y la caballeridad de los Hohenzollern; en fin, todas aquellas dotes que caracterizan á la Prusia vieja; y á su madre, la emperatriz Augusta, princesa de Sajonia-Weimar, la delicadeza del sentimiento y una contemplacion universal.»

Antes de ocuparse del ya célebre general Augusto de Werder, ese caudillo prusiano que con tanta entereza y habilidad sostuvo el sitio de Belfort, deteniendo al mismo tiempo con sus 30.000 hombres á los 140.000 mandados por Bourbaki, dedica el Sr. Fastenrath sentidas frases á la muerte gloriosa de otro caudillo español, al militar valiente y entendido que sucumbió en la batalla de Monte-Muro, al capitán general de ejército D. Manuel de la Concha. Aquel gran corazón, dice el autor de *La Walhalla*, ha dejado de latir, aquella vigorosa inteligencia se ha eclipsado para siempre... ¡Qué pérdida tan grande y tan irreparable! ¡Qué cambio de fortuna tan dramático! Todo español amante de su patria debe agradecer esa expresion del sentimiento sincero que experimentó el hijo de Colonia cuando supo la infausta nueva.

Entrando luego á referir los hechos militares del general, á quien tanto quiere el ejército alemán, se entusiasma justamente con los triunfos obtenidos por Augusto Werder durante la guerra franco-alemana. En efecto, si el veterano jefe del décimocuarto cuerpo de las tropas invasoras no hubiese conquistado una envidiable reputacion, combatiendo primero en el Cáucaso como agregado al ejército ruso, y luego como general en la campaña de Bohemia, le bastaria para alcanzarla la toma de Strasburgo, y más aún su campaña en el Este de la Francia.

Sin su energía, sin su actividad, sin sus rápidas concepciones en momentos verdaderamente angustiosos, tal vez Manteuffel hubiera llegado tarde al terreno de la lucha para decidir la victoria completa en favor de las armas alemanas;

pero prescindiendo de ciertas faltas estratégicas y tácticas cometidas por los franceses en Hericourt y Montbeliard, la verdad es, que el general Werder comprendió su situación y demostró génio guerrero en trance tan apurado. Alemania, nunca ingrata con sus preclaros hijos, ha hecho cumplida justicia á las condiciones militares del anciano caudillo.

IV.

Stein, Scharnhorst, Boyen, Bulow, York, Grollmann, Blücher, Gneisenau y algunos otros patriotas, cuyos bustos figuran casi todos ellos en el monumento arquitectónico levantado en honra de la Alemania por el rey Luis I de Baviera, tambien los coloca en su obra literaria el Sr. Fastenrath.

Despues de Jena verdaderamente necesitaba la Prusia una pléyade de hombres ilustres que con su génio, constancia y energía la librasen del yugo impuesto, merced al triunfo decisivo de las armas francesas; por su suerte los encontró en el elemento civil y militar, sobreponiéndose de este modo á la política opresora del primer Napoleon y derrotando de primera intencion en el Katzbach al mariscal Macdonald.

El infatigable baron de Stein, no solo hizo en Prusia, donde fué ministro de Hacienda y presidente del Consejo de ministros, una guerra cruda á las miras ambiciosas del *capitan del siglo*, sino que aconsejó al emperador Alejandro de Rusia no transigiese nunca con el vencedor de Austerlitz. El hannoveriano Scharnhorst, el modesto profesor de una academia militar, cuando llegan horas tan angustiosas para el ejército donde sirve, aplica su gran talento á reorganizarlo sobre nuevas bases sin infringir los severos mandatos de Napoleon; siguiendo semejante marcha los 42.000 soldados prusianos que consentia permaneciesen en las filas el emperador francés, se convirtieron en 300.000 al comenzar la campaña de 1813. Bülow, militar y artista al mismo tiempo, no cede tampoco á la opresion extranjera; lucha contra todo género de obstáculos, y al fin vence en Grossbeeren y Dennewitz, to-

mando luego parte muy activa en las jornadas de Leipsick y Waterloó. El general York, en alas de su patriotismo, no teme desagradar á su mismo soberano; firma con los rusos el convenio de Tauvoggen, no abre siquiera los pliegos, en los cuales se le dan órdenes contrarias á los intereses prusianos, y coadyuva poderosamente á la independendencia nacional. Grollman, que luchó en España contra las huestes invasoras, vuelve á su país cuando la Alemania se rebela en masa y dá pruebas de su suficiencia durante las campañas de 1813, 1814 y 1815.

Carácter de hierro, indiferente al peligro, activo en alto grado, al feld-mariscal Blücher no le abaten los reveses de fortuna sobre el campo de batalla; no le desanima en la empresa de emancipar la patria de la tutela napoleónica el quedar prisionero en Lubeck; no descansa hasta vencer á sus enemigos en las orillas del Katzbach, en Leipsick, en la Rothiere, en Laon y en Waterlloo, pero demuestra poca generosidad con los vencidos cuando llega á París. Hablando el señor Fastenrath de este héroe de la independendencia alemana, dice que su pluma era su espada, su cátedra el campo de batalla y sus procesos los combates; efectivamente Blücher merece grandes elogios por sus condiciones militares, lo cual no impide que la historia imparcial tambien reconozca facultades análogas en aquellos enemigos del príncipe de Wanhls-tadt, vencedores primero y luego despues vencidos; las jornadas de Jena y Auerstaedt harán siempre honor á Napoleon y á Davout, aunque el caudillo prusiano tratase, sin conseguirlo, de oscurecerlas en horas de prosperidad.

Gneisenau fué el ilustradísimo complemento de Blücher; nombrado el primero jefe de estado mayor del segundo, á la muerte de Scharnhorst, á él debieron los prusianos una parte principal de las victorias alcanzadas sobre las huestes imperiales; así es que el anciano feld-mariscal solia exclamar, con sentido acento, cuando le felicitaban por su fortuna: «Tributat esos elogios á Dios, que ha favorecido nuestras empresas, y á Gneisenau, que ha sido el alma de la campaña; yo no hice más que seguir sus planes con arrogancia.» La gloria alcanzada por el célebre jefe de estado mayor no pertenece

solo á la Prusia, como consigna con su acostumbrada oportunidad el *aleman-español*, sino á la Alemania entera.

Algunas palabras cariñosas encontramos tambien en *La Walhalla* para el archiduque Cárlos, afortunado en su campaña de 1796 contra Jourdan, desgraciado en Caldiero, Eckmuhl y Wagram contra Napoleon, pero siempre excelente caudillo; ese recuerdo cariñoso del Sr. Fastenrath lo hace extensivo á Schwarzenberg, el bravo de Hohenlinden, el jefe superior de las tropas coligadas en 1814; al ruso Barclay de Tolly, el cual probó su arrojo é inteligencia atravesando el helado golfo de Botnia en 1809 para penetrar en Suecia, y á otro general ruso, el conde Diebitsch, que, segun opinion bastante admitida, fué el primero en indicar las ventajas de una marcha sobre París, despues de la campaña de 1813, distinguiéndose algunos años más tarde en las guerras de Turquía y Polonia.

Segun podrán apreciar nuestros lectores, el tomo segundo de la obra que nos ocupa encierra verdadero estudio para el oficial aplicado, pues aparte de las muchas biografías militares ya señaladas, todavía nos restan por examinar las del archiduque Alberto de Austria, almirante Tegetthof, mariscal Radetzky y general baron de Gablentz.

V.

Haciendo justicia á las condiciones de mando del archiduque Alberto de Austria, digno hijo del que realizó tan brillante campaña en 1796 contra Moreau y Jourdan, le dedica el Sr. Fastenrath una página de su erudito trabajo.

No entra el autor de *La Walhalla* en considerandos militares acerca del vencedor de Custozza; pero á nosotros nos cumple decir que esa jornada representa el triunfo de la inteligencia profesional y de la meditacion serena sobre las vacilaciones y faltas estratégicas del ejército italiano. Inútil fué que los prusianos propusieran á Víctor Manuel un plan de campaña atrevido y trascendental, inútil tambien que se adoptase al fin y al cabo un programa mixto despues de examinar los proyectos de los generales Fanti, Cialdini y la

Mármora; el archiduque Alberto, apreciando desde un principio su situación, comprendiendo de antemano que los dos ejércitos enemigos tratarían de efectuar su unión para batir con fuerzas casi triplicadas al austriaco, busca lo primero un punto central en su línea de operaciones una especie de observatorio, con objeto de aprovecharse de cualquiera falta cometida por los italianos, según manifestaba al emperador en su carta de 9 de Junio.

Esta previsión, esta forma nada vulgar de entender la guerra dió origen á la victoria de Custozza. Cuando el día 24 de Junio, aniversario de Solferino, el ejército de Víctor Manuel, compuesto de 100.000 infantes, 7.000 ginetes y 190 piezas avanzó por los valles del Mincio y del Tione, ya estaban en excelentes posiciones los 75.000 austriacos del archiduque Alberto, y á las cuatro de la tarde, después de muy reñidos combates, quedan los últimos en posesión de las alturas de Belvedere, de Santa Lucía y del monte Vento, obligando á los italianos á repasar el Mincio. La jornada de Custozza puede considerarse, ante todo, como prueba inequívoca del talento militar del archiduque.

Si adversa fué la fortuna para las armas austriacas en la campaña de Bohemia, no cesó de serles favorable en Italia, pues mientras el archiduque Alberto ganaba una batalla campal, el almirante Tegetthof, el *Mendez Nuñez de Austria*, como llama el Sr. Fastenrath al bravo marino, destrozaba la escuadra real en las aguas de Lissa, alcanzando aquel día glorioso é imperecedero renombre.

Hubiera sido una omisión grande el que dejase de figurar en tan magnífica galería de notabilidades alemanas la venerable figura del mariscal Radetzky; soldado de las guerras de la república y el imperio, hombre de fibra vigorosa, poseedor de una actividad extraordinaria, la revolución de 1848 le sorprende, á los 82 años de edad, en su mando de la Lombardía; tiene que abandonar á Milan, sufre un contratiempo en Goito, pero no tarda en reorganizar sus tropas; avanza con ellas sobre las italianas, y logra, por último, el decisivo triunfo de Novara. Justo nos parece manifestar, rindiendo culto á la verdad, que si Blücher encontraba su complemento en la

inteligencia de Gneisenau, Radetzky lo halló del mismo modo en Hess, su jefe de estado mayor.

El malogrado Gablentz, el caudillo de Frantenau, única victoria del ejército austriaco en su última campaña de Bohemia, aparece en *La Walhalla* como general circunspecto y entendido. Lo era efectivamente; cuando se trató de declarar la guerra á Prusia, se opuso á esta idea, conociendo la admirable organizacion militar del adversario; cuando llegó la hora del peligro, se puso á la cabeza del décimo cuerpo y derrotó en las orillas del Aupa al primero prusiano, haciéndole retroceder por los desfiladeros del Riese-Gebirge; pero, flor de un dia este triunfo, la guardia del rey Guillermo al siguiente, prevaliéndose de faltas de las cuales no puede hacerse responsable á Gablentz, batió sus tropas cerca de Pilnikau y le obligó á emprender la retirada.

Dedicado despues á negocios financieros y habiendo sufrido algunas reveses de fortuna, se suicidó en Zurich, dejando buena memoria por sus condiciones militares y diplomáticas.

En el tomo tercero de *La Walhalla* no encontramos ninguna biografía militar; únicamente dedica el Sr. Fastenrath un capítulo á la inauguracion de la estatua de Arminio, el libertador de la Germania, segun la frase de Tácito, el que detuvo y derrotó á las legiones romanas no lejos de los manantiales del Ems y del Lippe.

Frases de entusiasmo recordando el origen de la nacionalidad alemana; ideas impregnadas de esa poesía mágica que caracteriza al autor de la obra; explicaciones propias de un patriotismo sincero sobre la conducta de Arminio ántes de combatir contra Varo; justos elogios al anciano escultor José Ernesto de Bandel, el artista que construyó por sí mismo la colosal figura del caudillo germano. Hé ahí la síntesis de cuanto expresa el Sr. Fastenrath al ocuparse del asunto.—No entraremos nosotros en una digresion histórica ó de moral racional sobre si los medios empleados por Arminio para conseguir el fin de exterminar las legiones romanas de Varo estaban en armonía con los favores que le otorgó Augusto; no hablaremos siquiera de aquella marcha de las citadas legiones, marcha en que el enemigo ya tenia como jefe á quien

aconsejó efectuarla; al fin y al cabo allí disculpaba esa astucia lo grande de la idea, mientras que en los tiempos presentes suelen ser mayores los engaños y mucho más raquíticos los pensamientos.

Vamos á terminar nuestro trabajo; despues de la rápida excursion que hemos hecho á través de las glorias militares, descritas con tanto acierto, con tanta oportunidad, con tan admirable facundia por el Sr. Fastenrath, nos sentimos fatigados y deploramos, hablando ingénuamente, que la modesta crítica desde el punto de vista profesional no corresponda en poco ni en mucho á las bellezas literarias encerradas en *La Walhalla*.

Sirvan, no obstante, de disculpa á nuestra atrevida empresa el amor que profesamos á los estudios de esta índole y el deseo de que el ejército español conociese algunos detalles de la referida obra.

El Sr. Fastenrath, al publicarla, ha demostrado que sabe y practica con facilidad suma aquella máxima de Condillac: *El pensamiento es la principal facultad del hombre, y el arte de expresar los pensamientos es la primera de las artes.*

ARTURO COTARELO.

EL AMOR Á TODA PRUEBA.

A MI MADRE.

I.

Nació en Teruel el hombre de mi cuento:
Era su madre aragonesa franca,
De belleza un portento,
Y lista, más que el viento;
Y en haciendas caseras no era manca.
El padre era un ricacho que labraba
Sus viñas en el campo, y en la villa
Casas de buena piedra; y que gozaba
Jugando con su chico, al que adoraba,
Y juntando doblilla tras doblilla.
El muchacho fué rubio de pequeño
Y siempre mal criado:
Y basta de retratos, que excusado
Siempre juzgué el empeño
De dar al personaje retratado.

II.

Creció el niño y no poco:
Siempre fué de sus padres embeleso;
Aunque el niño travieso
Al dejar de ser niño, fué hombre loco.
Ya de su madre el beso
Tropezaba con pelos en la cara,
Que es cosa en que una madre no repara,
Pues siempre piensa el maternal cariño
Ver en el hijo al niño que antes fuera,

Y le sigue tratando como á niño
 Aun cuando el niño le regale nuera.
 Perico, que es el mozo de mi historia,
 Tuvo queridas y por ellas duelos,
 Y ha dejado en Teruel triste memoria,
 Pues ganó en la comarca tanta gloria
 Cerrándose la gloria de los cielos,
 Que seria prolijo
 Si fuera yo á contar una por una
 Sus aventuras mil; mas es lo fijo
 Que áun cuando fueron tantas, con ninguna
 Dió á sus padres honor aquel mal hijo.
 Fué jugador, borracho,
 Despues de jugador pasó á fullero,
 Y despues de borracho á pendenciero;
 Y con razon viviera junto al acho
 Que en la africana tierra bochornosa
 Espía de los barcos el camino,
 Si una madre sensible y amorosa
 No torciera mil veces su destino.



III.

Pero hay una aventura que es preciso
 Contar á los lectores, y la cuento.
 Aunque ligero en todo, el cielo quiso
 En su pecho infundir un sentimiento
 Más fuerte y arraigado y más profundo.
 Sintió nuestro mancebo
 Uno de esos amores, que en el mundo
 Son con frecuencia cebo
 De crímenes, de raptos, de estocadas,
 De homicidios, suicidios y escapadas.
 La moza era mujer entrada en años,
 Que fué linda y fué joven y fué buena,
 A quien la ociosidad y los engaños,
 Y el afan de lucir su tez morena
 A la luz del carbon pulimentado
 (Que es gusto á la verdad endemoniado),

Llevaronla á pasar revuelta vida,
Siendo, con el disfraz de cien amores,
De cien incautos oficial querida,
Ruina de muy honrados labradores,
Causa de llanto de inocentes ojos,
Causa tambien de púdicos sonrojos.

IV.

Quando Perico conoció á Prudencia
Contaba ya en el libro de su historia
Un homicidio en báquica pendencia
Cara á cara y con gloria;
Deshecho habia cuatro matrimonios;
Vendido unas haciendas de su padre,
Quien se daba por ello á los demonios;
Y hecho llorar mil veces á su madre,
Porque siempre borracho y en el juego
De un apuro caia en otro apuro;
Y el amor de su madre era tan ciego,
Que primero le daba duro á duro,
Luego por cientos, las alhajas luego.
Una tarde de otoño, un tanto fria,
En que el viento soplabá con estruendo
Y el sol entre las nubes se escondia
De vez en cuando súbito saliendo,
En frondosa arboleda
Se encontraba Prudencia con Perico:
—Siendo tu padre rico
Es raro ciertamente que no pueda.
—Mi padre no me trata;
Ya por él en su casa no estaria.
—¿Y tu madre?
—Me dió toda su plata.
—¿Pero no tiene joyas?
—Las tenia.
—¿Y no tienes amigos?
—No; ninguno.
Se acabaron al tiempo que el dinero.

—¿No se te ocurren medios?

—Solo uno.

—Dímelo y ponlo en práctica.

—No quiero.

—¿De modo que tu amor es tan ardiente
Que se encuentra incapaz de un sacrificio?

¡Vaya un amor el que tu pecho siente!

—No me empujes, por Dios, al precipicio.

—Toma á tu padre cuando no te vea

La suma necesaria, que es muy corta.

—¿Y si llega á saberlo?

—Como sea

Ya despues de marcharnos, ¿qué te importa?

—Jamás; no me decido.

—¿Dejarás que en el pueblo se me afrente

Cuando el ladron de mi inocencia has sido

Y que me insulte con furor la gente

Por haberte querido?

Adios; no más me digas

Que me quisiste porque no es creible.

—¡Prudencia!

—Calla, basta, no me sigas.

—¡Prudencia, no te vayas!

—Imposible.

Prudencia se alejó: quedó Perico

Renegando de Dios porque era pobre,

Y al fin se levantó diciendo: «es rico:

»No es justo que me falte y que le sobre.»

V.

Han pasado unos meses, y el verano

Dora en los campos el sabroso fruto.

¡Triste destino del linaje humano;

No hay placer sin dolor, fiesta sin luto!

Oscuro calabozo

Guarda á nuestro mancebo, encanecido

No obstante ser tan mozo.

¿La conciencia, quizás, le ha remordido?

Pero oigamos su queja
 Exhalada en los hierros de la reja:
 —Al fin robé á mi padre
 Y ¡Jesús, qué recuerdo!
 ¡Sí! ¡sí! ¡pegué á mi madre!
 ¡Ay! la cabeza pierdo.
 Pero aquella mujer... maldita sea,
 La maté y otra vez la asesinara.
 Impulsarme á una accion que era tan fea
 Y burlarme despues, ¿quién lo pensara?
 ¡Qué desgraciada suerte!
 Hoy vendrán á leerme la sentencia:
 ¿Si será la de muerte?
 ¿Vale tanto la vida de Prudencia?
 No: mi madre me ha escrito,
 Prueba de que es muy leve mi delito.

VI.

Fué á muerte condenado,
 Y en su ruda fiereza,
 Frenético, brutal, desesperado,
 Rompió contra los hierros su cabeza,
 Y aquella horrenda herida
 Al alma avergonzada dió salida.

VII.

La Iglesia le negó lugar bendito
 Para su sepultura;
 Yace en un muladar entre basura
 Quien ni un momento se mostró contrito.
 La madre va á rezar todos los dias
 A aquel monton de cieno:
 —Le perdieron, Señor, las compañías,
 Pero su corazon era muy bueno.

E. GODINEZ.

LA FILOSOFÍA DEL SEÑOR NIETO SERRANO.

BOSQUEJO DE LA CIENCIA VIVIENTE.

ENSAYO DE ENCICLOPEDIA FILOSÓFICA POR DON MATÍAS NIETO SERRANO.

BREVE EXPOSICION DEL CONTENIDO DE ESTE LIBRO.

I.

Hasta los momentos actuales, dos escuelas filosóficas de poderosa representación, el viejo *escolasticismo* y el *krausismo*, se disputaban en España, al lado de otras ménos definidas, la supremacía en el libro, la academia, el ateneo, la cátedra, y en toda discusion: á dichas escuelas añádense hoy el *positivismo* y el *neo-kantismo*, con probalidades de éxito en la lucha. Por lo demás, y aparte de otras razones de legítimo poder, no es de extrañar que el *krausismo* decaiga, y se apoderen de sus armas, en frente del enemigo comun, las nuevas escuelas señaladas, sobre todo en nuestra nacion, donde un revés cualquiera, sin derecho á influir como primera causa abonada en el progreso de la ciencia segun este ó el otro sentido del mismo, basta, sin embargo, por nuestro carácter voluble, á elevar sin razon un sistema científico y á deprimir otro. El *positivismo* y el *neo-kantismo* trabajan con fruto, en el Ateneo y el periódico *Anales de Ciencias Médicas* el uno, y el otro por medio del libro *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania* recientemente dado á luz por el Sr. Perojo, y en la excelente REVISTA CONTEMPORÁNEA que el mismo dirige.

En estos momentos, pues, creo oportuno el conocimiento por los hombres dedicados á estudios filosóficos, de una obra, *Bosquejo de la ciencia viviente ó Ensayo de enciclopedia filosófica*, de que es autor el distinguido médico español, y más

que médico filósofo notable, Sr. Nieto Serrano, sobresaliente discípulo del filósofo de Koenigsberg.

No se crea, sin embargo, que la publicación á que aludo es reciente: data del año 1867, y en el tiempo transcurrido desde entónces un libro se hace viejo. Pero en dicha época las corrientes del saber marchaban en otra dirección, y el libro del Sr. Nieto pasó para la mayoría inadvertido; por eso repito, es ahora el momento oportuno de darle á conocer, toda vez que iniciada la nueva tendencia, que en la historia de la filosofía española ocupará un lugar distinguido, debe en ésta incluirse con perfecto derecho, bajo su punto de vista especial, al Sr. Nieto Serrano.

Es el autor de este libro uno de los hombres que en España han enriquecido más la literatura pátria en el segundo tercio del presente siglo, relativamente á los dos ramos del saber que asiduamente le han ocupado, la medicina y la filosofía. Aparte de variadas traducciones de obras francesas acerca de la primera de estas ciencias, el Sr. Nieto Serrano es autor de un *Tratado de apósitos y vendaje*, un *Ensayo de medicina general*, la *Reforma médica*, unos *Elementos de patología general*, un *Bosquejo de la ciencia viviente* ó *Ensayo de enciclopedia filosófica* y numerosos artículos en el periódico *El Siglo Médico* de que es uno de los directores.

De estas publicaciones, segun de su título se infiere, la mayoría versa sobre la medicina en su punto de vista más científico ó filosófico: son indagaciones propias de dicha ciencia considerada en el terreno de la filosofía, y solamente corresponde á esta última bajo su aspecto general, ó sin aplicaciones concretas, el *Bosquejo de la ciencia viviente*. Juzgar, por lo tanto, este libro, es juzgar casi todas las producciones del señor Nieto, como que á todas las abraza: comprende el sistema dentro del que, ántes de darlo á luz, escribió sus obras este ilustre autor.

Al ocuparme de este libro, no pretendo sin embargo hacer su crítica, que exigiria tan detenido estudio para llevarla á cabo debidamente, como el empleado por su autor para escribirlo, y una decisión y valentía justificadas como en M. de la Revilla. Mi objeto es modestísimo: redúcese simplemente,

movido por la razón expuesta, á dar noticia de esta producción, entresacando para ello de sus páginas, seguidas casi sin alterar su orden, los conceptos más notables y precisos acerca del sistema filosófico que en ella se desenvuelve, y si alguna cosa añadido por mi parte, ruego al autor, persona á quien respeto y estimo como se merece, que tome mis palabras en el sentido de respetuosas observaciones del discípulo al maestro.

Pero ántes de terminar esta *breve introducción*, dándola forma, y como quien entra á medias en materia, consignaré un hecho referente al conjunto del libro que me ocupa, y aún á todos los libros de este autor: al Sr. Nieto Serrano califícasele de oscuro; por tal razón sus producciones en general carecen del merecido número de lectores, y en menor cantidad sin duda los habrá tenido el *Bosquejo de la ciencia viviente*. El hecho á primera vista es cierto, y lo sé por mí mismo: la oscuridad existe. Mas ¿depende ésta del autor, ó de la índole más bien de su sistema científico? ¿Es verdaderamente un defecto, en el sentido de que tal oscuridad pueda corregirse, ó bien es inherente á la doctrina del Sr. Nieto, considerada la forma de su discurso como ropaje exactamente cortado según el perfil de sus ideas?

Tómese en cuenta el más constante propósito de este escritor, de oponerse á todo *exclusivismo* científico, cuya ilegitimidad reconoce, á todo sistema *particular*, cuya estrechez de miras le obliga á comprender sólo una parte, eliminando otra violentamente, renunciando al todo realizable. Racionalmente persuadido el Sr. Nieto de la repartición de la verdad en todos los sistemas filosóficos, los *unifica* desarrollando el sistema un verdadero *inclusivismo*, pero sin proceder *eclecticamente*, ó reuniendo sin previo sistema que sirva de criterio lo *á priori*, creído como verdadero en los sistemas restantes, y sí obrando con libertad la razón sin *excluir* nada, una vez reconocido previamente el defecto de unos y otros. «La luz que yo proclamo, dice (1), es dada inmediatamente en toda luz particular.»

(1) Prefacio. XVI.

En los *sistemas exclusivos*, luces particulares por fraccionamiento de esta luz, la mirada, á expensas de cada una de ellas, se circunscribe más; no es que se vea con más claridad, es que la vista alcanza ménos; créese engañosamente en la no existencia de lo envuelto en la sombra, y se prescinde de ello. El trabajo es más fácil, y á esto se llama *más claridad*. Si ésta existe, ha de confesarse, sin embargo, que adquiere su brillantez á expensas de la sombra que se suprime... la época veía de este modo, y juzgó oscuro al señor Nieto Serrano.

En el sistema de este filósofo nada se excluye, ni la sombra siquiera, límite necesario de la luz, distinguida por contraste: «la luz, nos dice en el citado prefacio, esparce la claridad en toda sombra, sin que deje de penetrar la sombra en toda claridad.»

Así, en la ciencia reconoce como necesarios el *saber* ó la luz, y la *ignorancia* ó la sombra, cuyo contraste sirve á su respectiva distinción: «Podemos, añade, saber más ó ignorar más; pero no podemos dejar de saber algo ó ignorar algo: la ignorancia y la ciencia son necesarias, y lo es la una porque lo es la otra: en virtud de la ciencia sabemos, en virtud de la ignorancia creemos, y por ámbas vivimos.»

El progreso de la ciencia consiste en saber más; pero no por eso la ignorancia desaparece: es necesaria á la ciencia, como la *muerte* á la vida. Lo uno sin lo otro es inconcebible, ya por el contraste de estos elementos que ocasiona su conocimiento mismo, ya porque en realidad hállanse combinados, constituyendo, no el saber en absoluto, la vida en absoluto, sino la ciencia y la vida relativas.

Porque lo propuesto por el Sr. Nieto es consentir que todo viva, nada quiere matar: quiere *una vida que viva* realmente, una *ciencia viva*, porque lo limitado, lo relativo solamente se hace ó adquiere realidad, viviendo: «La ciencia (1) no vive sin la fé, ni la libertad sin la autoridad, ni el mal sin el bien; porque vivir es ser imperfecto y aspirar á la perfección.» «La *ciencia viva* es el *hacerse* y *deshacerse* el conocimiento

(1) Prefacio. XVII.

de las cosas; es el nacer, conservarse y morir de la ciencia,» realizado todo en parte ó por combinacion mútua. «La ciencia vive y repugna morir» totalmente. «La paz que por ella se imponga no será la paz de los sepulcros; vivirá tambien, será un calor vivificante, no el frio de los polos; será la suavísima armonía de los coros celestiales, no el aterrador silencio de la noche.» «Vida á la ciencia, paz viviente al universo.»

Tal es el programa del Sr. Nieto, que justifica el título *Bosquejo de la ciencia viviente* de su libro. Como se vé, por esta base tan ámplia de su sistema, este profundo pensador se distingue así de Descartes, que empezaba por la duda para luego sustituirla por un saber completo, como de los racionalistas que niegan la ignorancia como necesaria, lo que equivale á negar la muerte como elemento de vida.

¿Cabe, pues, en el sistema del Sr. Nieto la engañosa claridad que se reconoce en los demás sistemas? La mirada del filósofo español es más vasta, extiéndese á todo, y hácese por ello más difícil; el espíritu que la sostiene hállase en un estado de tension que cansa más, como se cansa el ojo que á la vez mira á objetos próximos y distantes: no excluye la sombra á fin de quedarse con la claridad solamente; lo *incluye todo*, y el todo es *claro* por necesidad y *oscuro* á la par. En el sistema del Sr. Nieto hay *más luz*, más claridad, porque en él *se incluye toda luz*, pero hay *sombras* tambien, sombras necesarias: el *todo*, pues, es *oscuro* en parte, ó por ser más difícil, ó porque tiene sombras.

Y si esto acontece para el que despreocupado lea el libro en que me ocupo, con más razon ha de experimentarlo así el habituado á otros procedimientos científicos.

Lo publicado del *Bosquejo de la ciencia viviente* comprende la *parte primera* de esta obra, ó sean los *prolegómenos de la ciencia*. Forma un tomo en 4.º mayor, XIX-599 pág., distribuido, despues de un prefacio, verdadero canto á la vida como fondo de todo, y del que he tomado las indicaciones anteriormente expuestas, en las siguientes *secciones y capítulos* que sucesivamente iré examinando con el objeto advertido:

SECCION PRIMERA.—*Fundamentos filosóficos.*

- CAP. I. Definicion de la filosofía.
 II. Principio de la filosofía.
 III. Objeto de la filosofía.
 IV. Medios entre el principio y el objeto de la filosofía.
 V. Ensayo general del método filosófico.

SECCION SEGUNDA.—*Análisis elemental.*

- CAP. I. De la materia.
 II. La conciencia, lo desconocido.
 III. De la vida.

SECCION TERCERA.—*Síntesis parcial.*

- CAP. I. Vida de la materia.
 II. Vida de la conciencia.

SECCION CUARTA.—*Síntesis total.*

- CAP. I. El universo y el conocimiento universal.
 II. Los sistemas.
 III. La certidumbre y la creencia.
 IV. La experiencia, ojeada retrospectiva.

SECCION PRIMERA.—FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS.

CAPÍTULO I.—*Definicion de la filosofía.*

I.

En esta parte de su libro, el Sr. Nieto procura con empeño hacer resaltar su sistema: habia proclamado á la vida como fondo de todo, y tenazmente se opone á las definiciones muertas. La ciencia es *una definicion* continúa, que se desarrolla, crece, sin acabarse nunca: una definicion imper-

fecta en sus primeros rudimentos, que aspira á la perfeccion y vive, reformándose de continuo, sin que tal aspiracion se satisfaga nunca por completo. Fija en esto su mirada, con motivo de la definicion de la filosofía sienta el Sr. Nieto una doctrina verdaderamente filosófica acerca de la *definicion en general*, aplicable á toda ciencia.

Desde luego, y esto científicamente vale mucho, protesta contra la definicion *acabada*, digámoslo así, de rigurosos perfiles, molde estrecho en el que á toda inteligencia uniformemente se encerraba desde el principio del libro hasta su conclusion, desde las primeras palabras del discurso hasta las últimas, como única proposicion inmutable, exenta de reforma, incapaz de desarrollo como total síntesis de la ciencia. «Si yo pudiera, dice el Sr. Nieto, en este momento dar á mis lectores una idea clara de lo que es filosofía, ó, por lo ménos, de lo que es mi filosofía, escusado era este libro. Mi filosofía, ó, más bien, una muestra de ella, es este libro mismo. La filosofía en general no se limita al inmenso catálogo de obras que en ella se han ocupado; es todavía algo más, es el espíritu humano filosofando, es la vida entera, la evolucion universal considerada bajo una de sus fases, la más comprensiva de todas, la que por lo ménos aspira á serlo y profesa altamente tal aspiracion...» «filosofando es como se define la filosofía: sólo termina su definicion cuando se deja de filosofar.»

Como era de suponer, reconocido el intento del filósofo español, aquí resalta el punto de vista general, el más científico de la definicion: en él confúndese ésta con la evolucion misma de la ciencia. Pero la definicion tiene además su aspecto concreto, práctico ó de aplicacion inmediata, del que se ocupa muy secundariamente el Sr. Nieto. En esto le acontece lo que á todo reformador: en su propósito de que resalte el punto de vista reformado, descuida algo los restantes. El reformador no se equivoca, y puede, sin embargo, inducir á error á sus lectores.

Permítame, pues, el autor del *Bosquejo de la ciencia viviente* discurrir un poco sobre este asunto.

II.

Puede la *definición*, prácticamente, proponerse uno de dos objetos:

1.º En el caso de comunicarse entre sí dos hombres de ciencia, puede suceder que, ahorrando trabajo y tiempo, sea necesario por el uno dar al otro que juzga *conocimiento breve* de lo que sabe, si bien expresivo de la genuina síntesis total de su ciencia. El desarrollo de ésta es una definición en el sentido expuesto anteriormente, que la fotografía, digámoslo así, de cuerpo entero: ahora dáse á conocer definiéndose otra vez, pero en síntesis abreviada, en miniatura, formándose una *definición prácticamente*. Los que nos dedicamos á la enseñanza, tenemos diaria ocasión, al preguntar al discípulo, de oír á este *definiendo* en el sentido que me ocupa.

Al desarrollarse la ciencia en su conjunto, al definirse sucesivamente, cabe á cada uno, si procede racionalmente, la libertad de hacerlo á su manera. No es tan libre la *definición práctica* de que trato, ni como tal puede darse una definición cualquiera: no reconoce, es cierto, imposición exterior; pero como expresiva del conocimiento del que la usa, ha de expresarlo con verdad ó á la manera de una fiel miniatura.

No es ésta la definición que dá principio al discurso ni al libro: no es la de que trata el Sr. Nieto con motivo de la ciencia de que escribe. Y, sin embargo, lo anteriormente citado de este autor implica, como concepto de la definición, la que el Sr. Nieto pudiera suponer en sus lectores, preguntados por la ciencia del mismo ántes de leer su libro.

2.º La ciencia, que es vida intelectual, reconoce una forma propia de desarrollo: á la manera que el edificio arranca de su base y se destaca sobre un plano sin relieves, básase la ciencia en lo conocido y le dá forma su objeto sucesivamente proyectado en el fondo oscuro de la ignorancia. Es, pues, principio de *la ciencia* el *saber*, y será principio de una *ciencia determinada* un *saber determinado*: sobre nada conocido no puede edificarse nada, y como el conocimiento se hace por parte analizando una síntesis que de nuevo se

recompone, quien por completo, en absoluto, desconozca lo referente al todo de un determinado objeto, nada acerca de él puede aprender inmediatamente.

Si bien la razón es la madre de la ciencia y obra con espontaneidad al concebirla, el espíritu de cada hombre es hijo del espíritu humano y de éste recibe su primera información científica, á la manera que recibe el hijo del padre la forma específica de su vida, sus hábitos, etc.; cada hombre realiza por sí, concibe libremente su ciencia; pero los rudimentos primeros no son suyos, la humanidad se los impone, y aunque puede más tarde, con caudal científico propio, renunciar á ellos, jamás puede ocultar que ellos han sido, necesariamente, la base de su saber. El hombre es en todo hijo de la humanidad. Creer otra cosa, sería suponer que algo se hace sin empezar, y el comienzo es algo ya, que en tal supuesto, procedería de la nada.

El conocimiento previo, punto de partida de un saber determinado, puede considerarse dentro de las dos siguientes categorías.

Segun la ciencia de que se trata, dáse como necesario en mayor ó menor cantidad, un conocimiento que no es constitutivo de dicha ciencia, pero sin el cual la misma no pudiera aprenderse; un conocimiento que importa á la razón en primer término, ilustrándola, poniéndola en aptitud de comprender un objeto determinado, de concebir una determinada ciencia; un conocimiento que en ésta influye indirectamente, un *conocimiento auxiliar*, que en ella hace simplemente las veces de *medio*, pero ineludible: la física, las matemáticas, etc., no son, por ejemplo, la anatomía, y sin dichas ciencias, sin embargo, la de la organización es imposible. No debe, pues, confundirse este conocimiento con el constitutivo inmediatamente de una ciencia dada: de otro modo, haráse de la psicología una simple fisiología orgánica, de la fisiología una química nada más, de la terapéutica una mecánica.

Este conocimiento de aplicación á una ciencia determinada, es, segun lo expuesto, procedente de varias otras: como parte de ellas, es ya un conocimiento sistematizado,

adquirido por el procedimiento comun á toda ciencia, y de él puede decirse lo que del siguiente, en el aspecto que me ocupa.

Además del expuesto, dáse como prévio conocimiento necesario en toda ciencia otro de categoría distinta, más ineludible aún que el anterior: sin él no hay ciencia posible, ni rudimentaria siquiera. Este conocimiento es en toda ciencia referente á su mismo objeto, es, digámoslo así, directo, la constituye inmediatamente y caracteriza: no hay ciencia anatómica sin conocimientos de física, matemáticas, historia natural, etc., y sin embargo, estos por sí, sin la vista inmediata de la organizacion del hombre, no dan jamás una anatomía humana.

Este conocimiento, pues, es parte del mismo que trata de adquirirse, ó en otros términos: un conocimiento no se adquiere sino desarrollándole á partir de sí propio, desenvolviendo sobre una base más ó ménos informe, que es *dada* de algun modo ó no concebida con entera libertad y conciencia por la razon, el edificio que representa. Entre el todo de este conocimiento y dicha parte, hay esta diferencia: el uno es más ó ménos definitivo, investigado con libertad y acogido con fé, y el otro es provisional, más ó ménos prestado, condicionalmente acogido. La ciencia empieza por una proposicion que la abraza, por una síntesis no analizada por quien la estudia: éste no tiene la conviccion racional de su verdad; sálvale la fé en quien hizo la análisis, y apoyado en esto, procede á la análisis propia, al estudio de la ciencia por sí.

En un trabajo—*Introduccion á la anatomía humana*—de que me estoy ocupando, determino del siguiente modo la significacion de la Introduccion á la ciencia, como prévio conocimiento de la misma, necesario á su desarrollo; y lo dicho allí, de entera aplicacion al presente caso, hace notar además, cómo á la espontaneidad de la razon concibiendo la ciencia se opone en la introduccion misma cierta imposicion exterior legitimada por la necesidad del proceder científico y la fé que la autoridad inspira.

«Al emprenderse un viaje más ó ménos largo, por terreno

desconocido con objeto de conocerle, nadie elude investigar la noción del mismo ó el conocimiento de estas dos cosas: primera, qué necesita ó *medios* en el sugeto para llevarle á cabo; segunda, cómo sea el terreno ó la vía que haya de recorrer, en lo bastante al ménos para no confundirla con otra,—*preliminar* necesariamente muy general, ya que algo más no se alcanzaria sin pisar el terreno ó hacer aquello mismo para que dicha noción es necesaria.—Y áun despues de comenzado el viaje, mediando este conocimiento prévio, va la totalidad de aquel dividiéndose en trozos más ó ménos naturales, respecto de los que se procura adquirir prévia y sucesivamente un conocimiento de más detalles dentro del primero, y que no fuera posible en un principio....

»Es el estudio de toda ciencia un viaje que la razon emprende en el campo intelectual, cuyo proceder en él parece-se al anteriormente expuesto.

»En cualquier libro véense *generalidades* á la cabeza de sus tratados ó secciones, y áun al comienzo del estudio particular de cada uno de los particulares asuntos que comprende: tales consideraciones á la manera del conocimiento adquirido previamente en cada trozo del viaje supuesto, son la *introduccion* al estudio detallado de estas partes, sirviéndolas de fundamento.—Pero en aquel suele haber, además, una introduccion, un prefacio, preliminar ó proemio, que como la noción primeramente adquirida por el que emprende un viaje, significa respecto de la totalidad del libro ó la ciencia que se trata en él, un conjunto de *generalidades* de la misma.

»En uno y otro caso, pues, de ámbos que suponemos, aparece hecha una *misma cosa* dos veces respecto de la totalidad del viaje ó el libro: primera, como *noción breve* ó generalidad, desarrollada en lo posible, desconocido aún el asunto, y en lo bastante á poder mediante ella conocerle detalladamente; segunda, como *estudio realizado en todos sus detalles*, y para cuya fácil realizacion y áun posibilidad ha sido dicha noción necesaria.»

En este conocimiento, síntesis primera ó anticipada del objeto científico, en relacion á la síntesis que á partir de él ha de desenvolverse luego mediante el trabajo del pensa-

miento, hállese, á mi entender, la materia de la *definicion* en toda ciencia, de la definicion prácticamente considerada con referencia al otro de sus objetos; la de mision más importante, la que da principio al discurso, ocupando la primera página del libro y muchas otras, la necesaria á la enseñanza por cualquiera de sus medios, y la de que trata, en fin, el señor Nieto con motivo de la ciencia de que escribe.

III.

Hay ciencias totalmente desconocidas por quien trata de aprenderlas, y ciencias de las cuales se posee con más ó ménos conciencia algun conocimiento incompleto, desordenado siempre y sin lugar preciso en ella, vulgar, en fin, y como instintivo á veces.

En uno y otro caso, es necesaria la sistematizacion de un primer conocimiento objetivo, sintético, sobre el que sirviendo de base ó punto de partida ha de desarrollarse el total conocimiento que se intenta; la formacion de un pequeño libro, gérmen de otro más lato; de un breve discurso, resúmen de otro más extenso, sin cuyo libro y discurso no hay posibilidad de aprender. Formular esta nocion primera es uno de los trabajos de la enseñanza; pero en un caso dicha nocion, como producto de generalizacion hecha en pos del análisis comprensivo del estudio íntegro de la ciencia por el que enseña, es por ésta en todas sus partes impuesta al que aprende, y debe en el otro no eludir de su enunciado lo esencial y más útil de dicho conocimiento vulgar, que es la manera de cumplirse, áun aquí, el precepto de marchar siempre de lo *conocido* á lo *desconocido*.

Este primer trabajo del que enseña ó escribe, en algunas ciencias redúcese al trabajo de la *definicion*, que cumple en este caso su principal objeto, expresivo del precepto anteriormente indicado.

La *definicion*, sin embargo, por más que se reduzca en dichas ciencias, como indica el Sr. Nieto, á «marcar algunos lineamientos en un fondo indefinido,» ni puede ser comprensiva de *una idea cualquiera* de la ciencia, aunque esta

idea se alimente, ni puede por quien escribe ó enseña de otro modo darse con omnímada libertad: sin criterio para juzgarla, el que aprende acepta provisionalmente su contenido, no la rechaza en ningun caso; pero entiendo que el que enseña una ciencia cualquiera, debe, como en concrecion exterior de su pensamiento, dar cuerpo á su saber en una ó más proposiciones que sean breve, pero exacto trasunto de su ciencia especial, y no como conocimiento prévio necesario, engañosa base que ocasione la ruina del edificio que sobre ella trata de elevarse. Imposicion exterior aquí no la hay para el que enseña; pero hay la imposicion de la conciencia.

Porque la definicion sirve de *criterio* al que aprende, y aunque es cierto «que todavía no tenemos ninguno» al empezar, esto es sólo aplicable á aquel á quien por tal motivo se le impone un criterio mediante la definicion, aceptándolo necesariamente si bien de un modo provisional ó sustituyéndolo despues por el suyo propio: no es, por el contrario, aplicable al que escribe ó enseña, el cual hubo de hacer ántes ciencia y definió extensamente, por más que la haga ahora en mayor escala empezando por definir con brevedad.

Mediante la *definicion*, así entendida, empezamos siempre á aprender sabiendo algo ya, y por su medio podemos en principio aprender, con más ó ménos provecho, de todo: «somos filósofos (1), dice el Sr. Nieto, cuando empezamos á filosofar, como somos hombres cuando empezamos á vivir, y sin embargo vivimos con el fin de *formarnos* como hombres, así como filosofamos con el fin de *formarnos* como filósofos.»

Pero hay ciencias en las que la *definicion* reducida á estos límites no basta por sí á llenar el objeto que se indica; hay *ciencias* como las *descriptivas*, cuyo objeto de múltiples manifestaciones no cabe, digámoslo así, en la definicion, desarrollando suficientemente el conocimiento que la hace necesaria con la brevedad que la impone la ignorancia del que aprende, y *ciencias* en las que, por su carácter intrínseco, ó su índole misma, es mayor todavía la dificultad de definir; es irrealizable en parte este primer trabajo si ha de llenar la

(1) Página 10.

definición debidamente su objeto, como sucede en las *filosóficas*.

Lo último acontece, más que en otra alguna, en la ciencia del conocimiento. «La filosofía es ciencia, es saber;» pero ¿qué diferencia entre ella y las otras ciencias! «Pues qué, ¿la filosofía es acaso una ciencia particular limitada, circunscrita como las demás? ¿No es la ciencia de las ciencias? ¿No es el principio, el fundamento de todo?»

Poco es lo que en la definición de esta ciencia puede incluirse como previamente inteligible. «No puede definirse la filosofía en pocas palabras, sino de un modo vago, oscuro, incompleto.»

En tales casos, la *definición* redúcese á su expresión menor, comprensiva de estos dos elementos, el uno afirmativo y el otro negativo: 1.º Indicación del objeto científico. 2.º Su distinción de cualquiera otro.

Tomando en cuenta, sin duda, estas reflexiones, el ilustre filósofo, después de emitir con motivo de la definición de la filosofía varios conceptos acerca de esta ciencia, á los cuales en su casi indiferencia á toda definición no eleva á la categoría de tal, concluye por definirla del siguiente modo:

«*Supuestas* las ciencias (1), los conjuntos de conocimientos particulares, una sola ciencia, un sólo conjunto de los diversos grupos es el concepto que representa la filosofía. No es la filosofía estas mismas ciencias en cuanto tienen de particular, en cuanto les pertenece especialmente, sino en cuanto tienen de común, de general.»

Incompleta por necesidad la definición en dichas ciencias, debe en el resto, satisfaciendo totalmente el fin que la indica, sustituirse por otro trabajo que se realice ántes del cuerpo del libro: es en tales casos ineludible un primer desarrollo de la definición misma, una definición más detallada sobre la primera, y en pós de la que ha de desarrollarse más aún la ciencia en el cuerpo del libro.

Tal debe ser la introducción, nunca de sobra, al libro, y de la que es parte la definición misma, como gérmen.

(1) Página 7.

En el libro del Sr. Nieto no hay *una introducción* de estas condiciones. Su ilustre autor al proceder así, aplazando todo desarrollo para el momento de su evolución lógica en el organismo de su libro, como si no tuviera aún entera conciencia de su saber, á la manera del que lleva á cabo uno de sus primeros estudios, lo que sin embargo sería incompatible con el desarrollo de una obra tan acabada, sacrificó excesivamente á su primer propósito (reforma de la doctrina de la definición) el bien de sus lectores. Créame el sábio escritor, que por mí mismo lo digo: esto, que á mí me parece falta de su libro, ocasiona cierto embarazo en su lectura. ¿Por qué no decirnos algo, á lo ménos á dónde se encamina? Así, le hubiéramos acompañado con más seguridad en nuestra marcha; por eso la segunda lectura de su obra es la primera que se aprovecha verdaderamente, habiendo la anterior sustituido á lo que falta, á una introducción.

Ya he dicho cuál era el principal propósito del Sr. Nieto en este punto: filosofar con sus lectores á la manera que si todos supiesen filosofía como él, olvidándose en parte de enseñar la que sabe á aquellos que la ignoran: «ya iremos viendo, dice, en el trascurso de esta obra, y sobre todo despues de terminada, cómo se debe, en nuestro concepto, definir la filosofía.» Y añade, dirigiéndose al lector: «admita cualquiera definición con tal que sea *provisional*.» Atiende á la definición mejor que se desarrolla con el libro y descuida completar la que debió servirle de gérmen; el libro es una definición, sus ediciones sucesivas otras tantas definiciones, y un mejor libro, sea quien quiera su autor, es una mejor definición de la ciencia; pero, creo fuera necesario, además, dar vida, un primer desarrollo al gérmen de todas ellas convertido en embrion por medio de una introducción detallada. Por eso el Sr. Nieto, despues de caracterizar gráficamente lo que puede ser una definición, bruscamente pasa, con perjuicio de sus lectores, á la exposición de su libro: «dar una definición de la filosofía, dice (1), al principio de una obra que se ocupa en ella, es limitarse á abordar el asunto, á marcar

(1) Página 4.

algunos lineamientos en un fondo indefinido, como el artista tira la primera línea que apenas puede dar idea de la obra que intenta ejecutar, como la naturaleza presenta en embrion animal los primeros vestigios de organizacion, que nunca permitirán adivinar las evoluciones sucesivas de la série que se inicia.»

¿Es que todo el libro *Prolegómenos de la ciencia* del señor Nieto es una larga introduccion á la obra que los tomos no dados á luz todavía representan?

IV.

Toda definicion, en el último aspecto, debe admitirse «provisionalmente» por el que aprende, que es á quien interesa, como representante de un *todo* científico que á sí mismo se impone: no puede eludirla si quiere aprender, ni juzgarla porque ignora, y la condicion expuesta consiente la imposicion á la par que deja ámplia libertad al propio juicio ulterior.

Tiene el que aprende necesidad de «suponer *provisionalmente*» algo que se imponga por voluntad propia: «se *suponen* datos que es preciso *reconocer*, á fin de no admitirlos de un modo definitivo, sino *provisionalmente*,» y esta reserva es como una *indefinicion*, que debe acompañar siempre al concepto de la definicion...» como el concepto de *no vida* acompaña á toda vida relativa presidiendo á su desarrollo.

Con este valor, considerada la definicion y formulada con la sistematizacion de *dichos datos* por el que enseña, puede el que aprende reformarla á medida que su propia ciencia se forma: comprendida como gérmen de la total evolucion de esta, desarróllase perdiendo sus elementos primeros y adquiriendo otros por espontaneidad de la razon del último, como se desarrolla la vida de un nuevo sér por cambio parecido.

La *definicion*, hecho el libro, es perfectamente inútil, sustituida por otra, por el libro mismo: desaparece como el óvulo, como el embrion, como el feto, sustituidas estas sucesivas definiciones del nuevo sér por un desarrollo más com-

pleto de sí mismo: la definición es *una síntesis* analizadora en el cuerpo del libro, y desaparece desarrollándose.

De esta suerte *vive* la definición.

La *definición* no es provisional ni de otra manera para el que enseña: es una expresión abreviada de su ciencia, *parte* de su saber.

F. ROMERO BLANCO.

SONETO.

Llanto en los ojos; en los labios, fuego;
En el pecho, suspiros; en la mente,
Duda, pena, pavor, volcan hirviente,
A cuya horrenda luz me abraso y ciego.
El bien quiero lograr, y al vicio llego;
Amor se trueca en bárbara serpiente
Que emponzoña mi sér; arde mi frente,
Y á los hombres, al mundo, al orbe niego.
¿Qué espíritus alevés trasformaron
En horrendo martirio mis pasiones,
Y en duda y en temor mi fortaleza?
¡Oh! ¡Malhayan las horas que pasaron!
¡Ayer sueños, y dichas é ilusiones!
¡Hoy llanto y hoy verdad!... La vida empieza.

LUIS CALVO REVILLA.



LOS HORRORES DE BULGARIA Y LA CUESTION DE ORIENTE. (1)

En la difícil cuestion de Oriente, embrollada por tantos propósitos é intereses encontrados, ha demostrado el pueblo de este país una justa, pero notabilísima, disposicion á depositar su confianza en el gobierno actual: y éste se ha aprovechado hasta más no poder de dicha disposicion. Meses enteros estuvo contenta la nacion—aunque estaban en elaboracion medidas y comunicaciones que se sabia que eran del mayor interés—con permanecer sin noticias oficiales y alimentándose de las incompletas é inciertas, únicas que trascendian por medio de la prensa. Tenia, no solamente que pasarse sin noticias oficiales, sino tambien sin discusion en la Cámara de los Comunes. Hasta el 31 de Julio no recibió la expresada Cámara, de la munificencia del gobierno, y despues de interminables aplazamientos y en los desperdicios de la legislatura, una sola noche en que revisar las transacciones de la administracion, juntamente con las de otros poderes, durante un año entero, y averiguar la perspectiva y política del interregno parlamentario inmediato. Lo avanzado de la época fijada para el debate conseguia de sobra asegurar su ineficacia. Pero no era esto bastante; se adoptaron aún más precauciones. Se anunció que si el debate se excedia de este estrecho límite, solo podria concluirse por

(1) Fieles al programa de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, nos apresuramos á traducir para nuestros lectores el folleto del eminente estadista inglés, jefe hasta hace poco tiempo del partido liberal de su pátria. Este folleto está circulando con gran profusion por toda la Europa culta y nos ha sido expresamente enviado. En su primera página se lee: "Dedicado al vizconde Stratford de Redcliffe, con la admiracion que de todos merece y con la estimacion que ha ido creciendo con una amistad de más de cuarenta años."

partes: los asuntos ordinarios del gobierno tenían que ser preferentes, pero indudablemente luego podría renovarse el debate algún día en que los bancos estuvieran más desiertos todavía, en que el cansancio fuera más hondo y mayor la proximidad al 12 de Agosto, principal é inviolable fiesta en el calendario del aficionado á los placeres de la caza.

Esto en cuanto á la discusion. Veamos en punto á noticias. No ya semanas, meses enteros, se hizo una apelacion detrás de otra al gobierno para que diera al Parlamento un informe completo y auténtico en lugar de las escasas é inciertas noticias que podian únicamente obtenerse de fuentes no oficiales. Apelacion tras apelacion, encontraron excusas dilatorias. Para éstas, consideradas una á una, pudo haber mucha razon las más veces; pero en conjunto fueron llevadas al exceso. Alguna medida se estaba elaborando que no podia explicarse hasta estar concluida, ó ya lo estaba y por ser cosa del pasado habia ya desaparecido del reino de lo discutible; ó se estaba pensando en ella y el interés público se perjudicaria revelándola. Durante este tiempo, en vez de preparar los papeles y documentos para estar prontos á la presentacion instantánea, cuando la presentacion pudiera permitirse, quedaron sin preparar; de suerte, que después de haber agotado todas las razones y todos los pretextos para no enseñarlos, se perdieron más semanas preciosas todavía en los trabajos necesarios para imprimirlos y en hacerlo.

¿Y cuál ha sido el término de esta confianza extraordinaria por una parte y de estos abusos de ella por la otra? Que hemos tenido por grados, gracias á esfuerzos particulares y voluntarios, el conocimiento que era indispensable deber de la administracion haber dado, y que, por la luz que este conocimiento proyecta sobre los sucesos pasados sabemos con asombro y horror que, en cuanto las apariencias indican, estamos envueltos al ménos en alguna parte de complicidad moral en las tropelías más bajas y más negras que recuerdan los anales del siglo presente, por no decir de la historia del hombre.

El efecto de la conducta seguida por el gobierno no quedó de modo alguno confinada en las paredes del Parlamento.

Para asegurar que una gran cuestion escape de la vigilancia pública no hay mejor expediente que dejar de dia en dia aplazada la discusion parlamentaria de la misma hasta los últimos momentos de la legislatura. Porque de este modo viene á presentarse al espíritu público en una época en que la nacion está en fiestas, cuando lo mismo la sociedad que el Parlamento están suspendidos, cuando los jefes naturales de cada comunidad municipal están dispersos. Es la gran vacacion del año, cuando nadie piensa y pocos consentirian en ser llamados á asuntos sérios. Todos los que están familiarizados con el modo de funcionar interiormente nuestro sistema parlamentario y tambien nuestro sistema social, conocen el peso y la verdad de lo que ahora digo.

La situacion es, pues, la siguiente. La Cámara de los Comunes ha sido en la parte principal desposeida de aquella legítima participacion de influencia que podria llamar su jurisdiccion en el caso. Un asunto de sin igual importancia se presenta ante el pueblo en ocasion en que las clases que gozan de descanso y que habitualmente contribuyen á formar y guiar la opinion pública, están esparcidas, como unidades disgregadas, sobre el haz de este y de otros países. A falta de la accion parlamentaria y de un público concentrado como de costumbre, tenemos que proceder como mejor podamos, con debilitados medios de apelacion. Pero el honor, el deber, la compasion, y debo añadir la vergüenza, son sentimientos que jámas están en estado de *coma*. Los trabajadores del país, cuya condicion está ménos afectada que la de otros por la estacion, para honra suya han enseñado el camino y han demostrado que el gran corazon de Inglaterra no ha cesado de latir todavía. Y las grandes ciudades y villas que ahora les siguen en ejércitos, están repitiendo como el eco, cada uno desde su puesto, notas mezcladas de horror, dolor é indignacion.

Entiendan todos que la importancia de sus *meetings*, en esta ocasion al ménos, no puede ser lo bastante encarecida. Como Inkerman fué la batalla de los soldados, esta es la crisis de la nacion. La cuestion no es solamente si estos males sin ejemplo han de recibir una condenacion efectiva y justa, sino

si se tomará la única seguridad efectiva para que no vuelvan á repetirse. Para adquirir esta seguridad la nacion tendrá que hablar por conducto de su gobierno; pero ahora vemos claramente que es preciso primero enseñar al gobierno, casi como si se enseñara á un niño que cecea, qué es lo que tiene que decir. *Entónces* se quitará del camino de la Europa unida el único obstáculo efectivo para el castigo de una injusticia gigantesca.

He tratado en las líneas anteriores de describir cómo ha venido á suceder que la nacion, privada de sus auxiliares más llenos de derecho y más constitucionales, se haya visto llamada en la estacion en que la tarea seria imposible en circunstancias ordinarias, á escojer entre dejar por cumplir sus más sagrados deberes ó tomar el cumplimiento de ellos primariamente en sus propias manos.

Si la llamada al país hubiera sido solamente la de Sérvia, Bosnia y la Herzegovina, hubiera tenido gravedad. Pero es mucho más grave ahora. Por un procedimiento lento y dificultoso, sobre cuyos detalles haré ahora algunas reflexiones, y con la ayuda en parte de la correspondencia de los periódicos y en parte del agente autorizado de un Estado extranjero, pero no por conducto de nuestro Parlamento ni de nuestra administracion, ni de nuestras oficinas en el extranjero, conocemos ahora con detalles que se han perpetrado bajo la autoridad inmediata de un gobierno—al cual hemos estado dando todo el tiempo el apoyo moral más fuerte, y parte del tiempo hasta el material—crímenes y violencias en tan vasta escala que sobrepujan á todo ejemplo moderno, y tan inefablemente viles y fieros en su carácter, que está fuera de la facultad del corazon el concebirlos y de las de la lengua y pluma el describirlos de un modo adecuado.

Estos son los horrores búlgaros: y la cuestion es: ¿qué puede y debe hacerse? ¿castigar, marcar con el sello de la infamia, ó impedir?

Pueden leerse los detalles de estas abominaciones en las Memorias publicadas, que hoy se sabe que en lo principal son exactas. Apenas se prestan á la reproduccion. Los autores de los crímenes son los agentes, las personas de confianza—y en

algunos casos los ascendidos despues—(1) del gobierno turco. El apoyo moral y material que durante todo el año pasado hemos concedido al gobierno turco, ha sido dado por el gobierno de Inglaterra en nombre del pueblo de Inglaterra. Para apreciar por completo la cuestion práctica que se ventila, necesario será describir el verdadero carácter y posicion de la potencia turca, y la política, á mi juicio cuestionable y errónea, de la administracion británica.

Permítaseme intentar bosquejar en breves términos, con el más tosco contorno, lo que fué y lo que es la raza turca. No es una cuestion simplemente de mahometismo, sino de mahometismo enlazado con el carácter peculiar de una raza. No son ellos los suaves mahometanos de la India, ni los caballerosos Saladinos de la Siria, ni los ilustrados moros de España. Fueron, en su conjunto, desde el triste dia en que por primera vez entraron en Europa, el único gran ejemplar anti-humano de la humanidad. Por donde quiera que pasaron marcó un ancho reguero de sangre sus huellas: y hasta donde llegó su dominio desapareció la civilizacion de la vista. Representaron en todas partes el gobierno de la fuerza, como opuesto á la ley. Como guia para esta vida tenian un fanatismo inflexible; como recompensa en la otra, un paraiso sensual.

Fueron verdaderamente tremenda encarnacion del poder militar. Esta maldicion, avanzando, amenazaba á toda Europa. Sólo fué detenida, y eso no en una generacion, sino en muchas, por el heroismo de la poblacion europea de esos mismos países, parte de los cuales forma en estos momentos el teatro de la guerra y la ansiedad de la accion diplomática.

En los tiempos antiguos toda la cristiandad de Occidente simpatizaba en la resistencia al enemigo comun; y aún durante las ardientes y fieras luchas de la Reforma, se elevaron preces, si no estoy equivocado, en las iglesias inglesas por el triunfo del emperador, cabeza del poder é influjo católico-romanos, en sus luchas con los turcos.

(1) Entre estos se mencionan á Ahmed Aga y Tussum Bey (Mr. Schuyler) y Cherket Bajá (cónsul Reade).—*Documentos* 5, pág. 18.

Pero aunque el turco representaba la fuerza como contraria á la ley, ni áun un gobierno de fuerza puede mantenerse sin la ayuda de un elemento intelectual cual él no lo posee. Por esto se desarrolló, caso raro en la historia del mundo, una especie de tolerancia en medio de la crueldad, tiranía y rapiña. Mucho de la vida cristiana fué desdeñosamente dejado á un lado; se devolvieron á los obispos muchas de las funciones de segundo órden del gobierno; y se atrajo á Constantinopla una raza de griegos, que ha venido completando en alguna medida las faltas del Islam turco con el elemento imaginativo y que en este momento suministra á la Puerta su muy conocido, y debo añadir altamente estimado, embajador en Lóndres. Así es que ha habido de tiempo en tiempo, aunque no comunmente, estadistas á los cuales hemos tomado con demasiada precipitacion como ejemplares de lo que Turquía podria llegar á ser, cuando la verdad es que eran como *lusus naturæ*, en el lado favorable; mónstruos, que así pueden llamarse, de virtud ó inteligencia que estaban, y están, tambien, repartidos por la comunidad; hombres que no eran ciertamente verdaderos ciudadanos; pero que manifestaban, sin embargo, reales virtudes cívicas, y que hubieran sido ciudadanos si hubiera habido una verdadera estructura política en derredor suyo. Además de todo esto, la conducta de la raza ha sido gradualmente expuesta cada vez mas á la vista de Europa, á la cual ha perdido su poder de resistir ó desafiar; y su gobierno central, al conformarse á la fuerza con muchas formas y tradiciones de la civilizacion, ha tomado en ocasiones algo del espíritu de estas.

No es, á mi juicio, inexacta esta descripcion del pasado y áun del presente. La decadencia de la energía marcial en un país, que por espacio de siglos fué el terror del mundo, es maravillosa. De los doscientos millones de libras esterlinas que en veinte años tomó prestados á la credulidad de las bolsas europeas, ha gastado una gran parte en sus establecimientos militares y navales. El resultado lo tenemos delante. Está en guerra con Sérvia, que tiene una poblacion, segun creo, de millon y medio, y un ejército que se estima con variedad en cinco ú ocho mil hombres; el resto de los que empu-

ñan las armas son una milicia que hasta ahora estaba á medio instruir. Está, tambien, en guerra con las pocas veintenas de millares del marcialísimo pueblo que habita los desfiladeros de Montenegro. Sobre esos puñados de nuestra raza descarga todo su poder un imperio de más de treinta millones: para este propósito aplica todos sus recursos propios y la propiedad entera de sus acreedores; y despues de dos meses de actividad desesperada, se engalana con las plumas de haber vencido de una manera incompleta contra Sérvia, y se sabe de cierto que fracasó contra Montenegro. ¡Sombras de los Bayacetos, Amurates y Mahmoudes!

Veinte años hace, determinaron Francia é Inglaterra hacer un gran experimento remodelando el sistema administrativo de Turquía, con la esperanza de curar sus intolerables vicios y de hacer buenas sus no ménos intolerables faltas. Con este objeto, habiendo defendido su integridad, hicieron tambien segura su independendencia, y trazaron en Constantinopla las reformas que fueron públicamente ordenadas en un firmán imperial ó *Hatti-humayoum*. Los triunfos de la guerra de Crimea, comprados (con el auxilio de Cerdeña) á costa de un vasto dispendio de vidas y dinero de Francia é Inglaterra, dieron á Turquía, por la primera vez quizás en su historia tinta en sangre, veinte años de un reposo no perturbado ni por ella misma ni por ninguna potencia extranjera. La insurreccion de Creta descargó un golpe á la confianza; pero aquello se arregló y de nuevo se fió en Turquía. Las insurrecciones de 1875, mucho más á fondo examinadas, han revelado la falta total de la Puerta en cumplir los compromisos que habia contraído en circunstancias que ligaban de un modo peculiar al interés, al honor y á la gratitud. No pudo dominar ni aún estas miserables insurrecciones. En medio de los acontecimientos corrientes, los horrores de Bulgaria encienden una llama lóbrega que alumbra todo el caso. El conocimiento de estos sucesos se nos ha tenido oculto, ya por indiferencia, ya por chapucerías; pero solamente durante algun tiempo. Ya tenemos delante suficientes pruebas. Y el caso es el siguiente: Turquía, que se sostenia solamente por la fuerza, ha perdido esa fuerza en su mayor parte. Los prusianos son, segun nues-

tras noticias, los que han planeado su campaña. El poder se ha ido y las virtudes, tales como aparcan, son atributos del poder: nada le queda más que sus pasiones y su orgullo.

Tiempo es, pues, de ajustar una cuenta que hemos dejado de arreglar, que casi no hemos examinado, durante un tiempo largo, demasiado largo.

En la discusión de este asunto grande y triste, la actitud y los procedimientos del gobierno británico no pueden racionalmente dejar de tenerse en cuenta. La verdad es que el punto, por la naturaleza del caso, es tan preminente y tan peculiar por los actos llevados á cabo, que no podría yo excusarme de manifestar en términos expresos y decididos los que me parecen sus graves errores: aunque solamente fuera por no parecer que yo, por una reserva aparente, insinuaba contra el gobierno una complicidad intencionada en el crimen, cuya imputación sería, no sólo temeraria, sino perversa también. Las consecuencias de sus actos han sido á mi modo de ver deplorables. Pero en lo tocante á los mismos actos y á los motivos que al parecer indican, las faltas que encuentro son éstas. No han entendido los derechos y deberes con respecto á los súbditos, y particularmente á los cristianos de Turquía, que inseparablemente están unidos á este país á consecuencia de la guerra de Crimea y del tratado de París de 1856. Han andado tibios cuando debieron haber sido activos; á saber, en los esfuerzos para arreglar los disturbios de Oriente, tomando medidas contra el terrible desgobierno que los provocó. Han sido activos cuando debieron haber sido circunspectos y precavidos. Es un cargo grave que no puede pasar desapercibido, que han dado á una medida marítima de precaución humanitaria el carácter de una demostración militar en apoyo del gobierno turco. Parece como si le hubieran movido demasiado poco la apreciación inteligente de obligaciones anteriores, y los grandes y profundos intereses de la humanidad, y demasiado una disposición á tener fuera de la vista lo que era desagradable y pudiese ser inconveniente, y á consultar y halagar la opinión pública en sus vulgaridades, es decir, en sus miserias, egoísmo y epicureísmo. Admito que hasta una fecha reciente

prevalecía extensamente una opinión, y acaso no estaba limitada á ningun partido particular; que esta partida se habia jugado con éxito y áun con brillo, y que en medio de pasos en falso y de tropezones en otras partes, el gobierno se habia mantenido á buena altura en su política extranjera, esto es, en la de Oriente, mereciendo la aprobacion del país.

Desde esto, solamente han trascurrido dos ó tres semanas. Pero un telon opaco y denso que en la suspension del Parlamento sólo se habia levantado unas pocas pulgadas del suelo, ha ido desde entónces, de dia en dia, alzándose lentamente. ¡Y qué escena ha descubierto! ¡y dónde! Cerca de cuatro largos meses van pasados, durante los cuales se ha mantenido en este país, casi hasta ahora mismo, una calma no que es natural, una calma cadavérica. Ahora tendemos atrás la vista sobre esa region de letargo, y sobre los dias de bienestar comprado al precio de la deshonra y la prolongada fascinacion de un mal sueño. Una voz, una voz casi solitaria resonó por mar y tierra en el mes de Junio para ponernos alerta de lo que estaba sucediendo. No faltaban oidos dispuestos á escuchar, cuando se refirió la narracion de la matanza por mayor, perpetrada por la autoridad de un gobierno, al cual habiamos procurado en nuestra memoria viva veinte años de gracia, y el cual, sin averiguar cómo habia empleado esos años, habia este año desafiado á Europa, llevando el fuerte apoyo del nombre británico. No era esto todo; porque aquellas matanzas al por mayor se declararon complicadas y esmaltadas de crímenes, á cuyo lado el horror y la infamia de la misma matanza palidecian. ¿Pero qué sucedió entónces? Estas alegaciones procedian de un corresponsal de periódicos anónimo é irresponsable. Con el instinto de ingleses prudentes, pares y miembros del Parlamento sobresaltados hicieron preguntas y más preguntas al gobierno. El efecto, el sentido general de las respuestas fué lo que yo puedo llamar una negativa moral, aunque no verbal. Cualquiera que fuera el resultado que quisieran producir, el que produjeron fué de descreimiento y de reserva.

Y esta fué la actitud que, en conformidad con las reglas generales y necesarias, no podiamos ménos de tomar. Porque,

¿cuál era el resúmen de estas respuestas? Consistian en advertencias contra la exageracion; de atenuaciones generales del asunto, en atencion á lo que podia esperarse que sucediera entre razas salvajes que tienen una idea ó código moral distinto del nuestro; en observaciones cínicas, tales como alegar que apenas podian ser verdaderos los lentos asesinatos, puesto que la aficion de los turcos se sabe que los inclina á despachar pronto; de dificultades para decidir á qué lado se iba la balanza del crimen y de las crueldades; de atrevidas seguridades de que los insurgentes eran los agresores, sugiriendo la reflexion de que la principal responsabilidad debe achacarse al que dá el primer golpe; de excusas para los ejércitos turcos, y para sus autoridades en general, sugiriendo que realmente teniamos que habérmolas con una explosion momentánea de fanatismo entre un puñado de irregulares, desaparecidos no bien presentados; y sobre todo, negando al principio con calma todo conocimiento de las nuevas. Creiamos que estas negativas equivalian á una demostracion negativa.

No ignoramos que tenemos una embajada con muy buen personal en Constantinopla y una red de consulados y vice-consulados, que desempeñan en realidad deberes diplomáticos, sobre todas las provincias de la Turquía europea. ¿Podian ser quemadas hasta los cimientos las aldeas por docenas, y sus hombres, mujeres y niños asesinados, peor que asesinados, á millares, en una provincia turca situada entre la capital y el teatro de la excitacion reciente, sin que la embajada y los consulados supieran nada de ello? La cosa era imposible. No podia ser. Así se consiguió el silencio y el alivio; y la bien lubricada maquinaria de nuestra vida de lujo é indiferencia, seguia funcionando con suavidad. Habia una presion para investigar, pero la puerta se cerraba inmediatamente sobre la pregunta, como la tapa de piedra que caia en el Campo Santo de Nápoles sobre la masa de cadáveres humanos que yace inflamándose debajo.

Pero, al fin, tenian que hacerse investigaciones. Y en este punto pienso que debe acusarse al gobierno de una falta seria. Porque la investigacion, en estos tiempos, implica el empleo del telégrafo.

Pero aquí debo desviarme, por un momento, con la intencion de hacer un acto de justicia.

La primera alarma respecto á los atropellos de Bulgaria fué, creo yo, la que sonó en el *Daily News* el dia 23 de Junio. Estoy convencido de los muchos servicios que hace constantemente el periodismo independiente á la filantropía, á la libertad y á la justicia. No rebajo lo que hizo, en esta ocasion, el *Times*, el decano de la prensa de este país, y quizá del mundo, y el *Daily Telegraph* y nuestros demás grandes órganos. Pero de todos estos servicios, en cuanto yo conozco, el servicio prestado por el *Daily News*, por conducto de su correspondencia del extranjero en esta ocasion, ha sido el de más peso, puedo decir, el más espléndido (1). Ahora se nos hace saber (*Papeles parlamentarios*, núm. 5, p. 6) que las narraciones recibidas por el gobierno aleman confirman estos informes. Es aún posible que, á no ser por el valor, determinacion y habilidad de este sólo órgano, podriamos, aún en este momento, haber permanecido en la oscuridad, y podia la desgracia de los búlgaros haber quedado sin su mejor y más brillante esperanza.

El dia 25 de Junio, el duque de Argyll en la Cámara de los Lores, y Mr. Forster en la de los Comunes, hicieron vivas interpelaciones respecto á las manifestaciones contenidas en una comunicacion del corresponsal del *Daily News*, que habia sido publicada en el número del 23, siguiendo á una descripcion más general hecha el dia 10. Para no recargar estas páginas demasiado, y tambien por otros motivos, al referirme á estos actos citaré ó recordaré principalmente las respuestas del jefe del gobierno.

En respuesta, pues, á Mr. Forster decia Mr. Disraeli: «No tenemos en nuestro poder noticias que justifiquen esas manifestaciones á que el muy honorable caballero se refiere.» Parecia que los disturbios habian sido empezados «por extranjeros que quemaron las aldeas sin referirse á religion ó

(1) Creo que todo el mundo sabe que el caballero que ha dado esta batalla—porque ha sido verdadera batalla—con tales muestras de valor, inteligencia y concienzudo cuidado, es Mr. Pears, de Constantinopla, corresponsal del *Daily News* en Bulgaria.

»raza.» Se hacia una guerra entre «Bashi-Bazouks y Circasianos» por un lado y «los invasores» del otro, y sin duda «con grandes atrocidades,» que eran muy de deplorar. Desde aquel tiempo se habian adoptado medidas para detener á estos «Bashi-Bazouks y Circasianos.» «Yo no haré más que »repetir, concluia, que los informes *que en varias ocasiones hemos recibido* no justifican las descripciones hechas en el »diario que se ha nombrado.» (1)

Tengo que añadir el párrafo final de lord Derby:

«Como el noble duque ha creido suficientes las pruebas que »hay en este asunto para justificar que se traiga á la Cámara, haré más investigaciones y comunicaré el resultado á los lores.»

Habia razones bastantes para que otros, además del duque de Argyll hubiesen conceptuado las pruebas suficientes para exigir alguna noticia. Porque en la descripción del *Daily News* estaban contenidas estas vergonzosas palabras (2):

«Junio 16.—Hasta ahora se asegura abiertamente por los »turcos que Inglaterra ha determinado ayudar al gobierno »para sofocar las varias insurrecciones. Inglaterra, dice un »diario turco, nos defenderá contra Rusia, dejándonos á nosotros el cuidado de nuestros rebeldes.»

Y basta de la primer tentativa de arrojar alguna luz en estos oscuros lugares.

El dia 8 de Julio insertó el *Daily News* una segunda comunicacion de su corresponsal en Constantinopla confirmando y extendiendo el contenido de la primera. El dia 10, Mr. Forster renovó sus interpelaciones. Mr. Disraeli manifestó que no habia habido tiempo todavía para recibir una contestacion á las investigaciones hechas. Y esto, á pesar de que que el telégrafo comunica en pocas horas, y la narracion de que se trataba habia visto la luz el 23 de Junio. Todavía entonces no se habia puesto en actividad el único instrumento eficaz, ni sucedió esto hasta el 14 de Julio (3), y cinco dias

(1) *Times* del 27 de Junio.

(2) *Documentos Parlamentarios*, Turquía, 1876, núm. 3, pág. 336.

(3) *Documentos*, núm. 5, pág. 1.

después de esa fecha, un agente británico estaba en camino hacia el sangriento teatro. Es absolutamente necesario que el gobierno de su majestad explicara por qué no se había empleado desde luego el telégrafo el 26 ó 27 de Junio.

Pero también son dignas de nota las otras partes de la contestación del jefe del gabinete. Esperaba «en favor de la misma naturaleza humana,» que las descripciones no estarían suficientemente fundadas. Sin duda alguna había habido atrocidades en Bulgaria. Era ésta una guerra «que no hacen las tropas regulares, en el caso presente ni aún las irregulares, sino una especie de *posse comitatus* de una población armada.» «Yo dudo que se haya puesto en práctica el tormento en gran escala, en un pueblo histórico, que rara vez, en mi creencia, ha recurrido al tormento, sino que generalmente termina sus relaciones con los culpables de una manera más espedita (*risas*).» Se habían hecho todos los esfuerzos y continuarían haciéndose «para suavizar y mitigar todo lo posible las terribles escenas que están ocurriendo ahora inevitablemente.» Creía él que eran las atrocidades *inevitables*, cuando se hacía la guerra en ciertos países y *entre ciertas razas* (1).

Hasta la fecha lo que tenemos que observar es esto:

Primero: La deplorable ineficacia de las disposiciones del gobierno para recibir informes.

Segundo: La todavía más deplorable tardanza de los medios adoptados, bajo la presión del Parlamento, para aumentar su caudal de conocimientos.

Tercero: El efecto de las respuestas del jefe del ministerio, de las cuales no podía el Parlamento y el público recoger otra cosa sino lo siguiente:

a) Que la responsabilidad pesa en primer lugar, sobre ciertos *invasores de Bulgaria*.

b) Que las deplorables atrocidades que habían ocurrido estaban divididas por igual entre las dos partes y eran tales como

(1) *Times*, 15 de Julio; lord Beaconsfield en el *Times* de hoy (7 de Setiembre), ha corregido el extracto, tal como está copiado aquí, sustituyendo *oriental* en vez de *histórico*.

acaecen siempre que hay guerras, entre ciertas *razas*. ¿Puede esto significar otra cosa que no sea entre circasianos por un lado y búlgaros por otro? Ahora resulta que los circasianos tuvieron sólo participación muy pequeña en el asunto.

c) Mientras que de este modo se acusaba á los búlgaros con una mitad de la responsabilidad por las «*atrocidades*,» se nos daba á entender que el gobierno turco y sus agentes autorizados no resultaban haber tomado parte en ellas.

d) Que las «*escenas*,» esto es, como ya hoy está demostrado, los asesinatos, estupro, tormentos, incendios y todos los demás artificios endemoniados del crimen, hechos al por mayor, «iban á ser mitigados y suavizados todo lo posible.»

Me importa unir á estas las siguientes declaraciones que se dice que hizo lord Derby á una diputacion el dia 14 de Julio.

«No dudaba en lo más mínimo que habia habido muchos actos de crueldad, y de crueldad espantosa, cometidos por las tropas irregulares de ambas partes.... No se trataba de ovejas y lobos, sino de algunas razas salvajes que peleaban de una manera peculiarmente salvaje» (1).

Esta declaracion es una gran injusticia hecha inadvertidamente al pueblo de Bulgaria, y debe ser retirada.

Además, el 17 de Julio repitió Mr. Baxter los interrogatorios. En este tiempo, como hemos visto, el gobierno habia usado del telégrafo y habia ordenado el dia 15 una investigacion verdadera y especial en Constantinopla. No podia juzgarse más tiempo con el asunto. El jefe del ministerio hizo una prolongada exposicion que ocupa dos columnas del *Times*. Su parte importante está extractada de los informes oficiales que ya conoce el mundo y que no sostenian en lo más mínimo ni la doctrina de una division de la culpa de las inevitables atrocidades en partes iguales, ni la absolucion del gobierno turco. Pero el ministro puso algo de su cosecha. ¿Era para asombrarse, en cuanto á los circasianos, que «cuando sus aldeas eran quemadas y asolados sus campos,» «se tomaran la justicia por su mano y trataran de defenderse?» «Habian ocurrido escenas á fines de Mayo, y

(1) *Times* de 1.º Julio.

»despues», «de las cuales nuestros sentimientos (¡qué hermosos sentimientos tenemos!) naturalmente nos apartan.» «Estábamos constantemente comunicando,» «no diré reconociendo, con el gobierno turco,» porque «*el gobierno turco estaba ansiosísimo de ser guiado por el consejo del embajador inglés.*» Y todavía la culpabilidad habia de dividirse por igual.

«No hay duda de que los actos por ámbas partes, como necesariamente tenia que suceder, dadas las circunstancias, *fueron igualmente terribles y atroces*» (1).

Obsérvese que, si bien las noticias sobre los detalles no eran todavía completas, una cosa estaba fuera de toda duda: la igualdad de la culpa y de la infamia. Y yo estoy todavía, y escribo el día 5 de Setiembre, dependiendo principalmente de un origen extranjero para un documento justificativo que ponga á prueba este testimonio. Mr. Schuyler, en 22 de Agosto, informa al gobierno norte-americano de que estaban plenamente probadas las violencias cometidas por los turcos. Y sigue de este modo diciendo más en el mismo sentido: «Se ha hecho, sin embargo, una tentativa—y no por los turcos solamente—para defenderlas y paliarlas, fundándose en previas atrocidades que, segun se alega, fueron cometidas por los búlgaros. He investigado minuciosamente este punto y no he podido encontrar que los búlgaros cometiesen violencias ni atrocidades de ningun género, ni acto alguno que mereciera ese nombre. *En vano he tratado de obtener de los oficiales turcos una lista de semejantes atropellos...* No hubo mujeres ni niños turcos muertos á sangre fria. No fueron violadas las mujeres musulmanas. Ninguna aldea puramente turca fué atacada ni incendiada. Ninguna casa de musulman fué saqueada. Ninguna mezquita fué profanada ni destruida.»

Las declaraciones, que habian procedido de la mayor autoridad, en la más alta Asamblea parlamentaria del mundo, produjeron por entónces un efecto inmenso. No acabaron con la sospecha, pero la confundieron y la tuvieron en jaque

(1) *Times* de 16 de Julio.

eficazmente, en lo referente al sentimiento prevalente de este país. Así es que cuando el 7 de Agosto se suscitó otra vez más la cuestión de las crueldades en Bulgaria, un miembro, y no jóven, hizo (*deprecated*, dice Mr. Ron en sus valiosos anales) «discursos de partido contra el gobierno turco.»

Pero no fué sólo dentro de estas costas donde se había oído el lenguaje del gobierno. Su eco resonó por la admirada Europa. Llegó á Constantinopla, y allí se puso en duda. El *Courrier d'Orient* fué tan atrevido que criticó una declaración imputada al ministro de que la alegada quema de las cuarenta doncellas había sido encontrada falsa en las investigaciones instituidas. Por este delito, en una nota dada por el director de *La Prensa* en Turquía, que transcribo en el original francés, y que se refería á la imparcialidad de los jefes del gobierno británico y á los *pretendidos excesos en Bulgaria*, —nótese que esto pasó en 9 de Agosto—fué suprimido el periódico.

«SUBLIME PORTE.

»*Ministere des affaires étrangères.*

»Le Bureau de la Presse.

»Vu le numéro du journal le *Courrier d'Orient* du 8 aout.

»Attendu que cette feuille en mentionnant, dans sa revue politique, les déclarations du premier ministre du gouvernement anglais devant le Parlement britannique touchant les prétendus excés commis en Bulgarie, ce fait une sorte de mérite d'avoir été la première á publier la relation de ces crimes supposés;

»Attendu que la dite feuille se prévaut du silence que la Direction de la Presse á gardé á son égard, soit par inadvertance, soit par excés d'indulgence, pour en induire que ses assertions étaient fondées, et que les déclarations du Chef du Cabinet Britannique sont entachées de partialité.

»Aprés avoir pris les ordres de S. Exc. le ministre.

»Arrete:

» Le journal le *Courrier d'Orient* est et demeure supprimé
 » á partir du jour de la notification du présent arrêté.

» Constantinople, 9 aout, 1876.

Le directeur de la Presse,

BLACQUE. »

Cinco tentativas se habian hecho de este modo para penetrar en lo que todavía seguia siendo un misterio en las regiones oficiales. Todavía siguieron la sexta y sétima, en los dias 9 y 11 de Agosto. Con verdadera determinacion británica abrió la discusion el dia 11 Mr. Ashley. Fué hábilmente apoyado, y esta vez, es grato decirlo, pudo oirse en ámbos lados de la Cámara el lenguaje de la humanidad, de la justicia y de la sabiduría. Era en las agonías de muerte de la legislatura. La accion de Mr. Ashley fué especialmente juiciosa, porque tenia un derecho que nadie podia disputarle, á parecer como representante de Lord Palmerston. El poderoso discurso de sir W. Harcourt fué denunciado por el primer ministro en términos de gran vivacidad. Se le aseguró que « desde el mismo principio de las transacciones, » el gobierno « estaba recibiendo constantemente informes del embajador sobre lo que estaba ocurriendo en Bulgaria. » El ministro escogió descripciones particulares para contradiccion de detalles, sobre los cuales no estoy yo lo bastante informado para decidir; pero de lo que me quejo, es de que todavía, el dia 12 de Agosto, disfrazara el punto principal; que es, si el gobierno turco, que estaba recibiendo de nosotros apoyo moral y virtualmente material, habia sido ó no verdaderamente culpable por sus agentes, ó por su aprobacion y recompensa á estos agentes, de los excesos más abominables que han afeado la historia del mundo.

Para el gobierno seguia siendo meramente una cuestion de *guerra civil*, « hecha con condiciones de brutalidad que desgraciadamente no carecian de precedentes en aquel país » (1), esto es, en Bulgaria. Una repeticion contra un lenguaje que ó

(1) *Times* del 12 de Agosto.

es de ignorancia ó de calumnia brutal contra un pueblo, al cual las mismas autoridades turcas han descrito como industrioso, primitivo y dócil (1).

Estos, pues, son los pasos dados por el gobierno de su majestad durante la legislatura, con respecto á las atrocidades de Bulgaria, para ilustrar al país segun pensarán algunos, ó para tenerlo en las tinieblas, como se ocurrirá á otros espíritus ménos caritativos.

No es la menor parte del servicio prestado por el *Daily News*, el haber sido causa probable de llevar al campo de los sucesos una comision americana de investigacion. Yo tengo la más completa confianza en el honor y en la inteligencia de Mr. Baring, que está haciendo las averiguaciones en nombre de Inglaterra, porque creo fué escogido con este objeto por sir H. Elliot, y porque creo que él personalmente la merece. Pero no fué enviado á estudiar el asunto hasta el 19 de Julio, tres meses despues del alzamiento, y casi un mes despues de las primeras preguntas en el Parlamento. Habia estado solo dos dias en Philippopolis cuando envió, con toda la actividad de que pudo valerse, algunos pocos rudimentos de un informe futuro. Entre ellos estaba un cálculo de los asesinatos, que está necesariamente léjos de ser definitivo, que los fija en 12.000 (2). La hoja que contiene su documento es casi la única en los últimos *Documentos parlamentarios* (Turquía, núm. 5) «*presentados á ámbas Cámaras del Parlamento, por mandato de S. M.*» que, con referencia á la cuestion principal, vale más que una pajilla (3). He leído esa recopilacion con dolor y humillacion, que brotaban al encontrar que era eso todo lo que en el mes de Agosto todo el poder y promesas del gobierno podian hacer para dilucidar los horribles hechos, de los cuales, los más graves y peores ocurrieron si no en Abril, sí en los primeros dias de Mayo. El informe de Mr. Baring existe para nosotros indudablemente: pero sólo en esperanza. Cuando llegue, lo recibiremos con con-

(1) En el Informe de Philippopolis, al cual tendré que volver ahora.
(2) Mr. Schuyler los calcula en 15.000 *por lo ménos*.
(3) *Papers*, núm. 5, pág. 5.

fianza y con provecho, aunque podemos estar seguros de que el gobierno otomano habrá hecho todo lo que en su mano esté para cegarle, torcerle y extraviarle. ¿Pero es igualmente seguro que será recibido del mismo modo en toda Europa? O despues de lo que ha pasado, ¿puede esperarse razonablemente que así suceda? Posible es que cuando aparezca, pueda disputar y áun corregir algunas de las descripciones que del caso tenemos. Quizá haya algunas rebajas en el horrendo total. Uno de los penosos incidentes de un caso como este es que puede haberse sido injusto sin saberlo con éste ó con aquél, en esta ó en aquella circunstancia, áun con los esfuerzos más necesarios y considerados mejores para alcanzar los fines de la justicia. Estas cuestiones no admiten una certidumbre absoluta, sino solamente razonable. Lo que ahora parece ser cierto en este sentido (además del miserable desgobierno de todos los dias que, sin embargo, se queda mermado al lado de los horrores de Bulgaria), son las matanzas al por mayor,

*„Murder, most foul as in the best ir is,
But this most foul, strange and sumatural, (1)“*

la elaborada y refinada crueldad, el único refinamiento de que Turquía se vanagloría, la completa desconsideracion de sexo y edad, la abominable y bestial lujuria y la entera y violenta ilegalidad que todavía está hablando á todo el mundo. Sean las que fueren mis íntimas impresiones, he rehusado por mi parte hablar en la Cámara de los Comunes y en ninguna otra parte sobre estas atrocidades, esperando á tener á mi vista pruebas claras y fidedignas. Por falta de estas pruebas, no me uní al caballeroso esfuerzo de Mr. Ashley en las últimas boqueadas de la legislatura. Pero el informe de Mr Schuyler, junto con el de Berlin, y el prólogo, para darle un nombre, de Mr. Baring, cambia las tornas en mi opinion y hace pesada de sufrir la responsabilidad del silencio, al ménos para quien se contó entre los autores de la guerra de Crimea.

(1) *Hamlet.*

Expreso, pues, mi gratitud á Mr. Schuyler, y al gobierno que le envió al terreno. Ya he dicho que es demasiado tarde para convencer á Europa por informes que procedan de nosotros. Nosotros mismos podemos hasta ser escépticos con las noticias rusas. Todo Estado europeo está más ó menos expuesto á la imputacion de estar prevenido en favor ó en contra. Pero los Estados-Unidos no tienen alianzas con Turquía, ni ódios antiguos contra ella, ni proyectos de ganar en su destruccion. Entran en este asunto meramente por motivo de su carácter humano y de su oportunidad: no tienen *intereses americanos* que los aparten de su integridad ó que vicien sus fines.

Pareciame, pues, haber suficiente fundamento, en materia de pruebas, para decidirse á obrar, cuando, estando ya escribiendo, llega á mis manos (1) un nuevo documento de testimonio que debo á la cortesía de Mr. Musurus. Es una traduccion francesa del informe sobre los acaecimientos búlgaros, fecha 22 de Julio, presentado al gobierno otomano por una comision de notables, musulmanes y cristianos, y aprobado por el consejo administrativo de Philippopolis. Desde que se saca al público como una esposicion oficial de la explicacion turca (á continuacion del informe de Edir Effendi sobre el *Vilayet* de Adrianopolis) espero que se leerá extensamente, en favor de la justicia. Otros la juzgarán de distinto modo que yo. Yo no puedo sino desde luego denunciarlo como documento desgraciado: confirma, en su efecto moral, aún las peores partes de las acusaciones. Despues de todo lo que ha sucedido, seria demasiado esperar una palabra de penitencia ó vergüenza; pero no contiene una sola palabra de lástima ó compasion. La concision informadora, que estaba armada con las facultades del Estado, se asombra de que los búlgaros se hayan levantado contra su *paternal* (2) gobierno: los describe como un pueblo apacible primitivo y dócil (3), y luego los acusa grandemente de asesinar, quemar, empalar,

(1) 2 de Setiembre.

(2) Pag. 17.

(3) Págs. 6 y 17.

tostar á hombres, mujeres y niños indistintamente, con los más extremados refinamientos de crueldad (1). Una de las aseveraciones más definidas que contiene es que cita (2), como prueba de las *bárbaras devastaciones* cometidas por los insurgentes, la destruccion de un gran puente del camino de hierro. Está lleno de alabanzas á los sentimientos humanos y de consideracion de las tropas, de los jefes y de la poblacion musulmanes (3). Denuncia á los que han abierto los ojos de Europa sobre este *Inferno* turco, como «fantásticos narradores de horrendos episodios» (4). No se ocupa con el hecho probado de que los cuerpos de mujeres y niños víctimas de la matanza, yacian en montones, sin enterrar y á la vista, excepto por cierto al alegar que en Prestnitza algunos de los insurgentes mataban á sus propias mujeres é hijos. Fechado tres meses despues de la primera explosion y lleno de horribles acusaciones, apenas contiene en un solo caso los detalles que lo prueben, que puedan servir para tropezar con la falsedad investigando en la asercion. Y acaba con una descripcion particular de un folleto panslávico, impreso en Moscou en 1867.

Enseguida, por vía de apéndice, viene un documento original, que contiene, en forma de preguntas y respuestas, los planes é instrucciones de la gran conspiracion búlgara. Está firmado por doce nombres de individuos sin especificar profesion ni empleo: los cuales pueden, por todo lo que sabemos, haber sido los hombres más insignificantes del país. El informe, sin embargo, afirma que los insurgentes tenian instrucciones para pasar á cuchillo á la poblacion musulmana (5). El único documento que une como prueba de sus acusaciones contiene, á la par que rigorosísimas medidas contra los que hicieran resistencia, los siguientes párrafos (6):

(1) Págs. 9 y 10.

(2) Pág. 9.

(3) E. q., pág. 15.

(4) Pág. 15.

(5) Pág. 5.

(6) Pág. 22.

«*Pregunta 13.*—¿Qué conducta hay que seguir con respecto á los turcos que se sometan?

«*Respuesta.*—Serán puestos bajo la vigilancia de nuestros agentes, los cuales los llevarán al cuartel general de la insurreccion. Desde allí serán enviados, con sus familias y con los ancianos, á los lugares de refugio que ocupen nuestras familias propias. *Allí tienen que vivir como hermanos nuestros. Es una parte de nuestro deber tener cuidado de su felicidad, de su vida y de su religion: bajo el mismo pié que de nuestro mismo pueblo.*»

La lectura detenida de esta declaracion del caso turco hace desaparecer de mi espíritu todo el escrúpulo que me quedara. Los hechos están en conjunto suficientemente establecidos. Lo inmediato y la parte más grave para nosotros de la investigacion es ¿qué tenemos que hacer con ellos?

LA ESCUADRA INGLESA EN LA BAHÍA DE BESIKA.

El dia 20 de Abril estalló la insurreccion en Bulgaria. A principios de Mayo los horrores de la represion habian llegado á un punto culminante. No teniamos nosotros entónces que ver en ellos más que muy indirectamente, puesto que estábamos apoyando, pecando de ciegos é incautos en los Congresos de Europa el supuesto interés de la potencia, que de ese modo se deshonoraba.

El 9 de Mayo sir Henry Elliot parece que no tenia informes consulares acerca de Bulgaria, excepto una noticia (bastante extraña) de Adrianopla, fecha del 6 (1), en la que se decia que no parecia que los turcos estuviesen cometiendo ningun acto de violencia contra los pacíficos cristianos. Pero, observando una gran excitacion mahometana y una compra en gran escala de armas en Constantinopla, prudentemente telegrafiaba al almirante inglés del Mediterráneo, expresando el deseo de que se dirigiese con su escuadra á la bahía de Besika. El objeto era la proteccion de los súbditos ingleses y

(1) *Pap. parl.* Turquía, núm. 3, 1876, pág. 145.

de los cristianos en general (1). Este juicioso acto llevado á cabo por el embajador de acuerdo con los de otras potencias, quienes parece que tomaron iguales medidas, fué comunicado por él á lord Derby el 9 de Mayo, por carta y telégrama (2).

El dia 5 habia ocurrido el asesinato de los cónsules francés y aleman en Salónica. El dia 15, el almirantazgo hizo saber al *Foreign office* (Ministerio del Estado) que se habia ordenado á la escuadra que fuera á la bahía de Besika, enviado el *Swiftsure* á Salónica, y (tambien á petición de sir H. Elliot) el *Bittern* á Constantinopla (3). Estas medidas eran en sustancia prudentes y puramente pacíficas. No tenian, entendidas al derecho, aspecto político: y si alguno tenian, más bien era anti-turco que turco.

Pero habia razones, y razones de fuerza, para no dejar al público andar á tientas por sí mismo buscando la significacion de tan sério paso, como es el movimiento de una armada naval hácia un país perturbado tanto por la revolucion cuanto por una explosion de fanatismo asesino.

En el año de 1853; cuando las negociaciones con Rusia habian tomado un tétrico y casi desesperado aspecto, fueron enviadas á Oriente las escuadras inglesa y francesa: no como medida de guerra, sino como medida de preparacion para la guerra y próxima á la guerra. El procedimiento marcó una transicion de discusion á aquel período de cólera, que precede inmediatamente á un golpe; y el lugar á que fueron enviadas las escuadras era la bahía de Besika. A falta de informes ¿cómo podia la nacion inglesa dejar de suponer que el mismo acto que el hecho en 1853 tenia tambien el mismo significado?

Es evidente que el ministro de Estado comprendió sagazmente este peligro. El 10 de Mayo pidió á sir Elliot una descripcion particular de las razones que le habian inducido á desear la presencia de la escuadra en la «bahía de Besika» (4). Indicó al almirantazgo que Smyrna era un destino

(1) *Pap. parl.*, pág. 146.

(2) *Idem*, pág. 129.

(3) *Idem*, Turquía, núm. 3, 1876, pág. 147.

(4) *Idem*, pág. 130.

preferible (1). Y ésto ordenó entónces; pero accedió, y yo creo que hizo bien en ceder á las renovadas y justas instancias del embajador.

El gobierno se enteró entónces del carácter puramente pacífico de esta medida, y tambien de que estaba expuesta á ser mal interpretada peligrosamente.

Habia otra razon para asegurarla contra las malas interpretaciones. En este mismo momento se preparaba el *memorandum* de Berlin. Lo anunció lord Odo Russell á lord Derby en 13 de Mayo, y dos dias despues envió éste á lord Odo un alegato elaborado, más bien que un argumento contra él (2). Se hizo público que estábamos en desacuerdo diplomático con Europa, y particularmente con Rusia. Ahora la transicion de la discusion pura y simple á la discusion apoyada por la ostentacion de fuerza es una transicion de vasta y vital importancia. El despacho de la escuadra á la «bahía de Besika» no podia ménos de ser interpretado, faltando toda explicacion. Y todavía se rehusó resueltamente dar la explicacion.

Los temores de un rompimiento penetraron en el espíritu público. Los fondos rusos bajaron muchísimo con el pánico de la guerra; los hombres de partido se regocijaron y cantaron la victoria diplomática y el crecimiento de lo que ha dado en llamarse nuestro prestigio, ruina, en mi opinion, de toda política recta. Fueron los turcos alentados á la resistencia. Y esto, ahora lo sabemos, cuando sus manos estaban enrojecidas con la sangre búlgara. Las capitales extranjeras se asustaron de la excitacion marcial de Lóndres. Pero el gobierno jamás habló una palabra.

El silencio en estas circunstancias era bastante malo. Pero hizo algo peor que el silencio. Hizo que se oyera en los arsenales el ruido de los preparativos. Aumentó la escuadrilla hasta ser una escuadra completa; y lo que es más, creo que es verdad que principalmente la aumentaron, no con buques de numerosas tripulaciones á propósito para desembarcar un número considerable de hombres, con objeto de defender á

(1) *Doc. parlamentar.*, pág. 131.

(2) *Idem*, Turquía, núm. 3. 1876, págs. 137, 147.

las personas que pudieran ser atacadas, sino con enormes buques blindados, de dotaciones relativamente pequeñas, que son los que principalmente y con orgullo ostentan el poder beligerante de Inglaterra. Si esta no es una descripción exacta, contradígase (1).

Y esta protección ostentosa á Turquía, esta perturbación de Europa, la continuó nuestro ministerio con lo que puedo llamar extraña perversidad, durante semanas enteras. Y de este modo la continuó, cuando una palabra de explicación respecto á la verdadera causa del envío de la escuadra hubiese detenido todo perjuicio y disipado toda alarma. Admito que se habría disipado también al mismo tiempo una poca de popularidad que nada vale y que se compró á mucha costa.

Durante todo este tiempo, siempre hasta donde llegan nuestras noticias, las secuelas al por menor de las matanzas al por mayor en Bulgaria continuaban su curso. Ya á lo último habían empezado las respuestas de esgrima del ministerio sobre las malas acciones turcas. Y también á lo último fueron constantemente rechazadas las peticiones de informes auténticos sobre el Oriente que hicieron los miembros del Parlamento, con el pretexto de que publicarlos sería perjudicial al servicio público. Más todavía, se aceptaron cumplidos con el silencio que, no solamente podía indicar consentimiento, sino que no podía significar otra cosa, de más de un par de la Cámara de los Lores y de dos miembros de la de los Comunes, por la vigorosa política que estaba haciendo en Oriente nuestro gobierno.

Tal es el espectáculo que durante la primavera y el verano estuvimos dando á Europa.

Al fin llegó el día de descorrerse el velo. Lord Derby recibió en el *Foreign office*, el día 14 de Julio, á una numerosa é importante diputación. Fueron allí en interés de la paz, á la cual yo cordialmente deseo mucha vida, y de la no intervención, palabra que en mi opinión debe de ser interpretada, especialmente para el Este de Europa, con una justa consi-

(1) 27 de Julio. Mr. Disraeli dijo que la escuadra que había en aguas turcas se componía de veinte buques: once blindados y nueve sin coraza.

deracion á nuestros honrosos compromisos y á las obligaciones que llevan consigo. Estos caballeros no aprobaban de ninguna manera la demostracion de la bahía de Besika. Lord Derby la justificó, revelando á la parte del Parlamento y del público que formaba la diputacion, por vez primera, el conocimiento de la verdad. Dijo que se habia enviado la escuadra á petición de sir H. Elliot, para la defensa de los cristianos contra una explosion posible del fanatismo mahometano. El país, ó gran parte de él, se sintió aliviado y agradecido. Pero el daño ya hecho por el apoyo moral, y me atrevo á decir por el apoyo material, concedidos á Turquía durante todas aquellas semanas manchadas de sangre (la guerra sérvica tambien estaba entónces enfureciéndose), no era ni podia ser remediado. Reparar algun tanto los efectos de aquel daño es hoy una parte principal de la peculiar obligacion impuesta al pueblo de este país. Porque el hecho es que nosotros lo hicimos, por más que nuestras intenciones fueran las que fuesen.

¿Y cómo, en este particular, hemos de establecer la obra de la reparacion? El lector que hasta este momento haya ido acompañándome, probablemente esperará que yo, al ménos, responda á esta pregunta, recomendando la retirada de la escuadra de la bahía de Besika. Pero yo debo decir desde luego que no es esta mi opinion del deber ni de política. Yo ni retiraria la escuadra, ni la reduciria en un solo buque ó en un solo hombre.

Se nos ha avisado con autoridad de que las condiciones de los cristianos en Turquía son ahora eminentemente críticas. La cuestion de la guerra todavía está moviéndose en la balanza que se agita todos los dias. El lapso del tiempo y posiblemente la ayuda de fuera, puede hacer mucho todavía para volver á ganar la desigualdad de las probabilidades, con la cual, las bravas, pero novicias levas de Sérvia, están siguiendo la contienda. Se nos dice con demasiada apariencia de credulidad que si la fortuna de la guerra soplara adversamente á Turquía, podria ser la consecuencia en varias provincias una nueva y extensa explosion de fanatismo y una matanza al por mayor. Mi esperanza, por lo tanto, tiene dos

aspectos. Primero, que merced á la enérgica actitud del pueblo de Inglaterra, su gobierno puede verse inducido á declarar distintamente, que sólo con objeto humanitario tenemos una escuadra en aguas turcas. Segundo, que esa escuadra estará distribuida de modo que esté en disposición de aplicar su fuerza lo más pronto y eficazmente posible, en caso de necesidad, en suelo turco y en concierto con los demás poderes, para la defensa de vidas inocentes é impedir la repetición de esas recientes escenas, de las cuales, el mismo infierno se ruborizaría.

Porque es menester no olvidar que la última expresión sobre este punto fué la del primer ministro, y fué para decir que nuestra escuadra estaba en Oriente para el socorro de los intereses británicos. Me opongo á este sistema constante de apelar á nuestras inclinaciones egoístas. Levanta falsas luces y oculta las verdaderas: perturba al mundo. ¿Quién ha alzado un dedo siquiera contra los intereses británicos? ¿Quién ha hablado una palabra? Si la declaración fuera algo más que una mera jactancia vana, significa que nuestra escuadra está esperando la disolución del imperio turco, para tener la primera y mejor parte en la captura de los despojos. Si este es el significado, es error puro: y si queremos formar un justo juicio sobre ello, solamente tenemos que poner un caso paralelo. ¿Qué diríamos si Rusia hubiera reunido un ejército en el Pruth, ó Austria en el Danubio, y el príncipe Gortschakoff ó el conde Andrassy anunciaran que se habían reunido y apostado allí para la defensa de los intereses rusos ó austriacos?

Quizás en estas desacostumbradas circunstancias, ántes de describir lo que deberíamos buscar y desear, no estará demás considerar lo que deberíamos evitar cuidadosamente. En el freo por que tenemos que navegar con nuestro gobierno ó sin él, hay muchas farolas falsas encendidas que nos conducirían á un naufragio seguro. El asunto se ha hecho demasiado dolorosamente real para que nosotros nos espantemos ahora del maniquí que se presenta con Rusia (1). Muchas

(1) Y sin embargo, parece que se considera bastante bueno para los elec-

veces ha hecho buenos servicios en el escenario; pero ahora ya no tiene compostura y está inútil. Es hoy demasiado tarde para argüir, como argüía hace algún tiempo un diario de la tarde muy hábil y de grandes luces, que podría ser del todo conveniente que doce ó quince millones de cristianos permanecieran desgraciados en Turquía, más bien que (tal era la alternativa atrevidamente presentada) doscientos millones de hombres en la India se vieran privados de los beneficios del gobierno inglés, y treinta millones más en las islas británicas estuvieran disgustados con el temor de semejante catástrofe. Pero hay mayores ilusiones en el horizonte. Aquello contra la que tenemos que estar en guardia es la impostura, ese Proteo de mil formas. Pocos meses há, el nuevo sultan servia para el caso y muy bien. Afirmaba la gente que era preciso dejarle tiempo. Y ahora está otro nuevo sultan á la vista. Supongo que tambien se dirá que es menester dejarle tiempo. Entónces habrá acaso nuevas Constituciones; firmamentos de reformas; proclamas á los comandantes de los ejércitos turcos, encargando conducta extra-humanitaria. Todo esto pronto se sentará y quedará á la altura de cero. En este momento oimos hablar de que van á adoptar los turcos la última y más culta regla para hacer la guerra, á saber, la Convencion de Ginebra. Lo mismo podrian adoptar el Concilio del Vaticano ó la Constitucion inglesa. Todo esto no es ni áun las ostras de ántes de la comida. Todavía peor es todo argumento fundado en cualquier informe que den las autoridades turcas sobre los ultrajes búlgaros. Este expediente ha sido hace mucho tiempo ensayado por el envio de un comisionado especial, Edib Effendi, quien relata, en efecto, que los ultrajes fueron pequeños y casi todos cometidos por los cristianos. Mr. Schuyler, oficialmente y con una franqueza americana, declara que el informe de Edib contiene noticias sobre un punto particular «y sobre todos los demás, que no están absolutamente fundadas» y que prácti-

tores de Bucks. (Juzgo por el extracto de un discurso de Mr. Freemantle.) Parece que aquellos son tratados como se dice algunas veces que lo son las compañías ferro-carrileras de segundo órden por las líneas principales, cuyo material ya estropeado é impresentable sirve para aquellas.

camente es «un tejido de falsedades.» Además, uno de los últimos artificios es separar la cuestión de Sérvia, de la cuestión de Herzegovina y Bosnia y de la de Bulgaria. ¿Cómo—pregunta el *Pall Mall Gazette*—puede Turquía mejorar su estado, mientras la guerra siga? *Inter arma, silent leges*. Dadle paz para que pueda emprender reformas. Si el pueblo de este país es sério, barrerá y quitará de enmedio todas estas y parecidas telarañas y marchará como si marchara al son de tambor y pífano, derecho, con un solo corazón y un solo espíritu, *ohne Hast und ohne Rast*, á conseguir sus fines.

El caso de la guerra sérvia es, en la forma exterior, completamente distinto del del desgobierno en Bosnia y en la Herzegovina: y estos lo son también de los atropellos de Bulgaria. Pero son distintos simplemente como durante la guerra de Crimea eran distintas las operaciones del Báltico de las operaciones del Mar Negro. Tenían una raíz; deben de tener seguramente un remedio, quiero decir moralmente, y administrado del mismo modo; porque, si una parte de la cuestión se pone de relieve y la otra queda en la sombra, no caerá la luz en los sitios oscuros, y la culpabilidad quedará impune.

El caso contra Sérvia es la parte mejor del caso turco. Sérvia, antes de moverse, no había sufrido daño directo; no tenía una causa que exponer para la guerra. No se sigue de aquí que haya cometido una horrenda falta, ni que haya sido verdaderamente culpable de ninguna falta moral. Pequeño Estado recién ordenado, con un gobierno débil y un territorio peninsular, se encuentra por todas partes rodeado de poblaciones eslavas; en tres cuartas partes de su frontera, por oprimidas y mal gobernadas poblaciones eslavas; en cerca de la mitad de ellas, por una población eslava en revolución actualmente, cuya revolución no han podido dominar los turcos y á la cual Europa había dejado de proteger amistosa, aunque pacíficamente, desde que conseguimos echar abajo el *Memorandum* de Berlin. ¿Podía su pueblo hacer otra cosa que simpatizar con dichas poblaciones? ¿Podía, debía haber reconocido en Turquía un derecho de opresión? Más allá, Montenegro, á poquísima dis-

tancia, estaba sollozando con emociones semejantes á las suyas propias.

Ahora bien: hay estados de cosas en los cuales la simpatía humana no quiere reducirse á las reglas, necesariamente limitadas y convencionales, del derecho internacional. Si hay algun inglés que dude de que puede, aunque rara vez, ocurrir un caso semejante, que recuerde la excitacion pública de este país hace nueve meses, referente á las circulares de esclavos del gobierno; y que se pregunte si nosotros modelamos nuestros procederes hácia las potencias que tienen esclavos, respecto á los escapados, con arreglo á las precisas estipulaciones del derecho internacional. Ahora bien justamente llegó este caso en la posicion de Sérvia y Montenegro, hace dos meses. Mientras que la accion de Europa dió una esperanza de alivio para sus hermanos, se mantuvo la paz. Yo sostengo que al ir á la guerra, cuando aquella esperanza desapareció finalmente, podian reclamar simpatías humanas, ámplias, profundas y legítimas y que no cometian falta moral. Su caso es, por lo tanto, el mismo que el de las provincias oprimidas en sus inmediaciones. Hubiera sido tan razonable para las trece colonias de América, en 1872, negociar separadamente la paz con la Gran Bretaña, como seria para Europa, en 1876, permitir que en un arreglo con Turquía, los cinco casos de Sérvia, Bosnia, Herzegovina, Montenegro y Bulgaria fuesen presentados de otra manera, que como miembros enlazados de una misma estipulacion.

Todavía hay otro peligro. No pidamos ni aceptemos Jonases ó víctimas propiciatorias, sean ingleses ó turcos. No es un cambio de hombres lo que queremos, sino un cambio de medidas. Nuevos sultanes ó ministros entre los turcos, nuevos cónsules ó nuevos embajadores en Turquía, solamente servirian en estos momentos para apartarnos de los grandes fines que tenemos á la vista. Además, que si fuéramos á hablar de cambiar hombres, la primera cuestion que surgirá será la de nuestros ministros aquí, á cuya política y preocupaciones nuestros ministros y subalternos en el extranjero siempre tienen un leal deseo de ajustarse lo más que puedan. Yo espero y opino que cuando hayan desaparecido

las antiguas ilusiones respecto al sentimiento británico, y lord Derby quede en libertad de dar forma á la conducta de la administracion, con su espíritu claro é imparcial y su carácter enemigo de la ostentacion, realizará tan fiel como firmemente los deseos del país.

Vamos ahora á considerar los objetos que debemos desear y procurar por medio de nuestro gobierno.

Confío en que tratará de remediar, en lo porvenir, las sérias faltas del pasado. Que arroje á un lado la construccion estrecha y mal concebida de las ideas de una época anterior. Bien sé yo la necesidad que despues de los rigurosos trabajos de la legislatura parlamentaria obliga á los ministros á dispersarse para un período de reposo. Sin embargo, en un estado tan grave de los hechos, confío que pronto oiremos que se reúne el Gabinete. No es todavía demasiado tarde, pero es urgentísimo acudir al cumplimiento de tres grandes objetos, además de la terminacion de la guerra, que en mi opinion está inseparablemente asociada con dicho cumplimiento.

Primero. Poner fin al desgobierno anárquico (perdónese la frase), al pillaje, al asesinato que segun parece que sabemos con suficientes pruebas, está desolando todavía á Bulgaria.

Segundo. Tomar disposiciones eficaces contra la repeticion de los ultrajes recientemente perpetrados con la sancion del gobierno otomano, excluyendo su accion administrativa para el porvenir, no solamente de Bosnia y de la Herzegovina, sino tambien y antes que todo de Bulgaria; sobre la cual quedarán siempre durante años y generaciones las huellas de una miserable y sangrienta mano.

Tercero. Redimir por estas medidas el honor del nombre británico, que en los deplorables acontecimientos del año ha estado más gravemente comprometido que por lo que yo sé ha estado nunca en ninguna época.

He expresado, pues, tres grandes fines, que creo debian grabarse en el corazon durante esta crisis, y pedirse á voces en Inglaterra. Se me preguntará, en sério ó con mofa, si no hay tambien una cuarta demanda que añadir, á saber: el

mantenimiento de la «integridad territorial de Turquía.»

Para comprender la fuerza y alcance de esta expresion es necesario retroceder por un momento á la guerra de Crimea. La consigna de aquella guerra y de la política que la precedió, era «Integridad é independendencia de Turquía.» El alcance de estas dos frases «integridad é independendencia» es perfectamente distinto. La primera es negativa, la segunda positiva. La integridad de Turquía será mantenida por medio de una soberanía titular, realizada por ejemplo mediante el pago moderado de un tributo, para que la soberanía otomana pueda cumplir el propósito de cerrar á los límites actuales del imperio turco cualquier otra soberanía, ó el ejercicio, en todo ó en parte de derechos soberanos por ningun otro poder, ya sea Rusia en el Euxino, ó Austria en el Danubio, ó Francia ó Inglaterra en el Nilo y en el Mar Rojo.

La independendencia del imperio otomano es negocio muy diferente. Significaba en la época de la guerra de Crimea, y significa ahora, que aparte de Rumanía y Sérvia, donde ya Europa está formalmente interesada, y aparte de cualquier arreglo hecho por sí con un Estado vasallo como Egipto, que puede sostenerse contra Constantinopla, á la Puerta tiene que dejársela en la actual, diaria, libre administracion de todas las provincias de su vasto dominio.

Ahora, en lo que respecta á la integridad territorial de Turquía, yo por mi parte deseo todavía que se sostenga, aunque no digo que este deseo se tenga en cuenta como el de una cosa superior á puntos de política aún más elevados. Mi creencia es, que este gran propósito no debe ser objeto de compromiso, y que se ganarian otros importantes, manteniendo la integridad territorial de Turquía.

No hay razon para suponer que en los momentos actuales esté dirigido ninguno de los poderes continentales por opiniones egoistas ó agresivas en su política de Oriente. Las potencias vecinas de Turquía, Austria y Rusia, son las que podrian en muchas eventualidades de política europea verse más naturalmente tentadas á planes de engrandecimiento propio á costa de aquella. Pero la conformacion peculiar de Austria, respecto á los territorios y á las razas que los habitan,

ha obrado y obrará probablemente, al ménos por ahora, de modo que neutralice esta tentacion. En el caso de Rusia, hemos estado jugando, por conducto de nuestro gobierno, una partida de indiscrecion extremada. Pretendiendo contradecirla, amenazarla é insultarla, hemos caido en sus redes de la manera más torpe, y con mucha repeticion. Todos los detalles de la más sóbria prudencia dictan á Rusia, en la época actual, lo que se llama el juego de defensa. Su política es conservar y restablecer la tranquilidad por ahora, y aprovecharse de las probabilidades del porvenir. Hemos obrado para con ella como si tuviera entre manos una conspiracion en estos momentos, y como si el porvenir no existiera, ó jamás hubiera de llegar. Pero, téngasele ó no en cuenta, él llegará. Ofrece á Rusia muchas probabilidades. Una adquisicion que hiciera hoy, pondria estas probabilidades muy cerca de ser certidumbres. En la Turquía europea, por mucho que se repita nunca será bastante, el elemento cristiano es el que crece, y el turco el que decae. Sólo con que llegue á engendrarse en el elemento cristiano la conviccion, que tal es por ahora la idea principal eslava en las provincias turcas, de que Rusia es su sosten, y su enemigo Inglaterra, el mando de Rusia sobre el porvenir de la Europa oriental está asegurado. En los últimos seis meses hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder para producir y confirmar dicho convencimiento.

Mas espero que podamos decir con verdad lo que Luis Napoleon telegrafió equivocadamente en 1870 *tout peut se retablir*. En los últimos años Rusia ha hecho mucho para enagenarse los griegos cristianos de Levante. Podemos estar ciertos de que los eslavos no estarán ménos dispuestos á aceptar la ayuda de potencias que son por fuerza más desinteresadas y que por lo mismo estarán autorizadas para prometerse una correspondencia debida en influjo político ó supremacía. Es juicioso, ciertamente, que nos valgamos de la dichosa aproximacion á la unanimidad que prevalece entre las potencias y prevenir ó al ménos retardar, hasta donde podemos hacerlo honrosamente, la conflagracion general que seguiria probablemente al abandono prematuro del principio

de la integridad territorial de Turquía. Rechazo por mi parte la más mínima parte de responsabilidad que pudiera caberme por provocar una crisis cuyas proporciones tendrían que ser muy grandes, actualmente ilimitadas tal vez.

Mas ni aún esa crisis convendría yo en impedir ó retardar á costa de consentir la repetición de los horrores de Bulgaria. Nada podría sobrepujar la irrisión ni reparar la deshonra de un pretendido arreglo que dejase á Turquía en posibilidad de repetir esas satánicas orgías; desgracia cuya mayor parte recaería en Inglaterra y cuya parte ménos considerable sería muy grande en verdad. El público de este país, dispuesto ya á mi ver, puede dejar de temer que la integridad de Turquía implique la inmunidad para su salvajismo sin límites, para su lascivia bestial é indómita. Paréceme que estos temores, muy razonables en principio, pueden desecharse luego de una atenta observación de los hechos. En la vecina Rumanía tenemos una prueba que es casi concluyente. Durante veinte años satisfaciendo á la Puerta un tributo y acatando su supremacía, ha disfrutado de una entera autonomía ó propio gobierno (*self-government*). Ha constituido una barrera para Turquía contra toda invasión. Ha dominado por sí misma serias dificultades interiores en el acomodamiento de las relaciones de una clase con otra. Ha resistido la tentación de intervenir en la guerra de Sérvia. Garantida por Europa, no ha tenido ninguna grave queja que hacer contra Turquía por la violación de sus estipulados derechos, que á decir verdad se han ampliado de un modo no escaso.

Con tal ejemplo á nuestra vista, séanos permitido esperar al ménos que no se necesite quebrantar la integridad territorial de Turquía al amonestarla Europa y al requerir de ella la adopción de la medida, que es lo ménos que el caso demanda, ó sea la total supresión del régimen administrativo turco sobre Bulgaria, lo mismo y aún más que en la Bosnia y la Herzegovina.

Pero aún este *mínimum* de satisfacción por lo pasado y de seguridad para el porvenir estoy con sentimiento convencido de que no se obtendrá, á no ser que la voz pública de este país lo haga resonar con claridad y muy alto por cima de

toda eventualidad de un error en los oídos de la administración. Hemos logrado por fortuna una reciente revelación de los propósitos del gobierno, de labios del primer ministro. El 31 de Julio, cuando estaba yo mucho ménos enterado que ahora, despues de esforzarme en describir la desesperada impotencia del gobierno turco, y en poner de relieve que todas las medidas efectivas de reparacion ó seguridad deben encaminarse á la autonomía local de las provincias perturbadas, expresé la esperanza de que este fin podia alcanzarse de un modo compatible con la *integridad territorial* de Turquía. El primer ministro, el cual me siguió en el debate, hizo el honor de referirse á esta parte de mi discurso, y dijo que yo habia recomendado el restablecimiento del *status quo*. Yo interrumpí en seguida diciéndole «no el *status quo*, sino la integridad territorial.» El primer ministro respondió al punto que la integridad territorial significa virtualmente el *status quo*. Ahora bien: integridad territorial quiere decir el mantenimiento de una supremacía titular que sirve para evitar la agresion extranjera, y el *status quo* significa la conservacion de la autoridad administrativa de Turquía sobre Bosnia, Herzegovina y Bulgaria. La integridad territorial anula el estado extranjero y el *status quo* á los habitantes del país, y temo que lo deje todo á los turcos con sus promesas, que se lleva el viento, con sus reformas aisladas, con sus feroces pasiones y su incurable y creciente desgobierno. Esta es, pues, la última indicacion actual de la política británica: restablecer el *status quo*. Desnudemos la frase del ropaje del lenguaje culto que muchas veces encubre su belleza. Quiere decir: «como estábais.» Quiere decir el restablecimiento de las mismas formas y recursos, lo cual equivaldrá en la primera coyuntura á la reproduccion de los mismos abusos y de los mismos crímenes. Estoy convencido de que este propósito del gobierno no es irrevocable. Mas sólo se variará, si tomamos por guia á la experiencia bajo la accion clara é inteligible de la opinion pública. Nadie comprende mejor que el primer ministro cuál es la fuerza y peso de la opinion, y en qué momento del desarrollo del movimiento nacional no será dado resistir por más tiempo á su expresion.

Despues de la fatal declaracion de lord Beaconsfield sobre la política del *status quo* ó *como estabais*, ha visto la luz una carta de Mr. Bourke, subsecretario de Negocios Extranjeros, que no se habria escrito sin más elevada sancion. La parte positiva de esta carta es nula; pero es importante la negativa. Nos da la seguridad de que el gobierno está indignado ante los crímenes cometidos por los turcos. Del mismo modo podria asegurarnos que mira con indignacion los crímenes de Danton ó de Robespierre, ó de Nana Sahib. La indignacion es como la espuma cuando no conduce á la accion. Nos dice que esta indignacion ha producido reconvenciones; digo á mi vez que meras reconvenciones son en este caso irrisorias. Las dos únicas cosas que valia la pena de decir, las calla el subsecretario. Hubiera sido la primera que hasta que estén reparados tan horribles delitos y castigados sus autores, el gobierno británico retirará á Turquía el apoyo moral y áun el material que hemos estado dándole contra Europa. La otra seria que despues de crímenes en tan altaescala y de un color tan subido, el gobierno británico dejará de apoyar el mantenimiento de la administracion turca en Bulgaria. Resulta, pues, que la parte negativa de la carta es la que importa. Vista su fecha, las palabras de Mr. Bourke son fútiles. Y su silencio es elocuente (*trumpet-tongued*): demuestra que áun la semana pasada, el 27 de Agosto, estaba el gobierno por enmendarse, y advitiéndonos de lo que podemos esperar, espolea al pueblo inglés hácia adelante en el movimiento que debe salvar su honor comprometido y en peligro.

No seria practicable, ni áun caso de que fuera digno, disfrazar el verdadero carácter de lo que queremos del gobierno. Es un cambio de actitud y de política: ni un ápice ménos. Queremos que deshagan y borren la impresion demasiado legítima de que al mismo tiempo que mantenian los ministros á sus conciudadanos en una gran oscuridad, lograron propagar por toda Europa que somos los resueltos sostenedores de los turcos, y de que al declarar su integridad é independencia esenciales en los intereses británicos, hemos cerrado los ojos y los cerraremos áun cual corresponde á las exigencias del caso, así á sus crímenes como á su impotencia.

Queremos ponernos en armonía con el sentimiento unánime de la humanidad civilizada, en vez de ser más tiempo como somos, al parecer, el mal génio que lo espía, daña é inutiliza. Necesitamos hacer entender á los turcos que al llevar esta impresion por palabras y obras á su espíritu, el gobierno británico ha entendido mal, y por tanto, ha representado mal el sentido del pueblo inglés.

Pero este cambio depende de una expresion enérgica del sentimiento nacional que sólo está empezando á oirse. De ser un susurro ha pasado á ser un sonido: de ser un sonido pasará á ser un estruendo. ¿Pero qué será *hasta* que vibre con tal fuerza que despierte á la administracion? Es triste, pero no por eso deja de ser verdad, que nosotros, que en esas tierras del Oriente peleamos con Rusia y conceptuamos floja al Austria y á Alemania todo ménos servil, hayamos estado realmente en deuda estos meses pasados y aún lo estemos todavía con todos ó con algunos de estos mismos poderes, y posiblemente con Rusia más que con ningun otro de ellos, por haber hecho ellos el papel que pensamos que es especialmente el que nos corresponde á nosotros en la resistencia á la tiranía, amparando al oprimido, trabajando por la dicha de la humanidad. Digo que ha llegado para nosotros el tiempo de anular á Rusia participando en sus buenas acciones y reservando nuestra oposicion para cuando visiblemente trate de cargarlas en cuenta con fines torcidos.

No hay razones para temer sérias dificultades sobre este punto en los consejos de Europa. Todas las potencias, excepto nosotros, han estado ya trabajando en este sentido. Tampoco hay fundamento para suponer que el gobierno otomano ha de resistir tenazmente un plan basado en la intencion de hacer en su favor todo lo que su mala conducta y los horrendos crímenes de sus agentes de confianza han hecho posible. Para hacer á este gobierno justicia, debe trazarse una distincion entre lo que depende de una decision que hay que tomar en Constantinopla de una vez para siempre y la fuerza permanente vitalizadora necesaria para cumplir los deberes diarios de administracion en todo su vasto imperio. La intervencion central en la capital, siempre á la vista de los repre-

sentantes de los poderes europeos y en íntimo contacto con ellos, ha adquirido y trasmite tradicionalmente una gran parte de las modas del lenguaje y pensamiento europeos. Cuando se trata de llevar estas influencias á las provincias y á los agentes subordinados, los cuales poco ó nada comparten ese benéfico contacto, se desbaratan regularmente y por desgracia, esceptuando alguna que otra vez, por algun venturoso accidente de virtud personal. Las promesas de un ministerio turco, dadas simplemente á Europa, son generalmente buenas; las dadas á sus propios súbditos ó concernientes á sus asuntos propios, son, sin imputarles por esto falsedad, de una carencia de valor tan probada y demostrada, que un embajador ó Estado que confiara en ellas, incurriría precisamente en la sospecha nada ménos que de fraude por complicidad vil y baja. El compromiso de un ministerio turco tomado en concierto con Europa, de que la Bulgaria ó cualquiera otra provincia se restablecerá y conducirá en adelante su gobierno local y negocios propios, llevaría en sí mismo la garantía de su propia ejecucion. La única cuestion es si se contraerá ó no. Estoy dispuesto á creer que sí, y por esta razon. No sé que nunca haya rehusado Turquía acceder al consejo de la Europa unida, y más todavía al consejo de ménos que la Europa unida, si la Europa no estaba en la ocasion del consejo en cisma consigo misma por influencias nada prudentes y facciosas. En el asunto de Grecia, en la union de los principados despues de la guerra de Crimea, y en sus relaciones (por ejemplo) con Persia y con Egipto, ha habido pruebas abundantes de que la Puerta Otomana no está más dispuesta que los demás gobiernos á romperse la cabeza contra la pared, en el sentido vulgar de esta frase. Ha sabido cómo ceder á la necesidad real sin deshonrarse, sin provocar violencias. Y aquellos de los que se han constituido en sus amigos, que nos ponen alerta contra una explosion del salvaje fanatismo mahometano dentro del Gabinete de Constantinopla y en el año 1876, se fundan en noticias sacadas de su propia fantasía ó de lo que ellos llaman haber estado en Oriente, mucho más que en las lecciones de la historia y de la experiencia política y diplomática.

Sin duda que habrá dificultades que vencer, cuando estas provincias arreglen sus respectivos asuntos para ajustar relaciones con las minorías mahometanas. Estas son dificultades insuperables para los que no quieren superarlas, pero fácilmente dominadas bajo la presión real de semejante caso. Fueron vencidas en Grecia: y, en este momento, según sabemos por el testimonio reciente de sir Charles Trevelyan, los propietarios de tierra, mahometanos de Eubda, viven contentos bajo el gobierno de aquel país. Preciso es recordar que mahometano no quiere decir turco. Y en ninguna de estas provincias ha habido en general un caso de guerra entre las religiones ó razas leales; casi todo el error ha consistido en las malvadas leyes y en los agentes siempre violentos y corrompidos de un poder central distante, que (á falta de otros) deja sueltos á estos agentes sobre su territorio y que tiene siempre fuerza material á su disposición para apoyar los atropellos con la sanción de la autoridad, pero que no tiene fuerza moral ninguna, ni el poder de detener el mal ó de hacer el bien.

Pero para concluir, vuelvo á lo que es la Omega y el Alpha de este grande y tristísimo caso. Antiguo servidor de la corona y del Estado, yo invito á mis conciudadanos, de los cuales, más quizás que de otro pueblo alguno en Europa, depende que pidan, que insistan para que nuestro gobierno, que ha estado trabajando en un sentido, trabaje en otro, y aplique todo su vigor para ponerse de acuerdo con los demás Estados de Europa y obtener la extinción del poder administrativo turco en Bulgaria. Que los turcos se lleven sus abusos de la única manera posible, que es marchándose ellos. Sus Lapties y Mudires, sus Bimbachis y Yurbachis, sus Kaimakams y Pachás, todos juntos, con armas y bagajes, espero que saldrán de la provincia que han desolado y profanado. Esta limpieza completa, esta liberación benditísima, es la única reparación que podemos hacer á esos montones de montones de cadáveres; á la pureza violada de la matrona, de la doncella, de la niña: á la civilización que ha sido desafiada y avergonzada; á las leyes de Dios, y si gustais, á las de Alá; al sentido moral de la humanidad entera. No hay un crimi-

nal en calabozo europeo, no hay un caníbal en las islas del mar del Sur, cuya indignacion no se excitara y rebosara hirviendo al oír recitar lo que se ha hecho, lo que demasiado tarde ha sido examinado, y lo que queda todavía impune; lo que ha dejado atrás todas las miserables y todas las furiosas pasiones que lo produjeron, y que puede de nuevo brotar, en otra siega homicida del suelo empapado en sangre cuyo vaho exhala, y en el aire impreso con todo hecho imaginable de crimen y vergüenza. Que esas cosas sucedan una vez, es una desgracia para la parte de nuestra raza que las hizo: que se deje abierta una puerta para la repetición, por remota que estar pueda, extenderia la vergüenza á toda la raza. Mejor seria—podríamos decirle al sultan—casi cualquier perjuicio, dificultad ó pérdida asociada con Bulgaria, que no volver tú á ocupar el trono para escarnio de tu pueblo y su ruina.

*Than thou reseated in thy place of light,
The mockery of thy people, and their bane (1).*

Podemos registrar los anales del mundo, pero no sé en dónde hallaríamos un ejemplo tan portentoso del diabólico mal uso de los poderes establecidos por Dios «para el castigo de los que obran mal y para alentar á los que obran bien.» Ningun gobierno ha pecado tanto; ninguno ha demostrado ser más incorregible en el pecado, ó, lo que es lo mismo, tan impotente para la enmienda. Si fuera permitido que el poder ejecutivo de Turquía renovase en esta gran crisis, con permiso ó por autoridad de la Europa, la carta de su existencia en Bulgaria, no hay registrada entónces, desde los principios de la sociedad política, una protesta que el hombre haya depositado contra el intolerable mal gobierno, ni golpe que haya dado á la tiranía cargada de males, que no deba desde ahora en adelante considerarse y marcarse con el estigma de un crimen.

Pero todavía no hemos caído tan bajos en la degradacion, y puede gozosamente esperarse que ántes de que pasen muchas

(1) *Guinevere* de Tennyson.

semanas, los sábios y enérgicos consejos de las potencias, de nuevo unidas, habrán empezado á dar alivio á la sobrecargada emocion de un mundo estremecido.

Concluida ya la argumentacion propia del caso, deseo llenar todavía otro deber recordando á mis conciudadanos que parecen ser necesarias urgentísimamente medidas para el socorro de la necesidad, enfermedades y toda clase de padecimientos en Bulgaria. Lady Strangford, siguiendo, creo, el ejemplo de Mr. Freeman, ha propuesto con enérgica benevolencia tomar á su cargo este trabajo. Paréceme que esto excede y está por encima de las facultades de un solo individuo, por activo é inteligente que sea. Yo me atrevo á proponer que en estas circunstancias especiales se pida al gobierno de S. M. que tome el asunto en consideracion. No quiero decir que conceda el dinero del Erario, sino que comunique con las autoridades municipales y locales para someterles la conveniencia de abrir suscripciones; que coloque toda la maquinaria entera de la embajada de Constantinopla y de los consulados y vice-consulados al servicio de la empresa; y que proporcione hombres capaces de organizar y dirigir la distribucion del socorro, sacándolos de los departamentos militares y á ser posible tambien de los navales.

NOTAS.

1. Mr. Schuyler es el cónsul de los Estados-Unidos en Constantinopla y sé, de buena fuente, que es digno de todo crédito y confianza.
2. Los fondos rusos, ántes del despacho de la escuadra á la bahía de Besika se cotizaban (empréstito de 1822) entre 96 y 90. A fines de Junio y principios de Julio bajaron entre 84 y 81. Despues de la declaracion de lord Derby, el dia 15 se restablecieron á 86, 88, 89, y en Agosto llegaron á 92.

W. E. GLADSTONE.

DAVID FEDERICO STRAUSS.



UN CAPÍTULO DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO RELIGIOSO MODERNO.

(CONTINUACION.)

Siendo tales las condiciones de los profesores, no es maravilla que los distinguidos jóvenes de Blaubeuren empezaran á estudiar por su cuenta. Leyeron á Kant y les pareció amarga la severa lectura á que hubieron de entregarse entónces. Jacobi les agradó más, y leyendo las obras de este filósofo, parecióles la filosofía una antigua é íntima amiga; acudieron despues á Schelling y se enamoraron de la nueva filosofía de la naturaleza; con su indiferencia é identidad hiciéronse, á decir verdad, panteistas confesos envueltos en las místicas nieblas del idealismo objetivo. Vino al fin el romanticismo á animar y exaltar su misticismo enardeciendo á tan entusiastas jóvenes con caballerescas aspiraciones, con el ódio á la prosa y á los lugares comunes, y con el amor á la leyenda y á lo maravilloso. Hiciéronse poetas al mismo tiempo que filósofos trascendentalistas y se embriagaron con lo espiritual hasta el punto de necesitar un más perfecto místico que Schelling, hallándole en Jacobo Boehme. Les parecia este un hombre inspirado, cuyos ojos se habian abierto para ver las fuerzas vivas en sí propio y en la naturaleza, segun ascienden y descenden y le aproximan los dorados vasos del Señor. Creyeron en el místico cual si fuera un apóstol, un profeta, un revelador de la voluntad divina. Mostróse para ellos el magnetismo animal lleno de significacion espiritual, y la historia de los poseidos vino á parecerles creible y seria. La corriente mostrábase incierta con respecto al cauce en que debia encerrarse, y se inclinaba más bien á una curiosa credulidad que á un escepticismo crítico. Nuevos estudios y antiguos maestros la variaron una vez más, y el misticismo de Boehme se desvaneció. Bengel, *felix etiam opportunitate mortis* se sustrajo á las turbaciones que se tramaban en Tubinga y

abrió paso á Baur y á Kern; este último fué desdichado, hizose un tímido, dócil é incoherente copista, cuyos plágios se divertía en denunciar su antiguo discípulo. En cambio, Baur fué muy pronto la inteligencia dominante en la Universidad. Personificó el nuevo espíritu, fué para Tubinga la encarnacion del *Zeitgeist*, aplicó á la teología los nuevos principios filosóficos y á las fuentes é historia del cristianismo los nuevos métodos críticos. Infundió en lo antiguo el aliento de los nuevos sistemas, comparó á Schleiermacher con los gnósticos é hizo del catolicismo y el protestantismo las formas en que se habia manifestado el espíritu en pos de la realizacion de sí propio. Dió tambien lecciones sobre el Nuevo Testamento y mostró aunque á distancia los puntos críticos de que habia de partir más tarde. Dice Strauss: «Léjos estaba del atrevimiento de intentar como lo hizo posteriormente el autor de *La vida de Jesus* el asalto de las murallas de Sion con un puñado de hombres resueltos, y puso escasamente las primeras paralelas del sitio regular que proyectaba» (1).

Los adelantados jóvenes de Tubinga, todos tan inteligentes y casi todos dirigidos por sí mismos, pues Baur era el único cuya presencia era poderosa y útil para ellos, difícilmente hubieran podido afiliarse á los grupos que representaban lo pasado, y dejar de proponerse nuevas bases y objetos de fé. Schleiermacher les sacó del dominio de Schelling: restauró á Dios, pero á costa de su personalidad: reinstaló á Cristo, pero con la renuncia de un círculo de prerogativas sobrenaturales. Tambien su principio de que las doctrinas son primariamente, no asertos que se refieren á algo que es objetivo, sino solo á estados ó determinaciones del piadoso sentimiento interior, pareció que ponía sus inteligencias en una nueva relacion con la teología y con la Biblia. La una no necesitaba restringir la especulacion ni la otra la fé. Abrióse á estos jóvenes inteligentes un ilimitado horizonte lleno de inagotables posibilidades. Formóse una sociedad de socorros mútuos para la exploracion de estas nuevas regiones. De Schleiermacher pasaron á Kant, que ya no les pareció tan amargo, antes bien dulce é inteligible, y desde Kant á Spinoza, hasta que por último, presentado por un antiguo amigo, llegó Hegel. Empezaron nuestros estudiantes por la *Fenomenología*. Esta obra les reveló un mundo nuevo, sus exploraciones hallaron al parecer un término y pusieron el pié en tierra firme.

En 1830 concluyó Strauss sus estudios académicos y em-

(1) *Christian Marklin*, pág. 51.

pezó su carrera literaria. A 24 de Junio, en el tercer centenario de la proclamacion de la confesion de Augsburgo predicó en la iglesia de Schloss, en Tubinga, un sermón sobre la perdurabilidad de las palabras de Cristo, tomando por texto el capítulo XXI, versículo 33 del Evangelio de San Lúcas (1). Tomó parte en el *Hesperus* del mismo año con un escrito sobre la veedora de Presorst, una *dama que su amigo Justino Kerner hizo famosa* (2). Edificante fué el sermón en la forma y el fondo, y lo envidiaría el jóven más comedido y ortodoxo. El escrito ocultaba sus creencias con un misticismo sensible lleno de fantasmas y otras visiones parecidas. Pero esto sólo nos sirve para darnos cuenta de la posicion exterior y aparente de Strauss, no de su posicion real y verdadera, para lo cual hemos de acudir á otras fuentes.

En su biografía de Cristian Marklin se halla la historia de su pensamiento y el de su amigo durante el período de sus estudios y el de investigacion y exámen que vino despues. Habian sido panteistas de los grupos imaginativo, afectivo é intelectual sucesivamente, es decir, habian pasado de Schelling á Hegel al través de Schleiermacher. En los momentos á que nos referimos estaban firmemente asentados en la nueva filosofía, queriendo valerse de ella para su reconstruccion del cristianismo y empleando la crítica más independiente para justificar esa reconstruccion. Como buenos hegelianos, sostenian que la filosofía y la religion difieren en la forma, pero son idénticas en el contenido. Ganaron una victoria cada uno, y tuvieron, por tanto, que pasar de la teoría á la práctica. Marklin no se condujo hábilmente. Escribia á Strauss lo siguiente: «La relacion en que estén, segun el hegelianismo, la religion y la filosofía, es buena y bella, y si solo fuera yo un teólogo, podria bastarme. Pero á decir verdad, mi calidad de predicador me coloca á menudo en el trance de explicar como esencia de las cosas lo que con arreglo al sistema no es más que la forma de la representacion» (3). De aquí que no se encontrara á gusto en su ocupacion, que su conciencia estuviera intranquila y que se hallara en un caso difícil en que él mismo se juzgaba un compuesto de filósofo y maestro de religion. Strauss no tropezaba con dificultades y escrúpulos tales. Escribia en estos términos: «¿De qué modo podriamos salvarnos del conflicto en que nos ha arrojado la historia, el desarrollo de la teología? Abando-

(1) Puede verse este sermón en el *Beschreibung des drit Saekularfestes der Uebergabe de Augsb. Confess. v. d. Theol. Facultaet zu Tub*, págs. 78-86.

(2) *V. Character und kritiken*, págs. 390-404.

(3) *Lebensbild*, págs. 60, 61.

nar el ministerio que se nos ha confiado, es á primera vista el camino más corto; pero el obrar así, ¿fuera discreto y razonable? Antójaseme que seria lo mismo que la negativa de un príncipe á encargarse del gobierno de su país porque no le es dado introducir en él la ley de la razon; seria no más que el deseo de ocupar en la vida una posicion ideal y pura en vez de una real y empírica. El predicador, conscio de lo que tiene de comun con el pueblo, debe hablar en el lenguaje de éste, al mismo tiempo que piensa su propio pensar» (1). Estas prudentes reservas no satisfacian á Marklin. ¿Qué diria si un oyente de claro entendimiento le preguntase su opinion sobre el diablo ó los milagros del Nuevo Testamento? «Para mí, y en cuanto á mi persona concierne, la religion y la filosofía no se devoran mutuamente, pero como vicario, no puedo ménos de advertir que no se avienen.» Strauss, que permanecia tranquilo, respondió que la ficcion del diablo podia referirse al pensamiento del mal, y aconsejó á su amigo que no se empeñara en luchar con fantasmas que nunca se convertirian en realidades. Esta correspondencia es significativa por más de un concepto; explica muchas cosas que se habian hecho ya y otras que se pensaba hacer, y nos muestra tambien en sus últimas fases que cuando el pensamiento ha negado la personalidad divina, avanza inevitablemente hasta negar la inmortalidad personal del hombre.

Pero Strauss, á pesar de ser un predicador edificante y conmovedor, no habia nacido para ser un clérigo campesino, encargado de acuñar en moneda chica para uso de lugareños jóvenes el oro de la teología de Schleiermacher. Una corta temporada de vida clerical le pareció bastante, ingresó como profesor en el seminario de Maulbronn, y sintiéndose falto de madurez bastante, resolvió ir á Berlin en el invierno de 1831 para ver y oír á sus dos grandes maestros. Este viaje señala un decisivo período de su vida. Era entónces Berlin la residencia de un brillante círculo de hombres. La fama y la influencia de Hegel estaban en su apogeo, y el talento de Schleiermacher habia llegado á su período de más fuerza y madurez. Los maestros, rodeados de discípulos que casi eran sus iguales, explicaban en la Universidad, sólido y magestuoso el uno como caudaloso rio que entre las orillas corre arrastrando todo lo que á su paso encuentra; vivaz el otro, sutil, lleno de gracia como el arroyuelo que salta al correr ofreciendo su belleza á los ojos y su música al oído. Dividian las escuelas á la ciudad y la emulacion activaba al

(1) *Lebensbild*, pág. 61.

pensamiento. La colision acentuaba los contrastes y el contacto los hacia más profundos. Marheinecke aplicaba el idealismo absoluto á la teología, explicaba en forma racional las doctrinas religiosas, señalaba en la persona de Jesús el punto en que se hizo visible la unidad de Dios y el hombre, la esencia divina en su humana realizacion, y manejó en tal guisa la representacion y la nocion, que la confesion de Augsburgo y la nueva filosofía, y el catecismo de Lutero y la lógica de Hegel, diferian por la forma, mas no por el contenido. Neander, el último de los padres, como se complacian sus discípulos en llamarle, un tanto infantil, erudito, sábio por su misma carencia de universalidad, un monje ó un santo del protestantismo (1) pero no ascético, personificaba en sí y aplicaba á la historia de la Iglesia lo que en cierto sentido puede considerarse como el fundamental principio de Schleiermacher. *Pectus est, quod theologum facit*. De todo el país llegaban á Berlin clérigos que dejaban en este intento sus tranquilos vicariatos, estudiantes, preceptores, doctores de las universidades, entusiasmados, llenos de admiracion para beber en las fuentes del pensamiento puro y el íntimo sentimiento religioso. De todos los que acudieron en tal disposicion, ninguno llegó más sediento que David Strauss. Estaba debidamente preparado para darse cuenta de ámbos sistemas, y se habia hecho tambien muy susceptible á la influencia de las dos escuelas. Esperaba conciliar estudiando bajo la direccion de los maestros las contradicciones que surgian en su pensamiento. Pero uno de ellos, Hegel, murió poco despues de la llegada de Strauss y el otro no hizo en aquel tiempo más que plantear problemas que dejó sin resolucion. De aquí que el resultado fuera una combinacion de sus antítesis en la más explosiva unidad que ha conocido el moderno pensamiento religioso.

Mientras estudiaba en Berlin, ocurrióle á Strauss la idea de su *Vida de Jesús*, surgiendo del conflicto de pensamientos que habia estallado en él y en la ciudad. Su filosofía era la hegeliana. Parecíale que la representacion y la nocion reconciliaban á la fé con el conocimiento; pero en esta misma distincion comenzaron sus interiores agitaciones. Suscitábase inevitablemente una grave cuestion, á saber: la relacion en que está el contenido histórico de la Biblia y especialmente del Evangelio con la nocion. ¿Pertenece todo ello al contenido, que es el mismo para la representacion y la nocion, ó bien á lo que como forma es en aquella disuelto por la accion del

(1) Schwartz. *Geschichte der Neuesten Theol.*, pág. 42.

pensamiento? ¿Es por ventura el principal hecho evangélico una nueva concentracion para el interior sentimiento religioso de la idea en el proceso de su realizacion, ó tiene valor único y absoluto para el pensamiento especulativo? Partiendo de la unidad de la naturaleza humana y de la divina iban á parar los hegelianos á la realidad de la encarnacion en Cristo, pues entendian que en éste se habia realizado la idea del Dios-hombre. Mas ¿dónde estaba la prueba de esta *individualizacion*? La filosofía que resolvía lo absoluto en un proceso no podia otorgar á una sola persona prerogativas universales y permanentes. La máxima de que *todo lo real es racional* aplicada á la teología, justificaba de otra parte todas las doctrinas y no aseguraba al pensamiento mayor libertad que antes. Pero no habia discutido acaso la crítica la verosimilitud de los hechos evangélicos, la veracidad de las fuentes, la exactitud de las narraciones. Extendíase por toda la ciudad la fama de ciertas lecciones que habia dado Schleiermacher sobre la vida de Jesús. Habia mostrado de qué manera podia concebirse la persona de Cristo partiendo del cristiano sentimiento interior; habia analizado documentos de un modo muy sutil, alterado las narraciones y envuelto en la incertidumbre lo que un tiempo se creyó cierto. Strauss habia oido la explicacion del maestro, tenia en su poder notas que habia tomado en dos distintos cursos, aunque á decir verdad, estas presentaban tantas dificultades para ser transcritas como un bailarín en movimiento para ser fotografiado (1). El método crítico le ayudó á averiguar de qué modo podria armonizar su *Vida de Jesús* con la nueva filosofía. Su primer plan era muy sencillo y bastaba para desarrollarlo una sola conferencia (*lecture*). Hé aquí el plan primitivo:

a) Parte positiva ó tradicional; una exposicion objetiva de la vida de Jesús, segun los Evangelios, y otra de cómo vive en los creyentes, y encontrar la reconciliacion de ámbos aspectos en el segundo artículo del Credo de los apóstoles.

b) Parte negativa ó crítica; la historia de Jesús considerada, en su más considerable parte, como historia.

c) Restauracion dogmática de cuanto quede destruido (2).

La parte crítica no era más que una condicion preliminar de la constructiva: era preciso desprenderse de los he-

(1) *Der Christus des Glaubens*, pág. 8.

(2) *Streitschriften*. Pt. 3. pág. 59.

chos para dejar libre vuelo al pensamiento. El hombre á quien nos referimos tenia entónces veinticuatro años no más, pero ya habia delineado su obra. Apenas habia comenzado verdaderamente sus trabajos cuando resolvió hacer una nueva construcción que contradijera é invalidara las anteriores: aplicóse á ella, no sin advertir las consecuencias que en el órden religioso habia de producir. Escribió, en efecto, lo siguiente, al amigo á quien comunicó el libro que habia concebido: «¿Vais á dar á conocer lo que haceis en Tubinga? me preguntais. ¿Creeis que os será permitido? Este es, sin duda, el aspecto que las cosas presentan, y siento que sea tal el carácter de lo que me propongo llevar á cabo en teología. Pero no puedo cambiar el plan que me he trazado. Entretanto lo encomendaremos á Dios, que abrirá de algun modo una puerta para hacer algo.»

En 1832 volvió Strauss á Tubinga, y desempeñó un cargo de auxiliar en su antigua escuela teológica. Examinó aquel mismo año la *Enciclopedia* de Rosenkrantz (1). Su crítica era aguda, sutilísima, sentíase en ella al inteligente jóven; era además hostil al método de los hegelianos ortodoxos é indicaba claramente una franca hostilidad al sobrenaturalismo. Estudió mucho y reunió materiales críticos para su obra. Los primeros frutos que la anunciaban se encuentran en un *ensayo* que escribió Strauss en 1834. La crítica era á la sazón contraria á la procedencia apostólica del primer evangelio, y fundábase esta apreciacion en la pretendida anterioridad y autenticidad de uno ó algunos de los otros. Luchó Strauss por destruir esta base que los críticos proclamaban, y por inspirar sospechas respecto á todos los relatos. El año siguiente vió la luz la *Vida de Jesús*, y con esta obra la controversia religiosa entró en su fase más moderna.

Este libro habrá de entenderse ahora. Si el desarrollo intelectual del autor ha sido debidamente expuesto, se habrá aclarado su obra considerablemente. La exposicion es una crítica aquí. La obra estaba viciada fundamentalmente; falsificados estaban tambien su carácter y método por su punto de partida y fin. Pretendia el autor que fuera crítica y resultó dogmática. Creáronse sus teorías críticas y aplicóse un método exegético para favorecer una conclusion preconcebida. Ciertos relatos considerados como históricos, eran incompatibles con una determinada doctrina especulativa y cerraban el paso á un fin especulativo tambien. De aquí que se inventara una teoría histórico-crítica para pulverizar estos relatos y negar los hechos que contenian. Y tal como fué el génesis, fué

(1) *Charakteristiken und Kritiken*, págs. 213-234.

tambien el desarrollo de la obra, arbitrario, atrevido, habilitoso, eminentemente dogmático donde debió ser eminentemente crítico. Era Strauss un pensador especulativo, constructivo, indócil á los hechos, ciego á las probabilidades y que violentaba la historia hasta convertirla en el vehículo de un sistema *á priori*. Su crítica no llega á ser nunca científica: las realidades son lo mismo que nada, las idealidades lo son todo. El crítico carece de sentido histórico, tiende sólo á destruir, no á edificar ni á restablecer. La persona cuya vida trata de escribir resulta superficial, ilusoria, se nos escapa casi por completo. Vamos de negacion en negacion, mas no llegamos nunca á hechos sustanciales ó positivos. No hay fondo de vida, mundo real de hombres que aman, odian, piensan, judíos encerrados en su secta, fanáticos llenos de esperanzas engendradas por la palabra escrita, de pensamientos formulados en las escuelas y trasmitidos por la tradicion, romanos orgullosamente compasivos para con los vencidos, desdeñosamente penetrados del ódio comun contra los sectarios. No se advierte una delicada vista para discernir la luz y la sombra, imaginacion que llegue á la realidad, propósito de trasladarse á la tierra y al tiempo en que vivió Jesús ó á la generacion en la cual se verificaba el pretendido proceso crítico y trabajaba por alcanzar su forma final en los relatos evangélicos. Las grandes realidades no son para Strauss las narraciones ni los hechos, sino sus antagonistas de una parte y sus teorías de otra. No olvida nunca su base y conclusion especulativas, sus dudas críticas, su teoría del mito como medios para el fin, las rudas y aventuradas explicaciones naturalistas de Paulus, las conocidas é improbables conjeturas y conexiones (*conjectures and conjunctures*) de los *armónicos*. Por manera que no es un crítico histórico, sino un polemista dogmático en toda la fuerza de un principio especulativo que aplica á hombres y creencias llenas de vida y que nunca está dispuesto á colocarse frente á frente de los hechos que es necesario ver como son, antes de que puedan ser considerados como objetos del pensar. Era, por tanto, la obra ménos científica donde más negativa y solo positiva en su parte especulativa. La especulacion era demasiado violenta y arbitraria para hallar lo que buscaba, la universal y permanente verdad representada por la historia. La crítica desterró las viejas estructuras críticas, é hizo de esta suerte posibles y necesarias á un tiempo otras nuevas, pero no se extendió á otra cosa más.

La base especulativa de la construccion de Strauss era tan sólo la doctrina hegeliana de lo absoluto, desenvuelta y aplicada específicamente. El discípulo circunscribió las ideas

que el maestro hizo amplias é indefinidas. Hegel quiso que su filosofía explicara lo que fué y es, mas Strauss la convirtió á determinar lo que debe ser. El proceso eterno vino á ser el Dios inmanente, realizándose él mismo en el orden invariable y necesario de la naturaleza. La deidad era impersonal, el milagro imposible, é increíble por tanto lo sobrenatural. La cadena de las causas finitas era inviolable. Strauss declaró que los estudios filosóficos se habian emancipado, así en el sentir como en el pensar de las presuposiciones religiosas y dogmáticas que preocupaban á los teólogos más sábios y profundos.

Su fin especulativo lo debió tambien á la filosofía hegeliana. Los hechos evangélicos expresaban para él en forma representativa verdades que queria exponer en la racional. No se le alcanzaba cómo podrian quedar los hombres satisfechos con la forma inferior cuando les era dado elevarse á la más alta por medio de un proceso crítico-especulativo. Creyó de este modo que con su obra prestaba al cristianismo un verdadero servicio, ó al ménos al cristianismo ideal y absoluto de los doctos.

Decia, en efecto: «El autor sabe que la esencia de la fé cristiana es por completo independiente de sus indagaciones críticas. El nacimiento sobrenatural de Cristo, sus milagros, su resurreccion y ascension, quedan siendo verdades eternas por mucho que se dude de su realidad como hechos históricos. La certidumbre de esto es lo único que puede dar á nuestra crítica calma y dignidad... Indagaciones como ésta acaso han de inferir heridas en la fé de los individuos, y aunque fuera tal el caso, tratándose de teólogos, ellos tienen en la ciencia que cultivan el medicamento que han menester para curarse y que no les puede ser ajeno, á no ser que se mantengan en retraso con respecto al desenvolvimiento de la edad en que viven. A decir verdad, el asunto no está todavía suficientemente preparado para los legos, y por eso ha sido escrito este libro en forma tal que los seculares indoctos advertirán muy luego que no se ha compuesto para ellos» (1). Para los no iniciados, los antiguos hechos seguian siendo necesarios; mas para aquellos que habian penetrado en el fondo del hegelianismo, la teoría mítica «haciendo el sacrificio de la realidad histórica de la narracion, mantenía, sin embargo, su verdad absoluta» (2).

¿Cuál era, pues, la verdad eterna que aparecia en el fondo de la histórica concha tan implacablemente rota y arrojada á

(1) *Leben Jesu* vorrede, 1st. Ed., págs. VI, VII.

(2) *Ibid.*, t. I, pág. 52.

los aires? La idea hegeliana del Dios-Hombre universalizada; los atributos reconocidos á Cristo por la Iglesia, convertidos en propiedad de la raza. La unidad de las naturalezas divina y humana mostróse realizada en el hombre, no en un hombre. La encarnacion apareció como divina manifestacion de sí, como la realizacion de la idea, no en una sola persona, sino en la humanidad, no en determinado tiempo, sino en la eternidad. «Esta es la clave de la cristología toda, á saber, que como sujeto de los predicados que la Iglesia asigna á Cristo, pónese una idea para un individuo, pero una idea real no kantiana, ó sin realidad, subjetiva. Concibiéndole como individuo (un Dios-hombre), los atributos y funciones que la doctrina eclesiástica asigna á Cristo son contradictorios; pero en la idea de la razon se avienen. La humanidad es la union de las dos naturalezas, Dios se hace hombre, el espíritu infinito revélase en lo finito, y lo finito se penetra de la infinitud. La humanidad es la hija de la madre visible, y el invisible padre del espíritu y la naturaleza, es el agente del milagro en cuanto el espíritu viene á ser en el curso de la historia humana más perfecto señor de la naturaleza que bajo él es dada como material inerte para su actividad. Es impecado, en cuanto el proceso de su desarrollo es ageno de toda culpa: la contaminacion alcanza al individuo, pero se desvanece en la especie y su historia. La humanidad es la que muere y resucita, y asciende al cielo, puesto que de la negacion del sér natural procede siempre más alta vida espiritual y de la desaparicion de su finitud como espíritu personal, nacional y terrenal, surge su union con el infinito espíritu de los cielos. Mediante la fé en este Cristo, especialmente en su muerte y resurreccion, justificase el hombre ante Dios; en otros términos, el individuo se hace partícipe de la vida divino-humana de la especie por la idea de humanidad creada y vivificada dentro de él. Y acontece así principalmente, porque la negacion de la naturaleza, que es negacion del espíritu y por tanto la negacion de la negacion, es el único camino de verdadera vida espiritual para el hombre (1).

«Si conocemos la encarnacion, muerte y resurreccion, el *duplex negatio affirmat* como circulacion eterna, pulsacion sin término que incesantemente se repite de la vida divina, ¿qué simple hecho, el cual no es otra cosa más que un símbolo sensible de este proceso, podrá obtener una importancia capital? Nuestra edad quiere que le muestren la idea en el hecho, la raza en el individuo. Un sistema teológico que en su doc-

(1) *Leben Jesu*, vol. 11., págs. 734-735.

trina de Cristo se coloca á su lado como individuo, no es un sistema, sino un sermón» (1).

Pero esta construccion trascendental y la realidad histórica de los relatos y hechos evangélicos eran incompatibles. No podian ser las dos cosas absolutas, definitivas. Para que aquella subsistiera, era necesario que lo demás fuese sacrificado. Mas ¿cómo habia de efectuarse el sacrificio? ¿Por el antiguo método deista que acusaba Jesús de falsedad (*unveracity*) é imposicion, y á los evangelistas de la misma falsedad y de haber fabricado sus historias? Era imposible por muchas razones adoptar este procedimiento. Tratábase de un método desacreditado que se habia deshecho en las manos de aquellos que lo usaron. De otra parte, la construccion especulativa requería la verdad ideal de los hechos, la veracidad ideal de los relatos. Transformar ficciones de que hubiera conciencia en verdades trascendentales, habria sido lo mismo que edificar un suntuoso alcázar sobre movediza arena. Un sistema que pretendía ser verdadero, no podía basarse en modo alguno sobre falsedades intencionales.

Así vino á ser necesaria una teoría que sacrificó la letra, pero conservó el espíritu, que negó la verdad real, pero afirmó la ideal de los Evangelios. Mostróse tal la teoría mítica, y avínose perfectamente con el mecanismo de la obra. Hizo de los hechos evangélicos creaciones inconscias, símbolos de primitivas ideas cristianas. Las creaciones eran inconscias, y de aquí que se consignaran de buena fé como hechos históricos. Eran productos del espíritu colectivo de un pueblo ó Iglesia, y expresaban sus pensamientos y creencias. Los mitos fueron creados por la accion normal del espíritu, y de aquí que siendo históricamente falsos, fueran idealmente verdaderos. Bastaba á la teoría un pequeño *substratum* de realidad. Solo se necesitaba creer que Jesús era de Nazareth, que fué bautizado por Juan, que reunió discípulos, que recorrió la Judea predicando, que se opuso á los fariseos, que fundó el reino mesiánico y fué crucificado, víctima del odio farisáico. Su muerte desengañó, mas no dispersó á los discípulos. Tenian imaginaciones orientales y esperanzas judáicas. Llenas estaban su literatura y sus tradiciones de promesas y profecías que habian de cumplirse en el Mesías, y tanto se mezclaron con sus reminiscencias é ideas de Jesús, que los atributos y acciones del ideal hiciéronse los de la persona. El Mesías de sus ensueños y deseos tornóse gradualmente en el Cristo histórico, y adornáronse su vida, carácter y mision

(1) *Leben Jesu*, pág. 738.

con las cualidades, hechos y fines que se atribuían al que había sido objeto de tan continuada prediccion, al libertador pátrio tan largo tiempo esperado. Tenía que ser el Mesías un legislador, un profeta, un sacerdote, un rey, y Jesús fué representado como habiendo sido ó siendo todo esto y superior en cada ramo á todos sus predecesores. El resplandor del rostro de Moises quedó eclipsado por la transfiguracion. Los milagros de Elijah y Elisha palidieron ante la alimentacion de los cinco mil, la resurreccion de los muertos y la ascension. Hallábase en el Antiguo Testamento ó en la tradicion la parte originaria de todo lo extraordinario que dijo ó hizo Jesús. Era poco más que una figura yacente revestida con las prerogativas mesiánicas. La teoría mítica hizo á la verdad con las profecías mucho de lo que ha hecho la evolucion con el plan. La esperanza mesiánica luchando, bajo ciertas condiciones por la vida, hizo de Jesús el Cristo.

Strauss desarrolló su hipótesis con extraordinaria ingenuidad. Estaba la atmósfera llena de teorías mitológicas. Los *Prolegómenos* de Wolf habían suscitado muchas cuestiones críticas, míticas, religiosas acerca de los poemas de Homero y la Grecia primitiva. Niebuhr había dado nueva luz á la historia de la antigua Roma. Heyne había enunciado este principio: *a mythis omnis piscorum hominum cum historia tum philosophia procedit*. Hermann y él habían resuelto la mitología, si bien bajo específicas diferencias, en una ciencia de la naturaleza y del hombre consciamente inventada y hábilmente escondida.

Creuzer había hecho de ella un simbolismo religioso bajo el cual yace oculta una fé más temprana y más pura. Ottfried Muller con espíritu más sagaz y científico explicó los mitos, diciendo que los crea la recíproca accion de dos factores, lo real y lo ideal, y había señalado en ciertos casos su aparicion aún dentro del período histórico. Esta misma tendencia de los estudios clásicos se había presentado en los concernientes á las Escrituras. Se había aplicado mucho tiempo ántes la interpretacion mítica á ciertas partes del Antiguo Testamento. Eichhorn y Bauer, Vater y De Wette la habían empleado con mayor ó menor libertad y perfeccion. Se la había llevado ya hasta el Nuevo Testamento y utilizado para explicar los sucesos primitivos y los postreros de la vida de Jesús, los anteriores á la tentacion y los subsiguientes á la crucifixion. Strauss no hizo más, como se ve, que universalizar un método parcialmente aplicado ántes. No hizo del mito una puerta que sirviera para entrar en los Evangelios y salir de ellos, sino lo extendió al conjunto. Para obrar así no bastaba edificar sobre cimientos viejos. La enorme extension de la estructura

demandaba una correspondiente extension en la base. No podia ménos de fracasar al cabo un hombre cuya obra no estuvo desde un principio mal dispuesta, sino por hacer.

La aplicacion de la teoría mítica á los Evangelios tenia que aparecer falta de garantía mientras no la justificara la más indagadora crítica, histórica y documental. Strauss fracasó y precisamente en esto, ó sea en el más difícil punto. Su crítica de la historia evangélica no estaba fundada en una crítica de los evangélicos relatos. Las cuestiones referentes á su origen y autenticidad son descartadas en la obra por medio de algunas sentencias. Se asevera, mas no se demuestra, que el tiempo necesario para las creaciones míticas está allí. Y esta viciosa deficiencia implica otras. Strauss no tiene idea del valor del testimonio de Pablo, no advierte que por medio de él podemos acercarnos demasiado á las fuentes para dejar su esfera de accion á la facultad mítica. No se fija en la importancia de las primitivas divisiones de la Iglesia ni en la seguridad que esta ofrece á una base sustancial de hechos bien comprobados acerca de los cuales no cabe disparidad. No acierta, por otra parte, á reconocer la significacion de la primitiva comunidad de creyentes, las pruebas que suministra la peculiaridad de sus instituciones, su carácter distintivo y sus específicas creencias tocante á los nuevos creadores de la Iglesia y á los hechos en que descansa. Disuelta quedó, en verdad, la teoría mítica; al primer contacto del análisis cayó bajo el peso de sus mismas arrogaciones, y la *Vida de Jesús* aparece hoy dia como un espléndido monumento del génio; pero de un génio que quiso hacer oscilar la pirámide por la cúspide y fracasó en el intento.

II.

Tan luego como apareció la *Vida de Jesús*, y ántes de darse á la estampa el segundo tomo, se suscitó una de esas controversias descaminadas y turbulentas que son distintivas de los pánicos religiosos. Hombres conocidos é ignorados, antiguas y nuevas escuelas, clero y seglares, todos los que podian contribuir en algun modo, terciaron en la contienda (1). El gobierno prusiano indicó que el libro seria prohibido; pero Neander protestó contra este designio: *Se le debe contestar, dijo, con argumentos, no con la autoridad.*

Los pietistas y luteranos recibieron la obra como *caput mortuum* de las escuelas especulativa y crítica, y empezó la

(1) *Das Leben Jesu für das Deutschen Volk*, pág. 157.

reaccion que ellos llamaron renacimiento. Ansiosos los hegelianos de desautorizar á su correligionario por demasiado radical, hicieron un vigoroso esfuerzo por afiliarle en el grupo de Schleiermacher; pero los hijos del teólogo reivindicaron victoriosamente su verdadera descendencia. Y no vino sola la tempestad de palabras, pues siguiéronla penalidades de un carácter más material. Strauss fué expulsado de la universidad en que habia dado y gustado (*given and tasted*) la promesa de una brillante carrera y hubo de volver á su hogar, que no era ciertamente uno de los más felices. Su racionalista madre mantúvose lealmente á su lado; pero su padre, que era un pietista, le miraba con horror, convirtiendo á las aplicaciones ménos cariñosas los confusos rumores y las crueles críticas que llenaban los aires (1). Provinieron de aquí discordias que acortaron los días de la madre y que no endulzaron los del hijo. Tenia que enseñar en este tiempo á los alumnos del liceo de Ludwigsburg: tarea ingrata, no iluminada por el contraste que ofrecia con el trabajo congenial y la sociedad más congenial aún de Tubinga. Días infaustos fueron aquellos, días fecundos en amargas memorias que no se podian olvidar, mucho ménos estando ocupado el pensamiento con cosas de religion.

Mas no era Strauss hombre capaz de soportar en silencio la crítica de que era objeto, y su lenguaje se hizo á la sazón sumamente característico. Replicó á sus críticos con críticas del trabajo de estos, rechazó sus ataques, atacándolos á su vez, eligió en las huestes enemigas ciertos hombres que representaban diversas tendencias y cayó sobre ellos con el vigor más grande. Los elegidos fueron Steudel, muy afamado en Tubinga, teólogo sobrenaturalista y tradicional; Eschenmayer, filósofo y físico, creyente en el magnetismo animal, la posesion demoniaca y otras cosas fantásticas; Wolfgang Menzel, crítico de literatura y mitólogo, lego que alardeaba de severo moralista; Hengstenberg, luterano que se circunscribia á la letra de las Escrituras y credos; Bruno Bauer, que comenzaba á la sazón su variable carrera, hegeliano ortodoxo que conciliaba el saber y la fé; Ullmann, teólogo, irénico moderno, deseoso de dar á la razon lo que es de la razon y á la fé lo que es de la fé (2). La crítica de Strauss, excepto en el caso

(1) *Kleine Schriften*. N. F., pág. 265.

(2) Las réplicas y *contra-críticas* (*counter-criticisms*) que se publicaron por primera vez en 1837, aparecieron coleccionadas en 1841 con el título siguiente: *Streit-Schriften Vortheid: gung Meiner Schrif über das Leben Jesu und zur charakte istik der gegenwaertigen Theologie*. Las réplicas constaban de tres partes. La primera contenia la contestacion á Steudel y su escuela, la del so-

de Ullmann, con quien hubo de mostrarse deliberadamente cortés, no perdonó á los hombres ni á sus escritos.

Steudel, lastimoso é incompetente, parecíale un pietista contaminado de racionalismo, heredero de un pasado que le faltaba talento para representar ó valor para renegar de él. Veia solamente en Eschenmayer una sucesion de incoherencias y contradicciones continuas. Parecíale Menzel un ismaelita literario, un crítico sin perspicacia, que disparataba cuando queria formular juicios. Mostrábasele Hengstenberg lleno de un panteismo latente, y en cuanto á B. Bauer, opinaba que no habia entendido á Hegel ni á la teología. Estas amenidades literarias no son muy frecuentes en las controversias teológicas; pero en este caso, la acrimonia era trascendental. Comparaba Strauss á sus críticos con las mujeres que se ponen á gritar cuando oyen el disparo de un fusil (1). A Eschenmayer, que dijo de él que era el moderno Iscariote, culpable de haber pecado contra el Espíritu Santo (2), describíale Strauss como hombre ageno por completo á la divina inspiracion que no puede ser patrimonio de los plagarios de ningun género, mientras que su obra era presentada como el contubernio de la ignorancia teológica y de la intolerancia religiosa, tal como habia sido consagrado por una sonámbula filosofía (3). Era el autor para Wolfgang Menzel cual diablo, sin conciencia, al paso que Strauss no podia leer las especulaciones de B. Bauer sin sentirse como si estuviera en la cocina de las brujas del *Fausto* oyendo el vocerío de todo un

brenaturalismo racional y razonado, y era, á decir verdad, una muy cruel exposicion de las alucinaciones á que habia dado márgen. La segunda parte contenia la réplica á Eschenmayer y Menzel. Eschenmayer es más conocido por su colaboracion á la alianza de la filosofía trascendental con la natural dentro de la doctrina de Schelling. Encontráronse él y Strauss como adversarios en otro terreno, el espiritualismo, ó lo que así se llamaria actualmente. Eschenmayer, en un libro titulado *El conflicto entre el cielo y el infierno*, trazó en extraño dantesco estilo las bajas regiones en que coloca á los que corrompen y falsifican la palabra, atacando al mismo Hijo del Hombre, negándolo y blasfemando de él. Allí está, por supuesto, Iscariote y en general los miticistas que exclaman: "Grande es la Diosa Idea de Berlin." Creyó Strauss que semejantes superfinos é imbéciles chistes eran risibles, cuando no repugnantes. (Véase *Character un Krit.* 355, 376.) La tercera parte contenia respuestas á Hengstenberg, los hegelianos y los teólogos de la escuela conciliatoria, los hombres de los *Studien und Kritiken*. La crítica de los hegelianos es de considerable valor autobiográfico, y la carta dirigida á Ullmann se distingue por una gran templanza en su tono y sentido. Una parte positiva y constructiva debió venir despues, pero fué incluida en la tercera edicion de la *Vida de Jesús*.

(1) *Leben Jesu*. Zaufl. vor.

(2) *Streitschriften*, 2, pág. 3: Titulábase la crítica de Eschenmayer: *El Iscariotismo de nuestros dias*.

(3) *Streitschriften*, 2, pág. 10.

coro de cien mil locos (1). Decía Hengstenberg que se había cumplido la profecía de Lichtemberg, y que al mundo había llegado á una perspicacia tal, que la creencia en Dios le parecía tan ridícula como la creencia en los fantasmas (2). Consideraba á Strauss como á un hombre sin corazón ó que lo tenía al modo de Leviathan (3), firme y duro como las piedras. Mas era lo propio del caso que tras la virulencia del estilo se encontraba una inteligencia que se daba exacta cuenta del enemigo con quien luchaba y que se complacía en este absoluto antagonismo. Hengstenberg entendió perfectamente la *Vida de Jesús*. Creía que para vencer al panteísmo especulativo que en ella se manifestaba tenía que revivir la antigua teología luterana, y era necesario que se robusteciera la franca aceptación de la letra. Para sobreponerse á la teoría del mito, necesitábase, en su juicio, reclamar la realidad histórica de los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. No le parecía lícito que se obrara de distinto modo, según se tratase del uno ó del otro. Debía emprenderse la lucha, no en el terreno de las conciliaciones, sino en el campo de la contradicción. Colocarse en un término medio, parecíale cosa equivalente á estar falto de fé. Firme la Iglesia en sus antiguos credos, debía continuar su antigua obra. La fuerza debida á un fin estricto y á una determinada creencia, favoreció transitoriamente á la reacción; mas los tiempos resultaron al cabo demasiado azarosos aún para Hengstenberg. Es tan difícil que después de una revolución intelectual puedan volver las Iglesias á sus viejas confesiones, como que puedan retornar los pueblos después de grandes cambios políticos á sus constituciones antiguas.

Garecian de un valor permanente las réplicas en que Strauss se fijó, exceptuando á una sola. Una crítica sobresaliente era, á decir verdad, muy difícil á la sazón; dos ó tres intentos son, sin embargo, merecedores de estudio. Tholuck (4) no obtuvo solamente un éxito brillante en el momento, sino que hirió á Strauss en su punto más vulnerable. Sostuvo que por ser poco adecuada la crítica de los orígenes, la *vida crítica* de Jesús resultaba falta de crítica y falta de base la teoría del mito. Strauss le dirigió una desdeñosa mirada desde la altura de su espíritu, rico en gran diversidad de aspectos (5); los espléndidos despojos de antiguos y modernos

(1) *Streitschr.*, 2, pág. 109.

(2) *Idem*, 3, pág. 9.

(3) *Idem*, 1, pág. 18.

(4) *Die Glaubwürdigkeit der Evangel Geschichte.* 1837.

(5) *Leben Jesu*, dritte chifl. vor.

clásicos enriquecen las páginas que escribió (1), mas no alcanzó todo el desden de esa mirada á neutralizar el golpe que su crítica hubo de recibir. Alejandro Schweitzer (2), jefe de la izquierda de la escuela de Schleiermacher, atacó la construcción dogmática y reivindicó la realidad y derechos de las personalidades creadoras en todos los ramos del pensar y la acción; pero muy especialmente en lo religioso. El fundador hace la religion, no la religion al fundador. El génio individual es en esta como en todas las esferas la fuerza creadora. Tres hombres hubo que ejercieron sobre Strauss una reconocida influencia. De Wette, Ullmann y Neander. De Wette (3), que era á la sazón el más autorizado crítico en materias sagradas, falló contra su método y proposiciones, especialmente en lo respectivo al cuarto Evangelio. Ullmann (4) criticó la teoría del mito, analizó la idea de éste, distinguió sus variedades y sostuvo que los Evangelios pueden ser historias en que concurren elementos míticos, sin ser míticas historias. No son ellos, de otra parte, nuestras únicas fuentes. Pablo y la primitiva Iglesia habian sido ignorados, mas nos muestran una fé que radica en el hecho. Cristo creó á la Iglesia y no la Iglesia á Cristo; la semilla se trasformó en planta y no la planta en semilla. Neander (5) opuso el Cristo histórico al Cristo mítico. Arbitrario y subjetivo era este autor, tenia demasiada ansiedad por hallar un Cristo ideal y moderno en el real y antiguo Cristo, y se prometia demasiado del cambio de lo contranatural en sobrenatural. Mas habia en su obra la cualidad preeminente de ser un honrado esfuerzo que se distinguia por la más simpática penetración del asunto y que se hacia para examinar los hechos frente á frente y ordenar la historia evangélica como real y verdadera historia. Y de esta suerte, tendia á crear en el lector una conciencia tal de la realidad, que pudiera afrontar sin desfallecimiento á la teoría mítica y no cederla el campo.

Y ahora es bien que digamos algo de puntos concernientes á la persona de Strauss. Defendió su obra como científica indagación de la verdad, pues para la ciencia no existe lo santo, sino lo verdadero solamente (6). No se creia un enemigo, sino un apologista de la fé cristiana, cuya ciencia

(1) *Streitschriften*, 3, pág. 13.

(2) *Studienu Kritiken*, 1837, págs. 459-510.

(3) *Leben Jesu*, dritte aufl. vor. Char. u. Krit. vor, de Wette. Erklärung des Ev. Johannis, Schlussbetrachtung.

(4) *Studien und Krit.* 1836, págs. 776 y siguientes.

(5) Neander. *Das Leben Jesu Christi*. 1837.

(6) *Streitschriften*, 1, pág. 92.

demostró que es independiente de las investigaciones críticas. No fué su objeto destruir la fé popular, sino transcribir en forma científica su fondo trascendental. De aquí que sólo se propusiera escribir para los doctos. Mas ¿por qué no lo hizo entónces en latin? (1) Hubiera sido lo mismo que poner vino nuevo en odres viejos, con el resultado que tiene esto siempre. Ni fué su ánimo mostrarse extraño á todas las Iglesias, pues sentíase feliz y satisfecho por completo dentro de la religion cristiana, que podia ser refrescada en espíritu con sus fuentes antiguas, y, sin embargo, perennemente nuevas (2). No escribió el crítico para edificacion de las gentes, sino en interés de la ciencia, y ésta, al par que negaba la realidad de los hechos, afirmaba la realidad de la fé. Faltos de realidad están los milagros, mas no la fé en ellos. El punto importante no es el acaecimiento de la resurreccion, sino el creerla (3). Quería que el clero predicase á Cristo, no á Schleiermacher y á Hegel. El espíritu irénico que aparecía en estas personales apologéticas hizose pronto más y más acentuado. El *consensus eruditorum*, unido á su soledad de entónces y á su fria prevision de lo futuro, constriñéronle á hacer concesiones y esfuerzos por la conciliacion. En su tercer *Streitschrift* (1837), en la tercera edicion de su *Leben Jesu* (1838) y en los *Zwei Friedliche Blaetter* (1839) modificó sucesiva y progresivamente los puntos cardinales de sus proposiciones: la crítica de los orígenes, la teoría mítica y la cristología especulativa.

En la tercera edicion de la *vida* (*Leben*) varió su actitud crítica con respecto al cuarto Evangelio. Strauss confesó que su celo contra los teólogos fué causa de que se mostrara injusto para con Juan. Dudaba á la sazón de sus propias negaciones, incierto de si es auténtico ó apócrifo el Evangelio de Juan (4). Siendo tales las dudas con respecto á las fuentes, síguese que muy difícilmente podia conservar su antiguo vigor la teoría mítica. Jesús llegó á ser más histórico; llegaron á ser más auténticos sus sermones, sin exceptuar los juanistas, pues estos no daban las del maestro *ipsissima verba*, sino las ideas que inculcaron á los discípulos (5). Pero al ser Jesús ménos nebuloso, hizose más extraordinario, y á medida que se limitaba el campo de la fantasía inconsciamente creadora, acrecentábase singularmente la realidad de la per-

(1) *Streitsch*, I, págs. 88-132.

(2) Idem, I, pág. 9.

(3) Idem, I, págs. 33-48, — 3, pág. 41.

(4) *Leben Jesu*, Dritte Auflage. vor., pág. 5.

(5) Idem, t. II., 740.

sona que creó consciamente (*of the consciously creative person*). Mientras se consintió que persistiera la cristología especulativa, los derechos que Jesús concedió al individuo los sostuvo éste apoyados en el más alto génio religioso del mundo, en el creador de la Iglesia, en el fundador del cristianismo, hecha distincion entre el Cristo empírico ó real y el ideal ó absoluto. A la cabeza de todos los sucesos universalmente históricos aparecía el individuo, estaban las sugestividades, por medio de las cuales realizase la sustancia (1). En la esfera de la religion y especialmente en los dominios del monoteismo, las grandes fuerzas creadoras fueron los individuos. El cristianismo fué el producto de una individualidad creadora. «No es esto, ciertamente, traer á Cristo nuevamente al santuario peculiar de los cristianos, sino colocarle en la capilla de Alejandro Severo, donde con Orfeo y Homero ha de estar al lado, no sólo de Moisés, sino de Mahoma tambien y sin avergonzarse de la compañía de Alejandro y César, Rafael y Mozart.» Pero esta inquietante coordinacion se justificaba mediante dos consideraciones. En primer lugar, no está sola la religion, esfera la más importante en que puede manifestarse el divino poder creador del génio, sino que está relacionada con las demás, como el centro con la circunferencia. Puede decirse del génio religioso, en un sentido completamente inaplicable al poeta ó al filósofo, que Dios se revela en él. Y luego, como el cristianismo es la más alta religion, su autor es supremo entre todos los fundadores de religion.

Esta segunda posicion fué perfectamente expuesta en el segundo de los *Zwei Friedliche Blaetter* (2). Es ésta una de las mejores composiciones de Strauss, un soliloquio irénico, un eco lejano de los *Monologuen y Reden* de Schleiermacher en que se expresaba la ansiedad de un hombre, deseoso de vivir en paz con la nueva cultura y con la antigua fé. Parecía que la cultura, antes que hostil es indiferente á la fé, y que seria peor para el cristianismo llegar á ser supérfluo que ser vencido. Como hijo de la nueva cultura é hijo que fué tambien de la antigua fé, no podia ménos de buscar la reconciliacion de estos elementos, especialmente al existir una base en una filosofía que era más cristiana que el cristianismo

(1) *Leben Jesu*, t. II., 770-779. Este capítulo de conciliacion y conclusion comprendia la tendencia y las modificaciones del tercer *Streitschrift* y sustituia á un capítulo de la primera edicion, que habia sido particularmente agresivo.

(2) *Vergaengliches und Bleiberides im Christenthum*. (Lo transitorio y lo permanente en el cristianismo.) Publicóse en 1839 con un ingénuo y bello escrito sobre Justinus Kerner, místico amigo de Strauss, pero apareció primero el año anterior en el *Freihaven*.

primitivo, que concebía unidos á Dios y al hombre, no en uno ó en algunos puntos, sino en todas partes y siempre.

No podía creer el nuevo espíritu en recompensas y castigos eternos, y le era dado sacar á salvo su moralidad sin admitirlos, pues le bastaba una inmortalidad de conscio desenvolvimiento. La resurreccion de Cristo es eterna é ideal verdad envuelta en forma propia de la niñez, pero sin valor para la edad viril. Su muerte no fué un sacrificio, sino la sumision absoluta de un recto espíritu á Dios. Sus obras no fueron milagros; que el *milagro* era solo lo *miráble*. La encarnacion no es compatible con la naturaleza divina, que tan difícilmente puede revelarse en una sola persona como la esencia de la armonía en un solo tono. «El único culto, podemos sentirlo ó celebrarlo mas no desconocerlo, que conservan entre las religiosas ruinas de lo pasado las inteligencias ilustradas, es el culto del génio (1). ¿Se deberá escribir la sentencia del cristianismo porque así suceden las cosas hoy dia? No: Cristo baja del trono de la divina descendencia (*sonship*), mas sólo para asumir la soberanía del génio religioso. El génio redime y rige al mundo, salva al hombre de la ignorancia é impotencia y le ayuda á realizar el ideal que le inspira. La religion es la más alta creacion del espíritu, el cristianismo la más alta religion y Jesús el génio supremo del mundo, génio altísimo que nunca fué ni será sobrepujado en calidad (*Kind*) ó en grado. Fuera de él no hay porvenir que se comprenda.

«Tan escasamente como vivia el hombre en lo futuro sin religion, vivirá sin Cristo. Pretender que exista sin Cristo la religion, fuera no ménos absurdo que creer posibles los dones de la poesía, prescindiendo de Homero, Shakspeare y sus iguales. Y este Cristo, por cuanto es inseparable de la más alta forma de la religion, no es un personaje mítico, sino histórico; es un individuo real, no un mero símbolo (2).

No es de temer que le perdamos, aunque nos veamos en la obligacion de abandonar muchas cosas que hasta ahora se han llamado cristianismo. Tanto más estable y seguro le conservaremos, cuanto con ménos ardor nos empeñemos en sostener doctrinas y opiniones que pueden dar al pensamiento la ocasion de apostatar. Pero si conservamos á Cristo, entiéndase que le conservamos como lo más alto que conocemos y podemos concebir en cosas de religion, como á Aquél sin cuya presencia en el corazon no es posible en modo alguno una perfecta piedad, y no es dado conservar con él de esta suerte la verdad esencial del cristianismo» (3).

A. M. FAIRBAIRN.

(Continuará.)

(*Contemporary Review.*)

(1) Pág. 106.

(2) Pág. 131.

(3) Pág. 132.

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

Las novedades literarias siguen escaseando: Setiembre es entre nosotros un mes de vacaciones. Los padres aprovechan la libertad de que sus hijos, los colegiales, disfrutan, para correr ellos también á través de los campos, visitar las montañas, las aguas, las orillas del mar ó los museos del extranjero. A decir verdad, los viajeros han sido dignos de compasión este año y sus vacaciones son tristes. Nunca hemos tenido en Francia un mes de Setiembre tan lastimoso, pues llueve y hace frío. Las personas aprensivas empiezan á encender sus chimeneas. Estamos sufriendo la expiación del tórrido calor del mes de Agosto.

La librería Calmann Levy, única que apenas descansa, acaba de publicar un tomo inédito de Henri Beyle, más conocido del público por su pseudónimo Stendhal. Han trascurrido ya largos años desde que murió Henri Beyle. Después de haber sido oficial del primer imperio en un tiempo en que todos los franceses eran militares, entró en el servicio de las cancillerías. Ocupó largo tiempo el puesto de cónsul en Italia, en Civita-Vecchia, si no me engaño. Amaba á Italia y la conocía admirablemente. Ha publicado cierto número de tomos sobre dicho país, que después de cincuenta años se leen aún con gusto y provecho por los *touristes*. Gustábanle las artes y conocía sobre todo de Italia lo que más trabajo cuesta á un extranjero: su verdadero espíritu y costumbres.

Hoy día todos los pequeños gobiernos tiránicos que existían en tiempo de Stendhal han desaparecido ya: la unidad italiana se ha realizado; esta unidad política realiza á su vez poco á poco la unidad moral y bórranse las diferencias de Turin, Milan, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles.

Los libros de Stendhal adquieren, pues, un interés distinto, un interés histórico.

Además de estos libros ha escrito Stendhal cierto número de novelas, de las cuales dos, sobre todo, disfrutan de una reputación bastante grande: la *Chartreuse de Parme* y *Rouge et noir*. No todo el mundo aprecia igualmente las obras de este escritor; pero aquellos á quienes gustan no las estiman á me-

días. Lo que no se le puede disputar es la originalidad. Esforzóse siempre en mirar con sus ojos y en no hacer nada que dejara de reproducir exactamente lo que hubiese visto. No será nunca popular. Tenia horror á la popularidad, pensando que la mayor parte de los hombres no son ni pueden ser otra cosa que nécios, y que sólo es dado hacerse aplaudir en este mundo diciendo muchas tonterías. Eligió por epígrafe de sus libros la divisa inglesa *to the happy few*. Era un moralista triste, desengañado, que creía de mejor grado en el mal que en el bien y que hallaba cierta satisfaccion en desalentar las pasiones é ilusiones generosas. Sus libros no inspiran siempre amistad hácia el autor, pero nadie puede desconocer el vigor de su inteligencia.

El volúmen póstumo que se acaba de publicar titúlase *Vida de Napoleon*. En diversas ocasiones habíase acercado Stendhal á Napoleon en calidad de oficial. Prometíase más tarde dedicarle una biografía. Era éste uno de los muchos proyectos que conciben los literatos y que se quedan por realizar. La obra debia constar de seis ó siete tomos. Lo que se ha ofrecido á nuestra lectura recientemente cabe en uno sólo. Son fragmentos que no forman una série regular. No hay tal vez más relacion algo sostenida que la de la primera campaña en Italia. ¡Cosa notable! Este hombre, que ha tenido tanto interés en presentarse ageno á todo entusiasmo, experimentaba todavía, despues de no pocos años, el prestigio de Napoleon. Encuéntranse sombras en este cuadro; pero el conjunto no deja de ser por eso una glorificacion de ese hombre extraordinario y fatal que ha hecho tanto daño á la Europa y sobre todo á su pátria. La parte más interesante de esos fragmentos la constituye cierto número de anécdotas contemporáneas y de hechos precisos, recogidos por el autor. A Stendhal, lo mismo que á su amigo Merimée, gustábanle poco las generalidades: él tambien habria dicho que «sólo le gustan de la historia las anécdotas.» Los capítulos relativos á los comienzos del general Bonaparte en el tiempo que trascurre entre 1793 y la campaña de Italia, están particularmente llenos de interesantes detalles.

Mr. Calmann Levy acaba tambien de publicar una nueva edicion de la *Histoire de ma vie*, por George Sand. Esta historia fué dada á luz por vez primera veinte años há, en diez tomos, que caben ahora en cuatro de buen tamaño. Esta nueva edicion no ha sido corregida solamente, sino tambien aumentada. Es uno de los principales atractivos de la publicacion la circunstancia de darse á luz poco despues de la muerte de la ilustre escritora. No creo que haya más esquisita lectura, y en esto principalmente encontrarán á Mad. Sand en toda su plenitud los que deseen conocerla. La *Histoire de ma vie* es naturalmente una coleccion de memorias personales. Pero tienen estas en que me ocupo un sabor particular: el de una absoluta sinceridad. La mayor parte de las memorias debidas á los escritores, son monumentos elevados á su divinidad (*a leur divinité*): consideran que desde el dia de su nacimiento fueron séres extraordinarios y no hay una sola página que no esté destinada á hacer participar á los lectores de la buena opinion que tienen de sí mismos. Desde los que hablan mal de sí propios, por orgullo, como Juan Jacobo Rousseau en sus *Confesiones*, hasta los que cándidamente se celebran, como Lamartine en las *Confidencias*, comprendiendo á los que adornan para la posteridad su propia

estátua, como Chateaubriand en las *Memorias de ultra tumba*, ignoro si los grandes hombres que han contado al público su vida no han hecho, generalmente hablando, á su memoria más daño que provecho.

Hállase, por el contrario, tanta sencillez en la *Histoire de ma vie* y tan pocas pretensiones, dice Mad. Sand con tanta sinceridad de sí misma lo bueno y lo malo, sin mirar á ensalzarse en lo uno ni con lo otro, que al punto se siente el lector dominado por un encanto que no trata de combatir. No hay, sin duda, en esta obra páginas deslumbradoras por el estilo como en las *Confesiones* de Rousseau; pero no se encuentran, tampoco, las que irritan y ofenden. Los que buscan, sobre todo, en las *Memorias* el escándalo, y conocedores de las numerosas pasiones que agitaron la primera mitad de la vida de Mad. Sand, esperaban hallar en la *Histoire de ma vie* abundante pasto para una curiosidad mal sana, harán bien en no abrir el libro, pues se ahorrarán así un desengaño. Mad. Sand ha querido confesarse ella sola, y con femenino pudor, que debieran imitar los hombres, se ha abstenido de tocar todo lo que hubiera sido, no sólo su secreto, sino también el de otra persona. Habla sin embarazarse de todos los que fueron algo más que sus amigos, cuando cae el nombre de estos bajo la pluma y pone de relieve las cualidades que les adornaron sin ocultar los defectos que tuvieron, sin preferencia y sin antipatía, pero interrumpiendo siempre el juicio ó la narración cuando es fuerza que salgan á relucir los detalles de la vida íntima. En vano querría yo decir cuánto me encanta esta discreción que ha tenido.

Se ha notado que las personas que cuentan su vida experimentan cierta complacencia al hablar de su infancia. Mientras que el público se interesa, sobre todo por la parte de la vida de estos hombres que se ha realizado á la vista de todos, aquella en que han obtenido los triunfos más brillantes y en que parece que su amor propio debiera complacerse más, su oscura y desconocida infancia es la que les place relatar extensamente. Y es que al paso que la edad aumenta, agrada al alma convertir su atención á los más antiguos recuerdos. De otra parte, el período de la acción y de la victoria también ha sido frecuentemente el de la lucha: ideas tristes, desengaños desgarradores, han ido mezclándose con los triunfos más decisivos; la infancia, por el contrario, siempre pura é inocente, con su calma y su candor y su ignorancia de la vida, resplandece con immaculado esplendor entre todos los recuerdos.

Mad. Sand no se ha sustraído á esta ley. Encuéntranse pocos detalles de su vida literaria en esta historia: se llega al cuarto tomo y aún no ha comenzado. Sólo los primeros años de esta vida literaria son los que refiere con alguna extensión; los años de trabajo y de vacilaciones. Consagra algunos capítulos á las diversas personas que conoció al llegar á París en 1830, poco más ó ménos, y muy luego se detiene: pocas páginas relativas á los treinta y cinco años transcurridos desde 1840 podrian reunirse. Es éste, sin duda, un verdadero desengaño para el lector: á los amigos fieles que la han sobrevivido y que son algunos, toca llenar este vacío, que ha dejado voluntariamente tal vez. No faltan testigos de la última mitad de su vida. Ellos pueden revelarnos los diversos incidentes que en ella hubo, los sucesos bajo cuya influencia han sido escritos tantos libros.

Por su abuela, que se llamaba Aurora como ella, Mme. Sand era biznieta del mariscal Mauricio de Sajonia: brillante general, vencedor de Fontenoy, de quien era, es verdad, hija natural. El padre de Mme. Sand se llamaba Mauricio Dupin. Había tomado parte en las guerras de la república, distinguiéndose por su valor en las campañas de Alemania y de Italia. En Milan encontró á la que debía ser la madre de Mme. Sand, viva parisiense, que había ejercido durante varios años la profesion de modista. Es menester leer en Mme. Sand la narracion de la pasion de los jóvenes, su correspondencia, sus ardientes cartas. No fué un simple impulso de los sentidos el que les empujó el uno hácia el otro; fué la pasion verdaderamente. Por mucho tiempo la madre del jóven Mauricio combatió el amor de su hijo por la que ella consideraba como de rango inferior al suyo: era menester, sin embargo; ceder por fin ante un ardor tan violento, tan persistente, y el matrimonio se verificó alcabo en 1804, precisamente en el momento en que la jóven Aurora iba á nacer. Pocas fisonomías parecen tan vivas, tan enérgicas, tan seductoras como la del jóven capitán Mauricio Dupin, tal cual aparece en las descripciones de su hija, en las numerosas cartas que ha encontrado de él. De él tomó ella ese lenguaje vivo y apasionado, ese estilo impetuoso, esa franqueza de giros que son sus más altos méritos literarios. Él hacia brillantemente su carrera: seguia las guerras del imperio, llegó á general como tantos otros, cuando muy jóven todavía, una caida del caballo vino á poner fin á sus dias.

Entónces comenzaron los que pueden llamarse los malos dias de la infancia de Mad. Sand. Entre su madre y su abuela jamás habia existido simpatia: la antipatía comenzó el dia en que desapareció el hombre que por un momento las habia reunido. La abuela era *grande dame* y la madre era hija del pueblo: la abuela era rica y la madre era pobre: cada una queria educar á su gusto á la niña, que no podia ver á una de sus dos tutoras sin oir que se quejaba de la otra. Despues de vanos esfuerzos de una vida comun, las dos mujeres se separaron. La jóven Aurora se quedó con su abuela en Nohant, en el Berry, en donde recibió las lecciones de un mayordomo instruido y distinguido que dirigia los asuntos de la casa. Allí aprendió toda clase de cosas, hizo una vida libre en medio del campo y de la soledad. Más tarde la tuvieron algunos años en un gran convento de París. Mística, llena de entusiasmo, un poco extraña y romántica, se apoderó de ella al principio la vocacion religiosa; pero muy pronto á consecuencia de discusiones con su confesor, el cristianismo se quebrantó tambien en ella: leyó todo género de libros, leyó sobre todo á Rousseau y sus convicciones filosóficas se decidieron por la vida. Quizás no hay en todo el libro capítulos más admirables que los que cuentan todos los sueños, todos los disgustos, todos los entusiasmos de estos años de la adolescencia.

Próxima la edad de veinte años, se casó, ó mejor dicho, se dejó casar. No fué ni para la felicidad suya ni para la de su marido, Mr. Dudevant. Despues de algunos años se separaron los esposos, amistosamente primero, despues ante los tribunales. El tribunal confió á Mad. Sand la educacion de los dos niños, Mauricio y Jolanje, de los cuales el uno se llama hoy Mauricio Sand y la otra se ha casado con el célebre escultor Mr. Clésinger. Este juicio indica

bastante de qué lado se encontraban las faltas más graves. Al tocar Madame Sand en la *Histoire de ma vie* la delicada historia de su casamiento y luego de su separacion, no ha dejado escapar ni una sola expresion de rencor ni de vituperio ante un hombre por el cual ha debido sufrir mucho. ¡Cuántas otras en su lugar no hubieran tenido esta discrecion!

Hé ahí un análisis muy pálido de estos cuatro volúmenes. Yo quisiera con todo, que inspirase á algunos el deseo de leerlos por entero. Cualesquiera que hayan podido ser las debilidades de su vida, es un alma hermosa, alta y noble la de Mad. Sand. Grande por la inteligencia, lo era todavía más por el corazon, y cualquiera que sea el valor que puedan tener sus libros, puede decirse en honra suya que ella valió más todavía. En ella no habia resentimientos ni pequeñeces: ningun deseo de venganza contra aquellos mismos que la habian insultado y calumniado. Sí, tenian razon de sobra en su país para llamarla "la buena señora de Nohant."

La Francia ha experimentado en el mes dos pérdidas crueles para las artes: Feliciano David y Eugenio Fromentin han muerto con dos dias de intervalo. Eugenio Fromentin era un pintor distinguido, colorista muy apreciado, que se habia inspirado principalmente en asuntos de Argelia. Era al mismo tiempo un escritor delicado, que habia escrito dos volúmenes muy interesantes sobre el Sahel y el Sahara, y una novela muy linda, titulada *Dominique*; acababa justamente de publicar en la *Revue des Deux Mondes* primero, despues en un tomo, un estudio sobre los museos de Bélgica y de Holanda, que habia tenido el mejor éxito entre los inteligentes y *les gens du monde*. Habia presentado su candidatura á la Academia francesa en la última eleccion y nadie dudaba de que debiera ser admitido en ella muy en breve. Estaba descansando algunos dias en las cercanías de la Rochela; la picadura de una mosca carbuncosa ha causado su muerte en dos dias. Tenia cincuenta y seis años y estaba lejos de haber dado á luz todo lo que podia hacer.

Feliciano David era actualmente, al par de Mr. Gounod, el más original, el más verdaderamente inspirado de los músicos de la escuela francesa. Su melodía de las *Hirondelles* es popular en el mundo entero, y mucho me sorprenderia que en Madrid no se conocieran cuando ménos, trozos de sus soberbias composiciones del *Désert* y de *Cristophe Colomb*. En la última obra, todo el episodio de la revolucion de los marineros á bordo de la nao que va á descubrir el Nuevo Mundo, forma una de las páginas más admiradas por los artistas. En cuanto al *Désert*, todos los que hayan visitado el Oriente convendrán conmigo que ninguno ha expresado mejor la extraña poesía de la inmensa soledad, de las espléndidas noches estrelladas, del soplo voluptuoso de las tibias brisas de la tarde. No era, por otra parte, una simple obra de imaginacion. Del mismo desierto habia traído Feliciano David su composicion del *Désert*. Habia estado allá por 1830, afiliado á la célebre doctrina sansimoniana. Habia llevado el famoso hábito azul de Menilmontant: despues del proceso del padre Enfantin, habia partido á Egipto con algunos correligionarios. Esta caravana no fué infecunda, puesto que produjo en el arte la aparicion del génio de Feliciano David, en el órden del progreso material la idea, llevada despues á cabo, de la canalizacion del istmo de Suez.

No se habia limitado Feliciano David á melodías ó á sinfonías líricas. Habia compuesto óperas que han obtenido un verdadero triunfo, *Herculanum*, *La Perle du Brésil*, *Lalla Rookh*. Sus funerales han sido ocasion de un deplorable escándalo, que ha movido mucho ruido en la prensa. Siendo Feliciano David sausimoniano, habia pedido un entierro civil, sin acompañamiento de ministros de ningun culto. El ejército le ha rehusado los honores militares á los cuales le daban derecho sus condecoraciones, y no se ha pronunciado discurso alguno en su tumba, ni á nombre del Instituto del cual era miembro, ni en el del Conservatorio, donde era profesor. Esta nota oficial de infamia infligida á un hombre que ha sido una de las glorias más puras de su país, á un hombre cuya vida modesta y laboriosa ha sido una de las más honradas que se pueden imaginar; esta injuria hecha á una tumba porque el que en ella descansa no pertenece á tal ó cual confesion religiosa, han puesto en conmocion á todas las gentes honradas, y podeis tener por seguro que en la próxima reunion de las Cámaras será motivo este escándalo de un incidente parlamentario.

No creo que sea demasiado tarde para señalaros la inauguracion del monumento erigido á Henri Regnault, en nuestra escuela de Bellas Artes. Henri Regnault, el más brillante de nuestros jóvenes pintores franceses, el de mayores esperanzas, fué muerto el 19 de Enero de 1871 en la inútil salida de Montretout, que precedió muy pocos dias á la capitulacion de París. Sus compañeros le han levantado un monumento por medio de una suscripcion en que ha tomado parte el gobierno. Henri Regnault pasó en España la mayor parte de los dos años anteriores al doloroso sitio de París. Dejó en Madrid muchos amigos, y tengo la seguridad de que no le habrán olvidado, pues era de aquellos que no se olvidan. Acabo de leer otra vez su *correspondencia*, que se publicó tres años há, en la librería Charpentier, y creo que si alguno de los editores de Madrid se encargara de dar al público una traduccion de esta correspondencia, no seria ciertamente el éxito que en España obtuviera inferior al que ha tenido entre nosotros. Es sabido que la revelacion de una nueva pintura se cumplió en Roma para Regnault, al ver los cuadros de vuestro compatriota Fortuny, que murió ¡ay! muy joven tambien. A partir de aquel momento no tuvo más que un pensamiento: ver á España, vivir é inspirarse en ella. ¡Ah! ¡qué bien supo ver y admirar á Velazquez! ¡Cuán entusiastas descripciones hizo de vuestras catedrales de Búrgos, de Avila y de Toledo! ¡Qué descripciones tan pintorescas de los trages y costumbres populares de España, de la naturaleza, de las fértiles llanuras y de las sierras desoladas! Y sobre todo, ¡qué himnos, renovados sin cesar en honor de las maravillas de la Alhambra! ¡Cuánto me alegraria de copiaros algunas páginas si no fuera por la falta de espacio! Convendria ciertamente que este libro se tradujera al español. Todo lo que es de España agradaba á Regnault: el pasado, el presente, los soberbios andrajos de los mendigos, los bailes de gitanos, la viril gravedad de los hombres, la picaresca (*piquante*) hermosura de las mujeres. En 1868 fué testigo de la revolucion en Madrid y encuéntrase en sus cartas un largo relato de esta revolucion, en el cual dice lo que vió con lenguaje lleno de fuego y colorido. Es una buena página para las futuras historias.

Quisiera deciros dos palabras de los teatros y serán muy breves. La Opera

ha vuelto á representar *El Profeta* de Meyerbeer, y ha exornado convenientemente esta obra. Es éste el único cumplimiento que puedo dirigir tal vez á la representacion. ¡Es lástima ver en nuestro más importante escenario musical una ejecucion tan deplorable de una de las más magníficas obras maestras del arte! Algo es, sin duda, tener una hermosa escalera que atrae sin cesar las visitas, mas no es admisible que el director de la Opera se limite á explotar el éxito de su monumental escalera. La ópera cómica se reorganiza en manos de M. Carvalho, esposo de la ilustre cantante, y se anuncia la próxima reapertura. En tanto, los teatros que se habian cerrado durante los meses del verano, han empezado de nuevo sus representaciones estos dias. El *Odeon* ha vuelto á los *Danicheff*, que siguen dando dinero; los *Bufos*, á la *Princesse de Trebizonle*; las *Folies Dramatiques*, al *Petit Faust*, y *Varietés*, á *La Boulangere a des écus*, que no son sin duda obras nuevas. En el *Gymnase* las *Compensations* de Mr. Paul Ferrier ha sido produccion de mediano éxito. Tiene el mal de no ser más que un *Vaudeville*, que fuera tal vez alegre en un acto, pero que resulta largo en los tres de una comedia en verso. El único triunfo que puedo hacer constar en materia de novedades, es el de *Fromont jeune et Rissler ainé* en el teatro del *Vaudeville*.

En la primera representacion que se verificó en la noche de anteayer, el éxito muy dudoso en un principio no se decidió hasta los dos últimos actos. *Fromont jeune et Rissler ainé* lleva las firmas de MM. Alphonse Daudet y Adolphe Belot, y está sacado de una novela que publicó el año pasado Mr. Daudet en la librería Charpentier. Presumo que la novela habrá pasado los Pirineos tiempo há. Habia agradado mucho entre nosotros, y la Academia francesa le habia otorgado un premio de moral, sin que yo esté muy cierto de saber por qué. La obra dramática ha de dar tal vez mucho dinero á Mr. Daudet: deseo, sin embargo, que se me permita seguir prefiriendo la novela. No me gustan mucho las historias que se sacan de los libros para llevarlas á la escena, porque siempre se resienten de su origen. Convendria, de otra parte, al hacer estos cambios, que se hicieran con gusto. En la novela, la heroína de Mr. Daudet se ahoga y muere; en la obra dramática, se casa en el sexto cuadro. ¿Cómo quereis que si otra vez quiere Mr. Daudet que yo compadezca á una de sus heroínas, logre enternecerme, puesto que para ello necesitare preguntarme si no la veré por ventura salir de su sepulcro al cabo de algunos meses para casarse otra vez alegremente?

CHARLES BIGOT.

Madrid, 30 de Setiembre de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,

San Miguel, 23, bajo.

ÍNDICE DEL TOMO QUINTO.

15 DE AGOSTO.

Páginas.

I.	El hijo del desierto, drama en cinco actos (conclusion).— <i>Federico Halm</i>	5
II.	Casualidad.—Poesía.— <i>Rosario de Acuña de Laiglesia</i>	20
III.	España y la libertad.— <i>Gabriel Rodriguez</i>	21
IV.	Vida y poesías de Fernando Freiligrath.— <i>Karl Blin</i>	39
V.	A una señora que lloraba.—Poesía de lord Byron.— <i>E. Godinez</i>	64
VI.	Los caminos de la dicha.—Poema.— <i>Ramon de Campoamor</i> ..	65
VII.	Doctrinas socialistas del pueblo cristiano.—II.— <i>Pedro P. de la Sala</i>	83
VIII.	La filosofía española.— <i>M. de la Revilla</i>	111
IX.	Correspondencia de París.—Los diarios políticos de París.— <i>Charles Bigot</i>	116
X.	Programa de los cursos de filosofía en las universidades alemanas.....	125

30 DE AGOSTO.

I.	El Péndulo filosófico.— <i>R. Lindau</i>	129
II.	No hay rosa sin espinas.— <i>Dolora</i> .— <i>M. de la Revilla</i>	159
III.	Literatura peruana contemporánea.— <i>Patricio de la Escosura</i> ..	162
IV.	¡Un alma!—Poesía.— <i>Julio Burell</i>	190
V.	El cristianismo y la raza negra.— <i>Edward W. Blyden</i>	191
VI.	La teoría de la evolucion en la historia.—II.— <i>P. Estasén</i> ...	218
VII.	Crónica de la literatura inglesa y norte-americana — <i>Rafael Montoro</i>	235
VIII.	Crónica del movimiento filológico é histórico.— <i>Alfredo Morel Fatio</i>	247

15 DE SETIEMBRE.

I.	Napoleon en Tordesillas.— <i>Abdon de Paz</i>	257
II.	¿Por qué tienen los animales un sistema nervioso?— <i>H. Charlton Bastian</i>	272
III.	De las modificaciones que en el derecho público internacional requiere el afianzamiento de la paz y de la prosperidad de Europa.— <i>Andrés Borrego</i>	297
IV.	Soneto.— <i>Arturo Perera</i>	316
V.	Problemas pendientes en la política norte-americana.— <i>L. J. Jennings</i>	317
VI.	Vacilaciones.—Poesía.— <i>M. Curros y Enriquez</i>	339
VII.	David Federico Strauss.— <i>A. M. Fairbairn</i>	341
VIII.	Europa.—Soneto.— <i>Rosario Acuña de Laiglesia</i>	361
IX.	Correspondencia entre Schiller y el duque de Schleswig-Holstein.— <i>F. Max Müller</i>	362

30 DE SETIEMBRE.

I.	Cómo aman los hombres.—Novela.— <i>Arturo Perera</i>	385
II.	La Walhalla de D. Juan Fastenrath.— <i>Arturo Cotarelo</i>	407
III.	El amor á toda prueba.— <i>E. Godinez</i>	422
IV.	La filosofía del Sr. Nieto Serrano.— <i>F. Romero Blanco</i>	427
V.	Soneto.— <i>Luis Calvo Revilla</i>	443
VI.	Los horrores de Bulgaria y la cuestion de Oriente.— <i>W. J. Gladstone</i>	444
VII.	David Federico Strauss.— <i>A. M. Fairbairn</i>	485
VIII.	Correspondencia de París.— <i>Charles Bigot</i>	505

FIN DEL TOMO QUINTO.